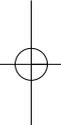


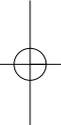
ANTOLOGÍA

Eros de Europa y América

Colección Incontinentes
Ediciones Irreverentes



Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.



De la edición: © Ediciones Irreverentes S.L.

De sus respectivas obras: © Antonio Gómez Rufo, Miguel Ángel de Rus, Caro Verbo, Andrés Fornells, El Vizconde de Saint-Luc, Álvaro Díaz Escobedo, Pedro Antonio Curto, Félix Díaz, Oscar Martínez, Liliana Savoia, Luciano Doti, La Vizcondesa de Saint-Luc, José Luis Alonso de Santos, Elena Marqués Núñez, Rafael Bailón Ruiz, Juan Pardo Vidal, Eva María Cabellos, Carlos Ortiz de Zárate, Fernando Morote y Andrés Vázquez Pérez

marzo de 2011

<http://www.edicionesirreverentes.com>

ISBN: 978-84-96959-88-0

Depósito legal:

Diseño de la colección: Absurda Fábula

Diseño de cubiertas y composición: Absurda Fábula

Imprime: Publidisa

Impreso en España.



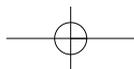
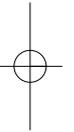
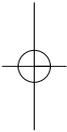
ÍNDICE

| | |
|---|-----|
| <i>Desde una pared</i> | |
| Antonio Gómez Rufo | 7 |
| <i>El columpio</i> | |
| Caro Verbo | 15 |
| <i>Eyaculatio tarda</i> | |
| El Vizconde de Saint-Luc | 19 |
| <i>Fecundación natural</i> | |
| Félix Díaz | 31 |
| <i>Visita imprevista</i> | |
| Omar Martínez | 37 |
| <i>El trío</i> | |
| Liliana Savoia | 41 |
| <i>7 de marzo de 2010, 4:30 PM</i> | |
| Luciano Doti | 49 |
| <i>Joselín, la señora Araceli y el masaje tailandés</i> | |
| Andrés Formells | 53 |
| <i>Abrótano macho</i> | |
| Álvaro Díaz Escobedo | 67 |
| <i>Secretos eróticos</i> | |
| José Luis Alonso de Santos | 77 |
| <i>¿Rojo o Negro?</i> | |
| La Vizcondesa de Saint-Luc | 83 |
| <i>Puesta en común</i> | |
| Elena Marqués Núñez | 91 |
| <i>Lucía</i> | |
| Rafael Bailón Ruiz | 97 |
| <i>Allegro</i> | |
| Juan Pardo Vidal | 101 |
| <i>El amor del hombre del paraguas</i> | |
| Pedro Antonio Curto | 107 |

| | |
|-------------------------------|-----|
| <i>Menos gayolas y más...</i> | |
| Andrés Vázquez Pérez | 119 |
| <i>Placer para tres</i> | |
| Eva María Cabellos | 125 |
| <i>Destino</i> | |
| Fernando Morote | 137 |
| <i>Setenta y dos esposas</i> | |
| Miguel Ángel de Rus | 141 |
| <i>No te desnudes todavía</i> | |
| Carlos Ortiz de Zárate | 149 |
| <i>La mesa de al lado</i> | |
| Constantino Cavafis | 153 |

Desde una pared

DE ANTONIO GÓMEZ RUFO



ANTONIO GÓMEZ RUFO. Nació en Madrid, donde reside. Es autor de *El secreto del rey cautivo*, *Adiós a los hombres*, *Los mares del miedo*, *El alma de los peces*, *Bruto: la leyenda del falso traidor*, *El desfile de la victoria*, *Las lágrimas de Henan* y *Si tú supieras*, entre otras novelas; su obra ha sido traducida al alemán, holandés, francés, ruso, portugués, griego, polaco y búlgaro. Ganó el II Premio Nacional Ciudad Ducal de Loeches de Novela con *El señor de Cheshire*, editada por Ediciones Irreverentes. Es autor de los guiones de la serie de televisión *Blasco Ibáñez, la novela de su vida* y de la película *París, Tombuctú*, ambas dirigidas por Luis G^a Berlanga.

Ha participado en las antologías de Ediciones Irreverentes: *Pasiones fugaces*, *Antología del relato español*, *Antología del relato negro I* y *Microantología del microrrelato II*.

También ha publicado, entre otros, los ensayos *Escenas madrileñas* y *Carta a un amigo sobre don Enrique Tierno Galván*. Licenciado en Derecho, fue asesor de la Filmoteca Española, director del Aula de Cultura del Ayuntamiento de Madrid y director del Centro Cultural de la Villa.

Era una de esas mañanas tristes como atardeceres en la que, desde la cama, había ido a desplomarse en el sofá, con una colilla rebañada entre los labios, probablemente apagada, y los ojos pegados en el techo, con el propósito, sólo propósito, de darle alguna expectativa a su vida. Ella le había abandonado hacía ya tambor y medio de Skip y se sentía sin fuerzas hasta para no sentirse nada. Una cosa tenía clara, tan sólo una: ninguna otra mujer volvería a interesarle nunca.

Mirando a su alrededor descubrió, con sorpresa, que el salón y el resto de la casa eran una auténtica pocilga. Sorpresa porque, hasta aquel preciso momento, no se había distanciado de la mugre: la había visto con naturalidad, como los pies manchados de arena en la playa, o la camiseta sudada después de jugar squash durante veinte minutos. Pero su cercanía le contaminó de repente, sin avisar, y en su interior surgió la visión más fea, desagradable y sucia de mundo. Él mismo se dio asco.

Espachurró con decisión la colilla sobre la mesa (le fue imposible encontrar un cenicero que no estuviera ya desbordado de ceniza y tobas) y, por algún resorte mágico inexplicable, decidió ducharse y vestirse con alguna ropa limpia, si es que aún le quedaba.

* * *

Bajo los chorros de agua tibia que arrastraba restos de espuma por su piel, escuchó el timbre de la puerta, una, dos, tres veces, con inusitada impaciencia. Como en las películas de galán exhibible, se enroscó una toalla blanca a la cintura y salió a abrir, goteando por el pasillo. Si hubiese sido capaz de sincerarse en aquel momento, habría podido decir que la muchacha que esperaba al otro lado del umbral le había deslumbrado. No prestó atención a lo que dijo (que vendía productos de limpieza a domicilio), pero acertó a invitarla a pasar, sentarse en donde pudiera y esperar un momento a que se ajustara un pantalón vaquero.

DESDE UNA PARED

Cuando volvió, la chica había extendido sobre la mesa una gama interminable de productos: bayetas, jabones, cepillos, fregonas... Folletos explicativos surgían de su maletín de mano y tablas de precios le amenazaban desde el fondo de su baúl. Tenía en los ojos hambre de vender y en los de él había hambre de que no se fuera nunca. Y ella se dio cuenta enseguida.

Aceptó comprarle todos aquellos cachivaches con una condición: tenía que demostrar en la práctica que aquel surtido de supermercado servía para algo, y ningún ejemplo práctico más a mano que aquella pocilga.

—¿Me lo comprarás todo? —preguntó con aquella mirada inexpresiva e ingenua mientras echaba un vistazo al reloj.

—Todo.

—Pues manos a la obra.

Y sin añadir una palabra pasó la bayeta con mimo por curvas y planicies, acarició esquinas, penetró rincones, tocó sin pudor recovecos, besó con el plumero prominencias, humedeció y se humedeció, calladamente, gimoteando a veces, suspirando levemente entre espumas y olores, con amor, con pasión, con fruición. Dos horas después, él descubrió que vivía en un apartamento precioso, que a través de los cristales podía verse la calle y que, además, los productos eran de calidad. Ella había ordenado, limpiado y cuidado la casa con tal mimo que, mientras se desanudaba el delantal, a él no le quedó más remedio que enamorarse de ella, insinuárselo y tomarla entre sus brazos.

Ella, con suavidad, le retiró las manos, mientras le preguntaba:

—¿Aprobado?

—Sobresaliente — replicó él.

— Pues la gama completa son cuatro mil quinientas.

Él buscó el dinero y se lo entregó.

—¿Te vas ya? —preguntó esperando que el cielo se derrumbara sobre él.

—Claro — contestó ella mientras se derrumbaba el cielo.

ANTONIO GÓMEZ RUFO

—Es que... —balbució —me gustaría verte otra vez.

Ella le miró como si hubiese encontrado la manera de vengarse de un antiguo enemigo. Sonrió y dijo:

—¿Pero tú sirves para el amor?

—Sí —se precipitó a contestar.

—Pues eso tendrás que demostrármelo — replicó con la cara más fresca y reluciente del mundo.

Desde aquel día no pudo alejar su pensamiento de ella. Hubo un momento en el que pensó que iba a ser como otras veces, que iba a disfrutar de su cuerpo y que después pasaría a engrosar la larga lista de sus amores pasados. Mientras la besaba, con la mayor suavidad de que era capaz, rebuscaba en su memoria sensaciones parecidas y no podía encontrarlas. Entremezcladas sus lenguas, babeantes de placer, mientras le acariciaba sus minúsculos pechos, quería recordar si alguna vez había besado labios tan suaves, si alguna vez había puesto tanta ternura en recorrer la comisura de unos labios con la punta de la lengua, si alguna vez había besado con tanta levedad y sutileza. Aquellos eran besos sin pecado, tan ingenuos que ni la excitación abandonó su cerebro para alojarse y alimentar, engordando, parte alguna de su cuerpo. Le dio miedo seguir, y se conformó con aquella pasión para guardarla entre los mejores momentos de su vida. No quiso seguir, porque le bastaba aquel abrazo, aquellas caricias tiernas, aquellos besos pausados, sin ruidos, sin estridencias. Pensó que ya habría tiempo para completar el amor, para poseer su cuerpo y su alma, para estrecharla entre sus brazos y perder, con ella, el sentido.

Pero no fue así. Aquella fue la última vez que ella se dejó caer en sus brazos, tras lo cual dio por concluido un pasaje de amor que ni tiempo tuvo de hacer historia. Cada noche, desde entonces, intentó masturbarse rememorando aquellos besos, aquellas caricias, aquellos abrazos, pero no lo consiguió: no podía excitarse pensando en ella. Su cuerpo era para él menos importante que su mirada, que su voz y que su manera de mover las manos en el aire, como atrapando nubes.

DESDE UNA PARED

Desde aquel día no ha podido alejar su pensamiento de ella. Inútilmente ha buscado su vuelta, ha pretendido su cercanía, ha invocado su presencia. Muchas noches la ha soñado junto a él en la cama, entrelazadas las manos, susurrándose al oído silencios sin importancia. Y desde entonces, cada mañana, se levanta nublado en su cabeza y en su corazón. Su ausencia era una presencia obsesiva. La imaginaba desnuda, desnudándose, acariciándose, con los ojos cerrados, siempre cerrados, como para evitar mirarle. Así no podía continuar.

Creyó llegado el momento de no perder su imagen, de no olvidar cada rincón de su cara, de su cuerpo y de su paisaje. Había llegado el momento de no deslumbrarse por sus fantasías y conservar la realidad de aquella figura que, en la distancia, se volvía huidiza y olvidadiza.

Casi un mes de trabajo le costó fotografiarla sin que se diese cuenta, de lejos, de cerca, de frente, de perfil, de cara y de cuerpo entero. Casi un mes ampliando fotografías, resaltando claroscuros, destacando sus ojos, sus labios, sus contornos. Un mes de trabajo y su apartamento quedó empapelado, paredes y techos, de ella.

Y entonces se encerró allí, con varias botellas de agua mineral y un cartón de cigarrillos americanos. Se encerró y empezó a soñar lo que no había podido vivir. Le costó muchas horas empezar a seducirla. Al principio ella se negaba a mirarle, a posar sus ojos en él y conservar esa sonrisa insinuante que le había trastornado. Pero pronto no tuvo más remedio que mirarle, que mirarle infatigablemente, porque en una foto, por casualidad, ella había mirado a la cámara. Y con esa mirada fija en él, sintió todo el placer del mundo al desnudarse ante ella, mostrarle su cuerpo desnudo, excitado y agitado como el de un niño ante un regalo. Ella no podía dejar de mirarle, y él se complació en su desnudez, dedicada exclusivamente a sus ojos. Y le dijo:

—¿Te gusta?

Y ella, desde la fotografía, parecía decir:

—Estoy tan húmeda que creo que voy a tener que salir nadando.

Él se acercó hasta acariciarle el rostro con su músculo en excita-

ANTONIO GÓMEZ RUFO

ción. Recorrió sus labios, sus ojos húmedos y cálidos, su frente suave y serena.

—¿Te gusta? —repitió él.

Y desde la fotografía, ella no se contenía:

—Sigue, sigue.

Se acarició frenéticamente y se derramó sobre la foto como si ella hubiera estado esperándole toda la vida. Recobrado el aliento, la limpió con suavidad y volvió a hablarle:

—¿Te ha gustado?

—Sí,— pareció decir. Y añadió— pero necesito más.

Él se dejó caer en la cama y pensó que había sido un desastre, que no había podido contenerse y que la había dejado insatisfecha. La ansiedad le dominaba siempre la primera vez, y no había sido capaz, ahora tampoco, de darle su tiempo, de hacerla gozar, alcanzar el éxtasis junto a ella.

—Perdona —balbució.— Tenía tanta necesidad de ti...

—No importa— oyó que le decía— no te preocupes.

Pero notó en su voz una especie de fingida conmiseración que se parecía mucho a un reproche contenido.

—Te aseguro que no volverá a pasar — le dijo.

Bebió un poco más de agua, encendió un cigarro y se tumbó a recobrar las fuerzas perdidas. Luego volvió a recorrer todas y cada una de las fotografías con ansia y angustia, pero con infinita ternura y un poco de vicio, recreando caderas en donde había faldas, componiendo cinturas en donde había jerséis, dibujando piernas en donde había pantalones, definiendo pechos donde había camisas, inventándose nuca donde había melenas. Sintió que se volvía a excitar y se enfrentó de nuevo a la fotografía que le miraba. Y con ella se masturbó despacio, bajo su impertérrita sonrisa, bajo sus imperturbables ojos algo expectantes y algo sorprendidos. Se masturbó despacio, repitiendo una y otra vez:

—¿Te gusta?

DESDE UNA PARED

Y una voz desde más allá de la fotografía le repetía sin cesar:

—Sigue, sigue.

—¿Así?

—Sigue.

Y volvió a derramarse breve y espasmódicamente sobre la inmóvil expresión silenciosa de la muchacha.

—¿Ya está? — oyó que le decía ella.

—Yo... — balbució él.

—¡Inútil! —el improperio se oyó desde la pared, como un trueno.

Se derrumbó en el sofá, al otro lado de la habitación, y a punto estuvo de echarse a llorar.

—Perdóname —suplicó. —No he podido contenerme. Tengo tantos deseos de ti...

Ella no contestó. Él creyó oír, como un eco, un insulto repetido.

—Inútil, inútil, inútil...

Y se encrespó. Apretó los dientes, cerró los puños y golpeó el sillón con rabia.

—¡Zorra! ¡Eres una zorra! ¡Sólo te interesa el sexo!

Y fuera de sí, histérico, se abalanzó sobre las fotografías y las arrancó con las uñas hasta hacerse sangre, rompiéndolas en mil trozos que se esparcieron por el suelo. Tan sólo dejó la foto que le miraba, a la que amaba y sobre la que sembraba su vida. La de la mirada inexpresiva.

—¡Ahora verás! — gritó.

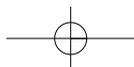
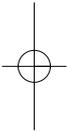
Y con el cinturón la azotó una y mil veces, rasgándola y destrozándola hasta que, finalmente, extenuado, se quedó dormido.

Cuando volvió a la realidad era una de esas mañanas tristes como atardeceres en la que, desde la cama, había ido a desplomarse en el sofá, con una colilla rebañada entre los labios, probablemente apagada, y los ojos pegados en el techo con el propósito, sólo propósito, de darle alguna expectativa a su vida...

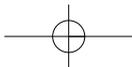
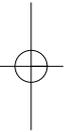
El columpio

DE CARO VERBO

CARO VERBO es el pseudónimo tras el que se esconde una muy valorada escritora española que anteriormente participó en la antología *El sabor de tu piel* bajo el mismo pseudónimo.

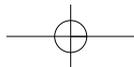


Tuve mi primer orgasmo trepando por una de las barras metálicas inclinadas que desde el suelo sujetaban unos columpios. Subía con la intención de colgarme de la barra horizontal superior, y a lo largo de la ascensión iba notando una sensación que me impulsaba a apretar más y más las piernas, hasta que llegué a un clímax descontrolado, sorprendente y enormemente placentero en el vértice superior que unía la barra inclinada vertical a la horizontal de donde pendían los columpios. Ahí, en el culmen de la ascensión, contemplaba el mundo de los juegos de abajo, en un éxtasis ganado a pulso que me mantenía estática, ahí arriba gozando de un ritmo espontáneo de placer que se desataba a ráfagas entre mis muslos. Al triunfo de llegar al cénit (los columpios eran muy altos), se unía una recompensa inesperada que intuía prohibida, inconfesable y absolutamente deliciosa. Mi afición a trepar se multiplicó con ese descubrimiento inesperado. Me fui atreviendo con columpios más y más altos, siempre por el camino marginal del poste vertical que los sustentaba, con la certeza de que la ascensión tendría el premio del orgasmo, aunque yo no sabía que ese premio se llamaba así.



Eyaculatio tarda

DE EL VIZCONDE DE SAINT-LUC



EL VIZCONDE DE SAINT-LUC es el pseudónimo bajo el que se oculta el autor –junto a la Vizcondesa de Saint-Luc– de la versión española de *Acerca del matrimonio de Paulette*, una de las novelas más excitantes y inmorales jamás escritas. Asimismo participó en la *Micro-antología del microrrelato II* de Ediciones Irreverentes. Hay quien afirma que es un intelectual serio con otra vida con responsabilidades en una institución científica, pero no hay nada claro al respecto.

Boceto para una novela en primera y única persona sobre un solo acto de amor y/o de un solo acto de amor en primera y única persona que transcurre a lo largo de una novela.
En el momento vertiginoso de la cópula, un hombre es todos los hombres. (J.L. Borges)

I EXSPECTATIO

... y tal vez se arrepienta / soy idiota, seguro que viene/ idiota y encima nervioso / mira que si no puedo, como aquella vez / los nervios son lo peor / y si algún día me falla que sea para siempre; y se acabaron los problemas / en el fondo he sido siempre un estúpido / estupendo no haber dependido nunca de ellas / relajarse y dejar de mirar la hora como un imbécil / pero aquel beso y la cita / y antes aquel mirarnos, jugar a buscar sus labios para encontrarlos a medias / ha habido momentos que sí, que la he deseado / no estoy seguro de nada, no sé nada / si deseo o no deseo ahora / pero antes sí, más o menos / carne de amor que se hincha y deliciosamente duele... / que desastre hacer encima literatura / que sinrazón esperar que llegue.

II CONTACTUS

Un beso nunca es igual a otro beso / igual a lo imaginado...

—*¡Me he pasado la vida soñando con un beso tuyo!* con este primer abandono tuyo / con este primer desfallecimiento / con mi primera victoria y tu primera derrota / yo que tantos hombres he sido [que tantas mujeres he amado (vencido)] no he sido nunca aquel en cuyo abrazo desfallecía (s), tú, precisamente / literatura otra vez, siempre literatura / a lo mejor un primer te quiero es prematuro...

—*¡Te quiero!*

...ya no sé si pienso lo que digo o digo lo que pienso / pero al querer decirlo es verdad o se hace / el abandono suyo y mío en un beso y la duda se desvanece y sólo existimos ella y yo / y aunque el mundo se acabe no pasa nada / tengo miedo de ir deprisa, de tocar su carne

EYACULATIO TARDA

antes de tiempo / tengo miedo de violentarla, de ofenderla / me moría por tocarla y ahora ya no, cuando lo haga será por ella, para que sienta ella / soy un idiota que no sabe como empezar / todo me da miedo, pasar de la tela a la piel, de la presión a la caricia / salir de su cintura y navegar arriba y abajo, tocar los lugares prohibidos / tengo que decir algo y no sé qué decir...

—*He esperado tanto tiempo, que podría esperar siempre...*

qué frase más imbécil / un beso más y me voy a atrever...

III INITIUM INITUS

Nunca sabré como hacerlo / nunca sabré si empezar o no aquí / no, voy a tirar de la mano y llevarla dentro, tirar suavemente, sin forzar, parar si se resiste / tirar, tirar, suave, sin decir nada, así...

Es como una nube, como quedarte en blanco / de nuevo es no saber qué hacer / desnudar o esperar que se desnude, siempre nos toca llevar la peor parte / ellas se reservan y esperan a que fallemos para sonreír y enmendar el (los) yerro (s) / condescender, negarse a ser vencidas, vencernos siempre / primero aciertan y luego se equivocan, si lo pensarán sabrían que no hay, al menos a mis años, urgencia y mucho menos necesidad...

Me siento ridículo y no acierto con los botones y, encima, tiemblo / no ayuda y disimula para no reírse de mí / me voy a morir si pone cara de fastidio o conmiseración y ayuda / no quiero que ayude / ya /

Es como si mi piel quemara en los dedos / vuelvo a tener miedo, miedo de apretar / cuantas veces te han dicho: los hombres no sabéis acariciar / cuando cogen confianza todo son reproches / cuando Julia se reía de ti y te decía: sólo acarician bien las otras mujeres, y los maricas / siempre he querido hacer el amor como un marica / un marica miedoso que le gustan las mujeres / un marica que nunca se atrevió a confesárselo / mujeres andróginas que llevan la voz cantante, como Julia / mi Julia perdida / pelo corto, sin caderas, mujer de

EL VIZCONDE DE SAINT-LUC

frente, hombre de espaldas / hombre boca abajo, hombre penetrado...

Ya no sé si deseo a Julia o a ella, pero es lo mismo / pensar en Julia ha servido para desnudarla casi sin darme cuenta / lo peor es desnudarme yo / es lo más ridículo del mundo...

IV PRAELUDIUM

Tumbada como está, tapándose los pechos / ha abierto por fin la boca / Me da vergüenza que me mires / yo quiero mirar, necesito mirar, necesito empezar a poseer, primero con la mirada, luego con los dedos, centímetro a centímetro — menos ahí — ahí no — ahí luego — o nunca — o... / pudor, el nuestro, el mío / el pudor suyo es miedo a defraudar, a no gustar / cuando ya nada importa, ni belleza, ni dureza, ni nada / toda su carne importa porque es suya / una vez que todo ha empezado, nada podría cambiarlo, no hay en el mundo otra mujer que tú, antes, a lo mejor, después también, pero no ahora / ...

—*Te miro y no me canso de mirarte...*

Para qué he dicho eso si ya no la miro / la mirada se ha trasladado a la punta de mis dedos y necesito besarla de nuevo / tus besos son tan dulces como el vino: canción / que absurda asociación de ideas / nada de absurda: ¿cómo se llamaba? / No lo recuerdo pero sí sus besos, acurrucados en un rincón, alguien apagó las luces, dijo algo de un flechazo y después de esa noche de fin de año, jamás la vi...

No sé cuando he dejado sus labios / sé que la he besado en los pechos, pero no sé como he llegado al vientre / tengo miedo de seguir bajando, pero necesito su olor y jugar con su pubis / desenredar su pubis, peinarlo / se ha movido al bajar yo la cabeza / a lo mejor ha dicho no y no la he oído...

Ha cerrado los muslos porque no quiere ni que la mire ni que la bese ahí / ahí, no / ahí, luego / no...

Es gracioso que (yo) esté de rodillas, junto a la cama / Me mira, me sonrío / está desconcertada / bien.

EYACULATIO TARDA

V PROEMIUM

Me daba miedo subirme a la cama y tumbarme a su lado, pero lo he hecho / no me siento / no sé si estoy o no erecto, no siento nada / nada hay tan terrible como sentirse ridículo / las dos cosas son ridículas: erecto o flácido, no sabe uno que es peor / pensar en obscenidades ayuda, pero a mí no me ha ayudado nunca: es peor, me distrae / la estoy acariciando y no siento nada, ni en los dedos, ni abajo, es la cabeza, que está en otro sitio / necesito besarla / así / en su boca, son siempre sus bocas en la mía las que me hacen sentir / ahora, sí / su boca, siempre su boca, me muero por su boca / apretar su carne modelándola como barro / tengo que separar sus muslos sin tocarla / ahí, no / ahí, luego / la voy a penetrar...

VI IMMISUS

Me deslizo y no hay nada, nunca habrá nada, como este primer momento / nada tan suave, tan dulce, tan excitante / ellas no lo saben pero es el momento mejor, ni siquiera el orgasmo si es que el nuestro puede llamarse así / voy a estallar, me muero por ella, me muero de quererla tanto...

—Me he pasado la vida soñando con tus besos y luego con este momento; con entrar en tu boca, con entrar en tu cuerpo; me moría por besarte y ahora me muero por sentirte...

Necesito su boca, siempre su boca / la beso y siento abajo / para sentir tengo que besarla o hablarle / sentir me es igual, quiero que la que sienta sea ella, quiero que se deshaga / quiero que me quiera / quiero volverla loca / quiero que sienta como no ha sentido nunca / quiero que se derrame / que se corra mil veces / las únicas que tienen orgasmo son algunas (muy pocas) mujeres, los hombres eyaculamos / eyacular no es un orgasmo, ni un placer, ni nada, es una necesidad, un desastre...

—... me muero por decirte que te quiero, me muero porque me quieras. Dime que me quieres...

EL VIZCONDE DE SAINT-LUC

No dice nada, nunca dicen nada / se acurrucan como perras recién paridas y como mucho gimen / tendrían que gritar, Lola gritaba como una loca, en la ciudad habría sido terrible / qué maravilla una casa aislada, pudiendo gritar a dúo / las mujeres decentes son aburridas / putas, a los hombres nos gustan putas / puta es a la que le gustan los hombres / para que te guste un hombre te tienen que gustar todos / Lola, maravillosa Lola, la puta más maravillosa del mundo / mi Lola, mi puta, sólo mía / sacarla del puterío y hacerla sólo tuya / la puta de todos es sólo nuestra / tú no eres como Lola, pero te voy a sacar la puta que llevas dentro / te voy a hacer que grites / decente de mierda...

VII SUBLIMITAS

Me estoy volviendo loco y no quiero / todo tiene que ser amor, dulzura / quererla y que me quiera / nunca sabré lo que piensa, ni lo que siente / nunca sabemos nada del otro, ni siquiera en quien piensa / sólo se puede estar seguro de algo: ni piensa en su marido / pensará en el primero, siempre piensan en el primero, en ese con el que no lo hicieron del todo — como ellas dicen / yo también pienso en la primera, en Concha / lo que daría por volver a hacerlo con ella, ahora que sé hacerlo / vete a saber dónde andará, debe andar por los sesenta / la segunda, Vicenta, seguro que se ha muerto...

... ha gemido y puede ser que sienta / tampoco sabemos eso, si sienten o mienten / quiero que suba y suba, ponerla arriba, a tope, parar, bajar, volver a subirla / así / así...

—*¡Así, mi vida, así! ¡Quiero que sientas, necesito que sientas! ¡Yo no importo! ¡Quiero que te vayas primero! ¡Quiero que te desbagas, que te desbagas conmigo! ¡Yo, luego, o nunca, o cuando tú quieras!*

—*Esto es lo que quiero, desde que te conocí, amor mío: el sabor de tus besos, meterme dentro de ti y sentir como sientes, saberlo. Saber cómo eres yéndote en mis brazos...*

EYACULATIO TARDA

Tengo que gritar porque ella lo pide, tengo que fingir que lo tengo, como hacen ellas / supongo que si no lo hago se va a sentir frustrada / pues lo hago...

—*¡Me matas!*

Ha quedado muy bien, incluso he temblado y me he estremecido todo / soy un artista / me está mirando con sorpresa al sentir que la erección no baja / encima puedo presumir de potente / si no fuera ridículo tendría hasta gracia...

De pronto noto que me estoy volviendo loco / la culpa la tienen sus besos y su orgasmo / estoy loco y su boca no me basta / voy a salir...

VIII UBIQUE LINGO

—*No me voy, vida mía, no me voy. Voy a volver enseguida pero necesito besarte toda...*

Necesito besarla toda, me muero por besarla toda / quiero saber como sabe / ahí, sí / ahí, ahora / quiero besarla, succionarla / quiero jugar con su sexo, con mi boca, con mi lengua, con los dedos / lo quiero ahora, antes, no después / no quiero que mi esperma se mezcle / me da asco de mí mismo / he odiado hacerlo, otras veces, después, al final / me repugna el sabor salado...

—*¡No, no te dejes! ¡Tengo que hacértelo, necesito hacértelo!*

La primera vez siempre se niegan / tiene que ser terrible ser mujer y que no te lo hayan hecho nunca / como ser hombre y que no te la hayan chupado nunca / a las que les gusta los hombres, les gusta chuparla y si una mujer te vuelve loco, eres tú quien necesita comérselo / con Lola me pasé un mes entero soñando con comérselo y con que me la chupaba, el mes de vacaciones...

No sé quien se está volviendo más loco, si ella o yo / es como una golosina, como una cucharada de miel / comerlo en plan goloso, aspirando el aroma, saboreándolo / buscar y encontrar con la len-

EL VIZCONDE DE SAINT-LUC

gua / sube, mi vida, sube, deshazte, mi amor / cómo la quiero / cuanto más loca la vuelvo, más la quiero / yo ya sé el secreto de tu éxito con las mujeres, que marica Jorge, ¿tengo cara de pilonero? Total / marica maravilloso, Jorge / cada vez que nos vemos le beso en la cara y él me mira: sabe que sé que sabe / es mi boca la que siente, ahí no siento nada y me estoy viniendo abajo / ella, en cambio, está a tope, arriba, arriba / voy a acariciar sus pechos, a jugar con sus pezones / grita, mi vida, grita / córrrete, amor, que te quiero como a nadie / que toda tu miel sea para mí / dámelo en la boca, mi amor...

—*¡Te quiero! ¡Te quiero y quiero decírtelo de todas las formas posibles! ¡Con palabras y con besos! Pero sobre todo quiero decírtelo cuando te estás muriendo, vida mía...*

... he ido a besarla y no sólo no me ha rechazado, sino que incluso ha buscado mi boca con la suya / supongo que la excita sentir su propio sabor / otras me han rechazado, han vuelto la cabeza o me han besado a regañadientes, les pasa lo que a mí / nos repugna el sabor a nosotros mismos / ese beso suyo me ha hecho renacer / vuelvo a ella / ya.

IX DOMINATIO

Está contraída y es difícil entrar / pero todo es líquido / todo es acuoso / por fin ha abierto la boca para pedirlo / quiere sentirse de nuevo llena / y yo me muero, me empiezo a morir / se entrega y me entrego / su entrega me vuelve loco / quiero que hable, quiero que grite / lo quiero ya... / lo necesito, quiero que me diga que la he vencido.

X SUPPLICATIO ET IMPRECATIONIS

—*¡Dime que me quieres, que me voy a morir si no me lo dices! Quiero saber por qué estás conmigo. No quiero tenerte una vez y que te vayas. Te quiero siempre, para mí solo. Necesito un te quiero, aunque sea mentira, porque será verdad cuando lo*

EYACULATIO TARDA

digas. Necesito que me lo digas todo, que nadie te lo ha hecho como yo te lo estoy haciendo, que nadie te ha querido como yo, que nadie te ha vuelto tan loca, que nadie te ha hecho sentir así. Tú no eres un capricho, ni quiero serlo yo...

No dice nada, maldita sea / nunca dicen nada, sólo gimen / me entran ganas de destrozarla, de apretar su carne hasta que sangre, de triturar sus huesos / quiero perforarla por dentro, destrozar sus entrañas / matarla, eso es lo que quiero...

—*¡Dime que me quieres, pedazo de puta! ¡Dime que me quieres que te mato y me mato, puta, más que puta!*

Por fin lo ha dicho, muerta de miedo / los insultos la han dejado descolocada / a Paca y a Lucía les excitaban / hay mujeres que gustan de envilecerse, como los maricas / les gusta que los (las) degraden, saberse putas y tiradas...

—*¡Quiero emputecerte, hacer que seas la más golfa, la más puta del mundo! ¡Putas pero mía, sólo mía! ¡Mi puta adorada!*

No puedo más / necesito irme ya / si pasa demasiado tiempo y no te has ido, luego resulta imposible / no irse genera impotencia, me pasó con Pepa. Tardaba tanto tiempo que yo al final no me iba / cuando no eyaculas, a la vez siguiente no te empalmas / voy a darle la vuelta...

XI ANNHILATIO SUA

Ha gemido al sentir que me salía / ya estoy otra vez dentro, vida mía / es como un ritual, al final tiene que ser siempre por detrás, cabalgando, poseyendo / es más profundo, más primitivo, más golfo, más animal / follarlas sin verles la cara, agarrado a la cintura, a los hombros, para hacer fuerza / penetrar muy dentro, poseer sus caderas / las caderas y el culo son lo más importante / el pecho es para los niños, para los que tienen sexualidad infantil y no entienden de mujeres / las tetas, cuando son grandes, me provocan y luego me desilusionan / llega un momento en que no sabes que hacer con ellas / las más gran-

EL VIZCONDE DE SAINT-LUC

des eran las de Asun y las de Elena, demasiado grandes, globosas, llenas de venas, daban un poco de asco / las primeras tetas que toqué fueron las de Fernanda, no sé ni que años tenía, seis, siete, ocho / se las tocaba por encima de la ropa y ella gemía / un día se hizo la dormida y me dejó que se las sacara, me parecieron enormes...

—*¡Así, mi vida, así, dámelo! ¡Chilla, amor mío, chilla! ¡Chilla más! ¡Chilla hasta que te mueras! ¡Si me lo das te lo doy!*

—*¡Cierra las piernas, amor mío, ni tú ni yo queremos que se salga; déjate caer así, lentamente. Me gusta estar así, encima de ti, vuelta de espaldas y poder besarte en el cuello, en las orejas, buscar el nacimiento de un pelo. ¿Te peso mucho, mi vida?*

XII EJACULATIO ET OBITUS MEUS

Podría seguir mil años, pero tengo que irme / necesito irme, pensar en cosas que me pongan en el disparadero / hay un momento de no retorno / quiero irme por ella, pensando en ella / quiero saberlo todo, preguntárselo todo / cuándo y cómo fue la primera vez / con quien, con quienes / no hay nada tan excitante como pensar en ellas en otros brazos / todos tenemos alma de cabrón, todos las queremos putas / Lola se reía: eres un morboso, te pasas la vida preguntando...

Es pronto para preguntarte, vida mía / es pronto para entrar en tu boca / es pronto para tantas y tantas cosas / quería saber tres cosas: el sabor de tus besos / sentir como te deshacías en mis brazos / la tercera viene ahora: irme dentro de ti / siento que me hincho, que estallo / que me muero / tú también los sientes y chillas...

Tu chillido y el mío, mientras, mi cerebro explota / te has contraído al sentir el chorro de plomo ardiente que te inunda / me desmorono, sin fuerzas...

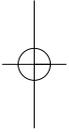
...hay un tiempo de infinitos latidos dentro de ti / hay un tiempo infinito de empequeñecerse / hay un giro lento para salir de ti y recuperar tu boca y tus brazos / tu buscas, inútilmente, refugiarte en

EYACULATIO TARDA

mi pecho / pero soy yo quien reclino mi cabeza en el tuyo / contraigo las piernas, cierro los brazos, mis rodillas en la barbilla / me hago pequeño, cada vez más pequeño / tu vientre se abre y me acoge en tu seno / me quedo allí, para siempre, celda caliente, oscuridad rojiza, espuma líquida de tu sangre, con mi corazón pequeño latiendo al ritmo del tuyo...

Fecundación natural

DE FÉLIX DÍAZ



FÉLIX DÍAZ nació en Caracas, Venezuela, y actualmente reside en La Laguna, Tenerife. Estudió Química en la Universidad de La Laguna, y más tarde Ciencia y Tecnología de los Alimentos. También es Técnico en Informática de Gestión.

Actualmente es profesor de Secundaria, rama de Formación Profesional de Imagen Personal, que ejerce en el IES La Laboral, en la ciudad de Agüere.

Desde los años 80 del siglo pasado ha participado en diversos fanzines de ciencia ficción. De esa época son sus primeras publicaciones: *Alma de Perro* en la revista Nueva Dimensión e *Historia de Draco*, cuento infantil publicado por CajaCanarias en la colección *Historia de Draco y otros cuentos infantiles*.

En 2005 publicó su primera novela, *Exilio*, por Ediciones Idea. Posteriormente ha publicado *Como el Fénix*, *Nafragios*, *Draco y otras historias para niños*, *Uzoné el pequeño astronauta* y *Jimmy Cara de Caballo*, todos en la misma editorial.

También ha publicado *Crónicas de Bistularde*, por Editorial Atlatis, *Aquatia* y *Sombras del Pasado*. Ha participado en las siguientes antologías: *Trece gramos de gofio estelar* (Antología de cuentos canarios de ciencia ficción), *Te lo cuento* (I Certamen de Relatos Ábaco), *Breviario de relatos* (VII Certamen de Relatos Hiperbreves Publicaciones Acumán), y *Microantología del microrrelato II* de Ediciones Irreverentes.

Es miembro del grupo Astroseti.org, dedicado a la divulgación científica.

Encontró el anuncio en Internet. Le atrajo de inmediato por su originalidad.

«Solucione su problema de fecundidad mediante nuestro SISTEMA DE FECUNDACIÓN NATURAL. Sin molestos aparatos. TOTALMENTE NATURAL».

Y añadía, en letras más pequeñas: «Éxito garantizado en el 30% de los casos».

Daba una dirección de correo electrónico y Elisa escribió de inmediato. Llevaba ya cuatro años buscando tener un hijo y su esposo había resultado casi estéril. Las técnicas de fecundación artificial con semen de su esposo habían sido inútiles. El ansiado embarazo no llegaba. Se había planteado una inseminación artificial con donantes anónimos, pero tener que recurrir de nuevo a las jeringas y a la estimulación ovárica se le hacía cuesta arriba. ¡Si hubiera una alternativa!

Recibió la respuesta al día siguiente. Pedía unos datos, nada personal por cierto, que Elisa envió sin pensarlo dos veces.

Con la siguiente respuesta vino un archivo explicando los detalles del proceso. Había que pagar un dinero (¡era lógico, nadie hace las cosas gratis!), una cifra que ella podía gastar sin problemas. Tenía que controlar sus periodos para detectar su día más fértil, algo que ya había hecho un par de veces. Y cuando llegara ese día debería ir, por la noche, a una dirección de su ciudad.

Elisa no comentó los detalles a su esposo, sólo le dijo que iba a recurrir a la fecundación mediante donantes anónimos. Él la animó a seguir. Mientras fueran anónimos, ¡qué importaba!

Llegó el día. Y la noche.

Elisa se vistió muy cuidadosamente. Subió en su coche y arrancó. Estaba hecha un manojo de nervios.

El lugar al que se dirigió era una casa de las afueras, un lugar bastante lujoso, por cierto.

Aparcó donde le indicó un chico de uniforme que le acompañó hasta una salita donde le esperaba otro joven uniformado. Este otro

FECUNDACIÓN NATURAL

le tomó los datos y le pidió que pasara al reconocimiento con el doctor.

El doctor era también un chico bastante joven y guapo. Tenía sus diplomas de ginecología y obstetricia, pero Elisa sintió como el rubor cubría su cara mientras él la examinaba; no le sucedía algo así con los médicos desde que era una adolescente y fue por primera vez a un reconocimiento.

El doctor dio el visto bueno, y Elisa pasó a un salón bastante amplio.

La luz era muy pobre, justo lo suficiente para ver un poco, pero nada más.

La penumbra ayudaba a mantener el incógnito.

Elisa recordaba lo que decía el archivo adjunto al segundo correo.

«Para garantizar el anonimato de nuestros donantes, éstos llevarán la cabeza cubierta con una máscara y no hablarán durante toda la sesión. Igualmente, para impedir cualquier forma de reconocimiento casual, no habrá un único donante. Serán cinco y así sus espermias se mezclarán. Usted no sabrá quién de los cinco será el padre de su hijo.»

Ella se había preparado a su manera. Se había vestido muy someramente, con ropa muy sexy, sobre todo la interior. Confiaba en estimular de forma adecuada a los cinco donantes.

Se recostó en la cama situada en el centro de la habitación. Aparte de unos percheros para colgar la ropa, no había nada más.

Según el folleto, si era necesario recurrir a la estimulación bucal o manual, ella debería hacerlo. Pero evitando cualquier desperdicio del valioso semen.

Entraron los cinco donantes. Llevaban sus máscaras y sus prendas interiores; nada más vestían.

Sin decir nada, la rodearon y comenzaron a tocarla. La desnudaron y la tendieron, suavemente, sobre la cama. Procedieron a estimularla y, cuando ella estuvo preparada, continuaron, por turno, con la inyección de esperma.

FÉLIX DÍAZ

De la forma más natural que existe. La de toda la vida.

Cuando terminó el último, salieron de la habitación, siempre en silencio.

Elisa se quedó extenuada. Tenía sus sospechas de que alguno de los jóvenes que la habían atendido antes pudiera ser uno de aquellos viriles donantes. Incluso el doctor. Pero no intentaría averiguarlo.

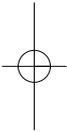
Se vistió lentamente. Se sentía plena como nunca. Más mujer que en ningún otro momento de su vida.

Su esposo nunca podría darle tanto placer.

Recordó que la técnica aseguraba un 30% de éxito. Eso significaba que de cada tres intentos, dos fracasaban.

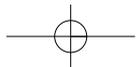
Deseaba que fracasara este intento de fecundación.

Para volver a intentarlo, evidentemente.



Visita imprevista

DE OMAR MARTÍNEZ



OMAR MARTÍNEZ (1968, Sagua la Grande, Villa Clara, Cuba). Graduado de ingeniero civil en el Instituto de la Construcción en Moscú. Comenzó en Sagua su vida laboral; pero tras un año se trasladó al balneario de Varadero en Matanzas.

Se decidió a escribir a finales de la última década del siglo pasado, ayudado por un curso de técnicas narrativas impartido en la televisión y una invitación a participar en un taller Liberio que todavía funciona en Varadero. Siempre se interesó por la CF. Actualmente reside en la Ciudad de la Habana.

Ha publicado en la Revista Digital *Red Ciencia Ficción*, y en la Revista Digital *MiNatura*. Ha obtenido Menciones del Jurado en los premios: Concurso Provincial «Eliécer Lazo», Matanzas, 1998, 1999, 2000(Mención), 2001. Concurso Municipal Varadero «Basilio Alfonso», 1997, 98(Mención), 99(1era Mención), 2002. Concurso Provincial Municipio Martí 1999, 2000(Mención) Concurso Territorial «Fray Candil», Matanzas, 1999, 2000, (Mención). Concurso Nacional Alejo Carpentier 1999. Concurso Nacional Ernest Hemingway, Ciudad Habana 2003. Concurso Centro Promoción Literaria Extramuros «Luís Rogelio Nogueiras» 2004. Concurso Farralúque 2005 Centro Literario Fayad Jamás (Finalista). Concurso Internacional «La Revelación», España, 2008-2009, Finalista; 2009-2010 Finalista; 2010-2011. Proyecta la antología de relatos: *Calabazas en el trasero*.

Una luz frente a mis ojos, me impedía dormir; de ella, vi salir a cuatro mujeres desnudas.

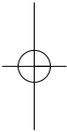
—Vivimos en otro planeta y pasamos por una crisis ecológica que eliminó a nuestros hombres. Estudiamos tu genoma y decidimos escoger te, entre muchos, como semental.

Si hubo más explicación no la escuché. Una de ellas comenzó un leve contacto entre su cuerpo y mi adolescencia; a la vez que me dejaba sin ropa, sentía aquellos senos, los más grandes que había visto, entre mis piernas, y el rozamiento misterioso de su lengua logró una rápida eyaculación. Cerré y apreté fuertemente los ojos. Otra de las «visitantes» acarició mi cuerpo de la misma forma, logrando idéntico resultado. Después, inmediatamente, la tercera.

Yo siempre había escuchado que no podía ser así; pero cuando Aricha, la más bella de todas, comenzó a lograr mi excitación, como las demás, con el magnífico roce de sus senos, noté algo diferente. Con su lengua, provocaba en mí, un aumento en los deseos de poseerla. Yo buscaba su rostro, quería tenerlo frente al mío, para poder demostrarle, introduciéndome con ternura y violencia en su interior, que yo sí valía la pena; pero no lograba mi objetivo, ella mantenía la misma posición de sus amigas. Entonces su voz reflejó el orgasmo.

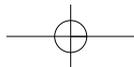
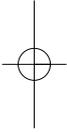
— Recuerda que somos de otro mundo.

¡Entendí! Y derramé en su boca mi cuarta semilla, recogida por ellas en tan breve lapso de tiempo y trasladada a una parte minúscula de la inmensidad del Universo.



El trío

DE LILIANA SAVOIA



LILIANA SAVOIA (Rosario, Argentina, 1953). Ha recibido premios nacionales e internacionales en el campo de las Bellas Artes y la Literatura. Desde 1980, escribe artículos, poesías y cuentos breves para varias publicaciones relacionadas con la cultura. Ha publicado: *Rozando el alma*, *Sueños sin despertares* y *Masticables*.

Fue finalista del Premio Internacional de Micro ficción Garzón Céspedes, del II Encuentro Internacional de Arte Acción SOS. Tierra Poemas 2007, Mención en Narrativa y en poesía del Concurso Nacional de Poesía y Narrativa breve «José Asunción Silva» 2008. Finalista del Concurso Cuentos del Nunca Acabar, Garzón Céspedes 2008, Mención Especial Editorial Musas Argentinas Concurso Cuentos 2008, Accésit I Premio Poesía katharsis 2008-2009, Primer Premio Narrativa en el Concurso Literario «Claudio de Alas, Córdoba, Argentina 2009, Premio Extraordinario de Monólogo hiperbreve en el Concurso de Monólogo Teatral, El Soliloquio y el Monoteatro sin palabras Hiperbreve. Mención en narrativa en el Concurso Literario Internacional de poesía y narrativa Alejandra Pizarnik, Santa Fe, Argentina, 2009 y Primer Premio del Concurso de Narrativa «Prof. Oscar Grandor» 2009-2010.

Se quita la ropa. El vapor la evade de la rutina. Después de unos minutos bajo el agua unas suaves manos le llegan por detrás, le jaban la espalda, bajan hasta su cadera y los glúteos.

Marita y José llevan un matrimonio feliz desde hace 5 años. Él es contador. Ella gerente de RRPP. Él es más tímido y reservado. Ella sociable y extrovertida. José tiene 32 años, Marita 30. Se conocieron cuando ella trabajaba como vendedora en Elen, la firma donde él trabajaba. Entre los dos hubo atracción a primera vista, se hicieron amigos. Poco a poco su relación fue creciendo. Al año se casaron. Las risas y diversión nunca faltaron en su matrimonio, sobre todo era Marita la de las ocurrencias, la de las travesuras. José se dejaba llevar por esa voluptuosidad que desbordaba de ella, aunque le correspondía siempre con su amor, ternura. Él era el de los regalos, de los detalles:

—Sos tan misteriosa como la luna—le repetía hasta en cansancio porque ella siempre estaba dispuesta a formas nuevas de amar.

El amor siguió creciendo con el paso del tiempo, siempre hubo buena comunicación, y comprensión de uno al otro. Eran fieles, y aunque las discusiones y problemas surgieron como en todo matrimonio, encontraron el modo de salir adelante. Casi siempre en la cama. El sexo a veces era fuerte y apasionado, y otras muy dulce y romántico. Nunca se cansaban, ni les faltaban ideas para demostrar su amor. Sobre todo Marita que con los años había madurado.

Cuando no inventaba una postura nueva, se le ocurría un lugar distinto. José era el de los detalles románticos, el juego suave y tranquilo.

Pero últimamente las cosas han cambiado su curso, José sale cada vez más temprano de su casa y llega más tarde. No quiere salir con ella. Casi siempre se lo ve triste, decaído.

—¿Qué te pasa? —Preguntó Marita. —No me tocas. ¿Ya no te gusto?

—No es eso. Vos sos lo que más amo en el mundo.

—¿Entonces?

—No me pasa nada. —Lo dice esquivando su mirada para luego salir de su casa... Camina por largo rato, sabe que lo que le ocu-

EL TRÍO

rre es algo grave pero no sabe cómo decírselo a Marita. La ama tanto que no soporta la idea de perderla si le comenta lo que sucede... *«es mejor que se quede con la duda, así no sufrirá tanto»*, toma su celular y llama por teléfono.

—Hola, Karina, quisiera verte un poco antes de lo previsto. Te espero en Recoleta en una hora. (...) Por favor, es muy importante para mí verte. (...) No, no puede ser donde siempre, quiero que sea allí. De cualquier manera ahí nadie me conoce. (...) Sí, claro, yo también te quiero mucho, sabes que nunca será de otra manera.

A la hora fijada José ve acercarse a una muy guapa mujer de 40 años. Atractiva, viste pantalón ajustado y una blusa de tirantes. Se dan un grande y efusivo abrazo, la charla entre los dos comienza muy amena. La comunicación entre ellos se hace fluida, se nota se conocen desde hace mucho tiempo, de vez en cuando se tocan por las manos los brazos, e incluso él le toca con cierto interés ciertas partes de su cuerpo.

Marita está impaciente. Su marido no llega. Siente que se comporta muy extraño, pero en fin, que algo tendrá que hacer. Lo mejor será seducirlo, se dice a sí misma, así que prepara una cena aromática y exótica. No se siente capaz de pensar en que su esposo la engañe. Se viste sexi y lo espera.

Su marido llega a las 10 de la noche. Luce cansado. Agotado, el sexo con Karina fue salvaje. Mordidas. Lenguas que resbalaban sobre pieles transpiradas. Con ella —a diferencia de la relación con su mujer— domina él. Y le gusta. Lo saborea con gusto a triunfo. Desea meterse al baño y darse una buena ducha par irse a dormir.

Llena la bañera con las sales y jabón líquido de su mujer. El aroma lo envuelve en un entresueño delicioso pensando en el cuerpo firme, serpenteante de Karina bajo su cuerpo. Los dos en éxtasis.

De pronto unas suaves manos le llegan a través de la espuma, le jabonan la espalda bajan hasta su cadera y le jabonan muy deliciosamente sus glúteos, es un masaje tan apasionado, que lo excitan en el

LILIANA SAVOIA

acto, pero en ese momento manda su corazón. Abre los ojos. Su esposa le da un fuerte abrazo mientras la besa apasionadamente. Sus lenguas se entrecruzan y parecen quemar las bocas. Ella se mete vestida. Acompañándolo en el líquido tibio. Su camión de seda color malva se pega a sus turgentes pechos. Están tan abrazados que chocan sus sexos. José comienza a bajar despacio, besándole el cuello. Se detiene en los pezones. Los devora con ansias. Los besa, mordisquea, los succiona suavemente, es una mezcla de ternura y pasión. Baja hasta su cadera, mientras la continua besando, el calor del deseo es insoportable, llega su pubis, baja a los otros labios saboreándolos.

—Qué delicia, sigue, sigue, amor.

Sus palabras le hacen acelerar el ritmo. Marita tiene que tomarse de donde puede porque son tantos los espasmos que le genera que siente va a caer. José sigue bajando besando sus piernas. Ya fuera de la bañera, con sus cuerpos resbalosos y excitados José toma sus pies y le lame deliciosamente cada uno de los dedos, poseído por el amor y el deseo. No sabía lo que sentía. Era algo nuevo, desconocido. Deseaba ser devorada enteramente por él. Sin prisa, sin la incipiente necesidad de un cuerpo hambriento, no... no era eso. Simplemente se ofrecía a él devorada por el deseo. Se entregaba a sus caricias y sus besos disfrutándolos conscientemente, sin que el deseo estropeará ese momento de placer tierno, delicado, que le brindaba su marido. Igualmente actuaban sin prisa, aún cuando sabía que le urgía.

Exploraban el interior sus bocas, saboreándose las lenguas, acariciándolas, una con la otra en un cortejo sensual. Disfrutaba de su dulce sabor mezclado con el de tabaco.

Sus manos parecían querer arrancarle la piel y Marita creía morir con su contacto. Era otro. No era su José. No el mismo que se dejaba llevar siempre por ella. La abarcaba entera, formando un refugio donde sentirse querida, pegaba su cuerpo. Ella recorría su cara con sus besos. Él, con sus manos. Quería grabarlo así en su memoria, para que después, cuando se fuese, pudiera recordar cada milímetro de él.

EL TRÍO

Se perdieron en sus bocas una y otra vez. Bebían de ellas sin saciarse. Marita rogaba que ese instante no acabara nunca.

La voltea haciendo que ella le dé la espalda y sube besándole todas las partes del cuerpo. Ella se da vuelta y se vuelven a besar, mientras abre sus piernas invitándolo. El ritmo va creciendo hasta llegar al paroxismo.

—Dejá que me baño otra vez, —dice la mujer riendo.

—No. Te quiero así, con tus líquidos, quiero disfrutarte toda — a Marita le gustó que fuera así. En la cama entre caricias y besos, se duermen.

El día amaneció nublado, casi lluvioso.

—Presiento que pronto va a llover— dice Marita.

Se levanta muy despreocupada de su cama. Mira a su marido. Aún duerme. Con placer mira el reloj. Aún es temprano, la temperatura de su cuerpo sube rápidamente al darse cuenta que su esposo está desnudo. Sale de su cama, se da un rápido baño y mientras se seca se unta con una loción de rosas, unta con crema perfumada su cuello. Se da movimientos circulares, imaginando que es su esposo quien la acaricia, baja por sus pechos, los frota, se acaricia más y más rápido. Nota como sus pezones se ponen erectos. Baja el masaje a su vientre y su cintura, la excitación crece y crece. Ahora su masaje baja a su cadera, pasa por sus glúteos. El masaje es erótico, con fuerza, con pasión, su cuerpo arde, la adrenalina sube, se siente inundada de placer, de deseo. Mira a su marido que aún duerme. El deseo continúa. Ahora masajea su cuerpo con la crema, las caderas, baja a las piernas, luego hasta las pantorrillas, hasta terminar con sus pies, tranquila, le quita la sabana, y observa a José desnudo. Al mirarlo es obvio que por primera vez después de una noche de sexo intenso él tiene deseos de más.

Coloca un CD, sube a la cama, se para sobre ella, y se pone junto su marido. El ruido de la música así como los movimientos que ella hace lo despierta. Mira sus piernas casi sobre su cara. Desnuda, her-

LILIANA SAVOIA

mosa, y con un delicioso aroma. Ella danza al ritmo de la música, sus movimientos, son lentos, pausados, eróticos. José observa con cuidado como lucen los otros labios de su esposa. Los ve brillar de deseo. La excitación va en aumento. Quiere levantarse pero Marita se lo impide .

—No, amor, esperá, quiero bailarte. Hacerte disfrutar. —José está anonadado, no deja de mirar sus pantorrillas, sus piernas, luego su cadera, su cintura, el vaivén de sus pechos lo vuelven loco, pero lo excita de especial manera, la cara de excitación y placer de su Marita. Levanta su cabeza poco a poco comienza a besarle los pies. Primero, besa sus dedos, los lame suavemente, luego sube hasta sus tobillos, toma uno de sus pies, y levantándose más y más, sube hasta las pantorrillas. Se entretiene en sus rodillas. Luego sube por su pierna, la besa, la acaricia, se deleita con ella.

Su esposa se agacha hasta él en un suave y profundo beso. Los labios de José bajan hasta el cuello de su esposa, lo besa apasionado mientras que ella hace lo mismo. Lanza un grito de placer.

—Te amo, —dice uno.

—Te quiero demasiado, —dice la otra.

José toma por la cintura a su mujer haciéndola moverse y recostarse sobre la cama. Ahora él la tiene a su disposición, observa su cara, su cabello revuelto, le parece hermosa, muy hermosa. Le besa uno de su pechos mientras que con una mano le masaje el otro hasta hacerla estremecer. Así duran un rato entre besos y caricias. Se besan la espalda, las piernas, el vientre, se penetran de mil y una formas posibles de movimientos. Marita deja que su marido la penetre. Primero lo hace de una manera pausada y suave, hasta que terminan haciéndolo apasionadamente. El pacer los conmueve.

—Seguí. Seguí. No te detengas...

La energía de ambos se fusiona inundando de placer sus cuerpos.

Se acuestan y permanecen abrazados, desnudos. Marita desborda felicidad. En sus cinco años de casada nunca habían mantenido una

EL TRÍO

relación tan placentera. En cambio José, no se siente tan feliz y pleno. Había podido actuar así porque hizo un esfuerzo en pensar que estaba con Karina. Ese secreto que no le ha contado a su esposa. Que acecha y amenaza. Una mirada cómplice y una sonrisa pícaro.

—Hay otra, ¿verdad? —José quedó en silencio por unos instantes. Luego contestó.

—Sí. Se llama Karina. —Marita quedó pensativa mirando el cielo. Después de unos instantes preguntó:

—¿Qué le gusta comer?

—¿Comer? —Preguntó José.—

—Sí. Comer.

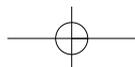
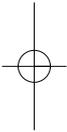
—Ama la pasta.

Con mucha tranquilidad Marita se levantó. Tomó el teléfono y se lo alcanzó a su esposo.

—Llamala —le dijo. —Invitala a cenar. Si cambiaste así por ella debemos animarla a que nos enseñe más cosas a los dos. Esa noche la cama y el resto de la casa fue para los tres.

7 de marzo de 2010, 4:30 PM

DE LUCIANO DOTI



LUCIANO DOTI (Buenos Aires, Argentina, 1977). Comienza a escribir durante su adolescencia, en la década de 1990. Autor de una gran cantidad de obras narrativas y algunas poesías, publica los cuentos *El gnomo sin tiempo* y *La paloma negra*, en 2003 y 2005 respectivamente, integrando sendas ediciones cooperativas de Editorial De los Cuatro Vientos; *El viaje* (2006) en la selección de Beatriz Isoldi *Juntacuentos*, *El rito* (2008), es incluido en la antología *Fuga imperceptible de Marta Mutti*, y *Fantasmas del Tuyú* (2010) en *Los vuelos del tintero* los cuatro por Editorial Dunken. En 2009, recibe el Premio Kapasulino.

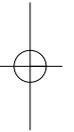
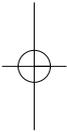
Recostado sobre la arena observo el mar. A mis espaldas están los medanos. Santa Teresita, Barrio Golf, entre Parada 23 y Estancia del Carmen. Algunas damas se asolean en la playa, lucen bikinis, nada de otro mundo. Detrás de mí, en los medanos, juegan dos niños pequeños, parejita. De vez en cuando alguno cae cerca de mí, tras rodar por el dorado terraplén. Se escucha a una mujer decir: «cuidado ahí..., no que te caés...» Es una voz sensual, joven y dulce. Luego, cuando el sol comienza a virar hacia el oeste, las sombras de estos niños y de la mujer se agigantan. Trato de intuir las curvas de ella a través de su sombra, adivino poco y nada. Después, la niña se va, era de otra familia, y el niño corre al mar, orientado por su madre: «allá está papá, ¿ves?» Una vez que el niño llega al mar y se une a su padre, le sigue su madre. Desciende el terraplén como una potra errante, su bikini es extremadamente pequeño, mini-tanga, de esas bien altas con el triangulito atrás, color amarillo. Mi pasión tórnase amarilla. Su cola es un monumento a *La Cola*, sobresale generosamente, la raya es un surco que recorre toda esa zona de manera bien marcada; nada de esas tangas que se meten un poco, ésta chica la lleva bien clavada en lo más recóndito de su anatomía. El breve pedacito de tela de adelante deja notar una depilación total. Sus muslos y caderas son firmes, tonificados a base de constantes sesiones en el gym. Voluptuosa, corre hacia el mar, a reencontrarse con los suyos. Él la espera, a la suya; o sea, a la que no es mía. Mientras corre se va recogiendo el pelo, ese cabello largo hasta la cintura, ensortijado, castaño claro. En ese momento detesto mi vida, por un instante experimento la sensación de que si esa chica existe y no es mía, mi vida no vale la pena. Ella se mete al mar, y a medida que va entrando su venusiano cuerpo se moja. El modo en que trata a su cola me excita más: cuando viene la ola, le da la espalda, así el agua espumosa golpea contra esos glúteos majestuosos; qué no daría yo para poder acariciarlos siquiera una vez. Ella se queda allí, con su hijo y su marido; o sea, no conmigo. Yo me marcho. Al rato, ya más tranquilo, me doy cuenta de que, después de

7 DE MARZO DE 2010, 4:30 PM

todo, la vida vale la pena, si aunque sea tuve la oportunidad de ver esa chica (esa cola). Pero la ansiedad persiste, el estado de excitación no se va por completo. A los pocos días, en un intento de exorcizarlo, escribo estas líneas.

Joselín, la señora Araceli y el masaje tailandés

DE ANDRÉS FORNELLS



ANDRÉS FORNELLS, aunque es español, por lo mucho que ha viajado se considera ciudadano del mundo. En la actualidad vive en la Costa del Sol. Ha publicado numerosos relatos cortos en EEUU y en España, y ha obtenido varios galardones en esta especialidad. Su última novela publicada es *La muerte tenía figura de mujer hermosa*, con la que repitió el éxito tenido con *Jazmín significa amor voluptuoso*, ambas en Ediciones Irreverentes.

Anteriormente publicó las novelas *El seductor y la rica heredera*, *A la busca de la magia perdida*, *Never love a foreigner*, *La magia del amamaya*, y *La seductora modelo de Cibeles*.

Ha aparecido en diversas antologías de narrativa, entre las que destacan *Sexto Continente*, *Antología del Relato Negro I*, *Antología del relato negro II*, *Antología del relato negro III*, *Microantología del microrrelato*, *El sabor de tu piel*, *Las estrategias del amor*, *Yo también escuchaba el parte de RNE*, *Microantología del microrrelato II*, *Antología del relato negro II* y recientemente en *Hiroshima*, *Truman*. Ha colaborado en el periódico literario Irreverentes.

Es el ganador del II Premio Incontinentes de Novela Erótica por *Los placeres venéreos de la hija del embajador*.

El muchacho levanta la tapa del váter y orina. Está empalmado. Le disgusta ver su pilila tan crecida y dura. La castiga propinándole un bofetón suave, seguido de una regañina:

—Toma, por tonta, por cambiar de tamaño cuando te da la gana y entonces parecer, más hecha de madera que de carne.

Sacude ya el goteo final cuando escucha la bonita voz de su mamá:

—¡Jesulín!

—Voy, mamá.

El chico baja la tapa del inodoro, guarda su miembro exaltado, y se llega a la cocina donde su mamá lo espera y dice nada más verlo aparecer:

—Mira, hijo, quiero que le lleves este tarro de mermelada a la señora Araceli. Se lo prometí, y lo prometido es deuda.

Jesulín la dirige una mirada de adoración y declara en un tono cargado de ternura:

—Enseguida se lo llevo. Te quiero muchísimo, mamá.

—Y yo a ti, cielo mío. Dame un besito antes de irte.

Él se acerca, risueño, y le planta dos sonoros besos en las mejillas. Coge de las manos maternas el tarro de mermelada y marcha hacia la puerta dando alegres saltitos. La madre lo sigue con ojos amorosos y piensa: «Señor, Señor, qué maravilla de hijo me diste. Ni dándote las gracias mil veces al día, te pago yo el extraordinario regalo que me has hecho».

Jesulín cierra la puerta con cuidado. Los portazos hacen ruido, el ruido molesta a los vecinos y además perjudica el marco de la puerta. Tonta es la gente que no lo entiende así. Empieza a subir los escalones a la pata coja. Está contento. Motivos le sobran. Sus profesores elogian el interés que le pone al estudio, sus padres elogian lo bueno que es y justo el día anterior recibió el elogio del padre Alberto porque, al pasar por su confesionario, no tenía ni tan siquiera un pecado chiquitísimo que confesarle. «Eres un chico muy especial, el sacerdote le dijo admi-

JOSELÍN, LA SEÑORA ARACELI Y EL MASAJE TAILANDÉS

rado. No vas de botellón como otros chicos, no piensas en las niñas, ni cometes actos impuros y haces todos los días alguna obra de caridad». «Ni cometeré nunca actos impuros, padre Alberto. Me mantendré puro toda mi vida, para así agradar a mis padres, para así agradar a todas las demás personas que me quieren y, lo más importante, para ganarme el cielo, respondió con la firmeza de su fe inquebrantable.»

Jesulín llega al rellano del segundo piso. Toca con delicadeza y brevedad el timbre perteneciente al apartamento de la señora Araceli. Sólo los mal educados pegan su dedo al botoncito y lo mantienen allí hasta hacer enfermar de los nervios a quienes hacen padecer esta prolongada tortura acústica.

La señora Araceli abre la puerta y lo recibe con una sonrisa encantadora. La señora Araceli tiene treinta y dos años, es morena, esbelta y reconocida por muchos como la mujer más guapa del barrio. Está casada con un abogado laboral. El matrimonio no tiene niños. Las lenguas viperinas del vecindario aventuran que no los tienen por puro egoísmo, porque como a tantas parejas modernas los niños significan trabajo y gasto para sus padres.

—Hola, señora Araceli, —no menos encantador Jesulín—. Mi mamá me ha encargado traerle este tarro de mermelada, elaborada por ella, que le prometió.

—¡Oh, qué bien! Tu mamá es adorable.

—Sí, muy adorable —complacido el muchacho con la alabanza.

—Pasa, pasa, quiero invitarte a un refresco por lo amable que eres —la hermosa mujer abriendo del todo la puerta.

—No es necesario. No quiero molestar, señora Araceli.

—No será molestia, sino deleite conversar unos minutos contigo. Mi marido permanece muchas horas en su despacho y yo me siento sola y necesitada de compañía.

—Siendo así, de acuerdo —servicial el muchacho.

Ella cierra la puerta. Caminan hasta el salón, coqueto, limpio, bonito.

ANDRÉS FORNELLS

—Toma asiento ahí en el sofá —indica la mujer del abogado—. Mira, tengo zumo de manzana y zumo de naranja. ¿Cuál prefieres?

—El de manzana, si no es mucha molestia —educadísimo el muchacho.

—Ninguna molestia, Jesulín.

La señora Araceli se dirige a la cocina. Jesulín se fija en el extraño vaivén que realiza el trasero de ella y cruza su mente un pensamiento compasivo: «Pobre señora, parece que tiene algún defecto en sus caderas. Mamá no anda de esa manera, con tanto remeneo.»

Regresa ella con dos vasos. Después de darle a Jesulín el que contiene zumo de manzana se queda con el suyo que lleva ginebra. Ocupa el sillón que le permite quedar frente a frente del muy azorado muchacho porque acaba de ver en mitad de las piernas de la mujer cuya falda quedó levantada varios centímetros por encima de sus rodillas, una ropa interior de rabioso color rojo, fina, de aspecto delicado que transparenta una oscuridad que tiene forma de triángulo. ¿Será una mancha? ¡Qué pena con lo bonita que es la prenda!

—Cuéntame cosas de ti, Jesulín. Apenas nos conocemos, y hablando dicen que la gente se entiende.

—Sí, sí, lo dicen. Pues verás, ayer estuve en el confesionario y el padre Alberto me elogió porque llevo, ni sé el tiempo, sin cometer pecado alguno.

A la señora Araceli se le elevan las bien curvadas cejas por la sorpresa que acaba de causarle las palabras de su interlocutor.

—¡Vaya, eres un chico muy especial!

—Eso dice siempre mi mamá, y mi papá también —contento con esta coincidencia.

La candidez del muchacho la excita. La esposa del letrado reconoce que la experiencia tiene su aquel, pero la inocencia es una puerta detrás de la que quizás puede encontrarse esa magia que embelesa y fascina. Un mar de poderosos anhelos inundan de repente su cuerpo esplendoroso. Y como la vida le ha enseñado que los osados alcanzan

JOSELÍN, LA SEÑORA ARACELI Y EL MASAJE TAILANDÉS

metas que los prudentes nunca consiguen, elabora un plan que la llena de embriagante excitación. Y decide ponerlo en práctica de inmediato. Dirige una seductora mirada al muchacho que delante de ella, con aire angelical, bebe del vaso que le sirvió. «Es bello como un ángel y tan cándido como uno de ellos. Siento una irrefrenable necesidad de ser perversa con él. Y lo seré».

—Oye, Jesulín, ¿te han hecho alguna vez un masaje tailandés?

El abre al máximo sus grandes, ingenuos ojos negros.

—No, nunca, señora Araceli. Ni tan siquiera sé lo que es un masaje tailandés. Ignorante que es uno —con un gracioso mohín de disculpa—. Como jamás he salido al extranjero.

—Supongo que sí habrás oído decir más de una vez, que el saber no ocupa lugar.

—Sí, sí, claro que sí. Mi mamá y mi papá me lo dicen a menudo, para animarme a que estudie y aprenda cosas.

—Pues bien, yo estoy dispuesta a hacerte un masaje tailandés, porque tengo la seguridad de que te gustará. ¿Qué dices, Jesulín?

La señora Araceli lleva muchísimo tiempo sin escuchar su corazón latir con tanta fuerza, ni sentir tan abrasante calor de su ombligo para abajo.

—Señora Araceli, ¿de veras cree usted que me gustará que usted me dé un masaje tailandés —indeciso el muchacho, nervioso el gesto con que echa hacia atrás sus largos y sedosos cabellos castaños.

—Oh, estoy totalmente segura de que te gustará muchísimo.

Jesulín agita con elegante gracia los hombros y decide:

—Bueno...

—Ven, dame tu mano —la mujer recomendándose calma, no vaya a despertar la desconfianza del chico, refrena la urgencia que se ha apoderado de ella.

El muchacho se levanta y, con timidez, coge la mano que, ya de pie, le ofrece la bella mujer. A ella la mano le tiembla y la respiración se le ha acelerado mientras conduce a su cándido vecinito al dormitorio.

ANDRÉS FORNELLS

rio conyugal. Ya dentro de él, le pide con una voz que le sale bastante menos firme de lo que pretende:

—Y ahora tiéndete de espaldas encima de la cama.

—¿Encima de la cama? —él, desconcertado, dudoso, cogido por sorpresa.

—Sí, para que el masaje haga efecto hay que ponerse cómodo.

—¿Me quito los zapatos para no ensuciar el cubre? —considerado.

—Sí, y quítate también los pantalones.

Jesulín se la queda mirando, perplejo, el sonrojo cubriendo ya la totalidad de sus mejillas de melocotón.

—Si me quito los pantalones quedaré en calzoncillos —expone con apuro.

—Claro, es lo normal —cada vez más excitada la mujer, con la situación tan insólita que ella ha creado—. Es imprescindible para hacerte un masaje tailandés.

—Aparte de mi mamá y mi papá nunca nadie más me ha visto en calzoncillos.

—No te da vergüenza de mí, ¿verdad?

Enseguida se da cuenta de que acaba de cometer un fallo.

—Sí me da, y mucha —sincero, sin decidirse.

—Que no te dé ninguna vergüenza, Jesulín. Piensa que yo soy tú mamá o tu papá.

El muchacho deja escapar una risita nerviosa.

—Señora Araceli, usted no se parece nada a mi mamá y todavía menos a mi papá.

—Seguramente, pero aspiro a quererte tanto como te quieren ellos.

Interpretando sinceridad en sus palabras, Jesulín siente un golpe de ternura conmoverle el corazón. ¡Qué bonito tener una mamá tan joven y bella! Hasta su papá ha dicho, alguna que otra vez, que la señora Araceli es una mujer muy hermosa.

—Bueno...—decidiéndose.

JOSELÍN, LA SEÑORA ARACELI Y EL MASAJE TAILANDÉS

Se libra de los zapatos y los pantalones, y la señora Araceli está a punto de gritar de entusiasmo cuando ve el escandaloso bulto que deforma la tela de la prenda interior de Jesulín. «¡Dios bendito! ¿Será cierto lo que están viendo mis ojos, o la fantasía se ha adueñado de todos mis sentidos y veo lo que deseo ver y no lo existe en realidad?»

—Túmbate en la cama, por favor, Jesulín —pide, la emoción atenazándole la garganta.

El muchacho obedece y ya de espaldas sobre el lecho le da con la mano un golpe a su tremenda erección.

—¿Qué estás haciendo? —extrañada la mujer.

Jesulín, aturrullado, confiesa:

—Castigo a mi palito por lo caprichoso que es, pues cuando le viene de capricho me causa la molestia engordar mucho y ponerse duro como si en lugar de ser de carne fuera de madera.

—Querido Jesulín, no tendrías que castigar, sino premiar a tu palito por realizar una transformación tan maravillosa.

—¿Le parece maravillosa esta transformación tan tonta? —desconcertado, observándola con los ojos muy abiertos.

—Oh, sí. Muy maravillosa.

Él pone cara de no comprenderla. La señora Araceli tiene que echar mano de toda su fuerza de voluntad para no coger con manos codiciosas el potente miembro del muchacho y succionarlo hasta sacarle la última gota de sus esencias. Teme que si lo asusta, él huirá de ella causándole la mayor frustración de toda su vida.

—Bueno... ¿Me da ya ese masajito, señora Araceli? La verdad es que estoy sintiendo mucha curiosidad —confiesa sincero, sin malicia, superado el bochorno inicial.

—Enseguida te lo doy, cariño.

La enfebrecida mujer se sube la falda y con toda la rapidez que le permiten sus trémulas manos se quita las medias negras que lleva puestas y subiéndose, acto seguido a la cama pide a Jesulín que levante un brazo y, cuando él obedece lo ata por la muñeca a uno de los

ANDRÉS FORNELLS

barrotos del cabezal. Luego toma la otra muñeca del chico y repite la operación. Entonces surge el primer signo de rebeldía por parte de él.

—Señora Araceli, usted perdone, pero no me gusta estar atado.

—Ya verás cómo sí te gusta y muchísimo... Te lo garantizo...

Siente la mujer que el corazón le atruena enloquecido de deseo y nota entre sus piernas una notable mojadura y un calor abrasante. Con premura, acuciada por la impaciencia, se quita la totalidad de la ropa que viste.

Su figura escultural deja boquiabierto, admirado, a Jesulín. Es la primera mujer desnuda que ve. Nunca había imaginado que las prendas de vestir ocultaban tan extraordinaria belleza, e intuye que es reacción natural que la parte de su anatomía que él llama su «palito caprichoso» esté a punto de estallarle de la excitación tan grande que experimenta.

—¿Por qué se ha desnudado, señora Araceli? —logra balbucir, atónito ante la inexplicable conducta que muestra la mujer más hermosa del barrio.

—Para tener más libertad de movimientos, cielo.

Acto seguido, ella comienza a tirar hacia debajo de los calzoncillos blancos, clásicos que él lleva puestos.

—¿Señora Araceli, es esto necesario? —sintiendo enorme vergüenza.

—Imprescindible, Jesulín —asegura.

Suelta ella los calzoncillos que caen al suelo justo encima de los zapatos y los pantalones del muchacho.

—No me mire, por favor —rojo de pudor Jesulín.

—No me pidas un imposible, cariño. Deseo mirarte y contemplarte. Eres el chico más bello del mundo. Y ahora mismo comienzo a hacerte el masaje tailandés.

La enardecida mujer sube a la cama, coloca una rodilla a cada lado de las adolescentes caderas del muchacho que la observa intrigado, los ojos doblados de tamaño y la respiración acelerada. Conseguida

JOSELÍN, LA SEÑORA ARACELI Y EL MASAJE TAILANDÉS

la posición que quiere, la señora Araceli aplasta su empapada, palpitante, abrasante vulva contra el estómago de Jesulín e inclinándose le va pasando los sensibles pechos, de pezones ya endurecidos, por el tórax del muchacho, y luego se los acerca a la boca entreabierta, jadeante y primero uno y después el otro, le pide que se los bese. Él obedece porque la extraña situación que está viviendo le causa un goce intenso, desconocido. Los pechos de la mujer le provocan una cosquillas deliciosas. Los llena de besos y le sorprende agradablemente las muestras que ella da de que le place su conducta. «Le gusta, le gusta. Qué bien», adorablemente ingenuo.

La señora Araceli siente el palito de Jesulín presionándole la junta que separa sus espléndidas, esféricas, nalgas gemelas. «Santo cielo, la hermosura que posee este inocentón sin él apreciarlo, ni valorarlo. Yo sí lo haré. ¡Vaya si lo haré».

—Huy que excitado te siento, cielo.

—Me siento raro —reconoce el muchacho—. Creo que me gusta mucho el extraño masaje que me está dando, señora Araceli.

—Pues lo que va a seguir ahora te gustará infinitamente más —ella incapaz de aguardar más tiempo el deseo que ya la trastorna por completo—. Fíjate que funda tan bonita tengo yo para tu gran palito.

—¡Ah! También usted lo llama palito —ríendose encantado—. ¡Huy!, lo que me está haciendo, señora Araceli.

—¿Te gusta, mi cielo? —cargada de ternura la voz.

Jesulín se estremece todo al ayudarle ella a penetrar en la cálida, sedosa, deslizante hendidura y, espontaneo y sincero, declara:

—Huy, señora Araceli, me gusta más que nada conocido por mí antes. Pero muchísimo más.

—Te voy a hacer hombre y tú me vas a hacer mujer.

—No entiendo qué quieres decir, señora Araceli.

—No hace falta, cielo. Disfruta este momento.

Muy lentamente la mujer empieza a subir y bajar cubriendo todo y descubriendo solo parte del empinado miembro de Jesulín. Él cie-

ANDRÉS FORNELLS

rra sus cándidos ojos y se relame los labios, entregándose al mayor placer de toda su joven vida. Y la mujer observando el gozo que expresa el rostro del muchacho inocentón, siente aumentar el suyo. «Generoso Dios de los cielos, ¿por qué me excita tanto la inocencia, la pureza? ¿Es por amor a tan bellos sentimientos, o por perversidad?»

No continúa con sus reflexiones, de repente Jesulín deja escapar un grito de incommensurable placer mientras entre poderosas convulsiones descarga abundantemente, dentro de ella, todo el esperma que lleva almacenando desde que alcanzó la pubertad.

El muchacho siente que se está muriendo, pero es la suya una muerte tan dulce, tan placentera, que no le importa. Jamás se ha sentido más vivo que ahora muriéndose.

Y casi inmediatamente es la señora Araceli la que se convulsiona violentamente y abrazándose a Jesulín le dice palabras tan cariñosísimas que ni siquiera a su adorable madre él se las ha escuchado nunca. Poco a poco el chico va regresando a la realidad. Siente apretado contra él el sedoso, perfumado cuerpo de la señora Araceli y exclama espontáneo:

—¡Señora Araceli, la adoro!

—Y yo a ti, mi amor —agradecida y conmovida ella, cubriéndole el angelical rostro de sentidos besitos.

—Me gusta, me gusta... Me gusta muchísimo el masaje tailandés —reconoce Jesulín riendo de felicidad—. ¿Puede darme otro masajito tailandés más, señora Araceli? Por fa... —suplicante.

—Claro —complaciente y complacida—. En cuanto tu palito caprichoso se ponga de nuevo duro como la madera.

Y para ayudarle a conseguirlo, ella se lo acerca a sus labios cálidos, gordezuelos, y la reacción por parte de la carne que con tanto deseo estimula responde con un nuevo y poderoso alzamiento.

—¡Mire, mire, señora Araceli! —entusiasmo el inocente—. Ya está listo mi palito para que le haga otro masaje tailandés. Y por fa, suéltame las manos, me duelen del deseo tan grande que tienen de tocarla.

JOSELÍN, LA SEÑORA ARACELI Y EL MASAJE TAILANDÉS

—Pobrecillo. Ahora mismo te suelto para que puedas tocarme todo lo que desees.

Ella lo desata y Jesulín lo primero que hace es cerrar sus ávidas manos en torno a los duros, puntiagudos, sensibles pechos de ella que vibran de puro placer al sentir sus torpes pero amorosas caricias.

El segundo orgasmo, por su larga duración, los dos lo disfrutan todavía más. Se ha secado la mujer con una toalla el semen que se le ha salido, y se lo está limpiando también al muchacho, cuando a él un súbito pensamiento le despierta la alarma.

—¿Qué hora tenemos ya, señora Araceli? En casa comemos a las dos, y mamá se enfada mucho si papá y yo no estamos sentados a la mesa a esa hora en que ella nos tiene el almuerzo preparado.

—Falta un cuarto de hora para las dos —consultando el relojito que antes de desnudarse depositó encima de la mesita de noche y, entrándole prisas también pues a las tres llegará su marido y ella se verá obligada a preparar a toda velocidad la comida—. Vamos a vestirnos.

—Señora Araceli, he podido venir esta mañana a su casa, porque en el colegio hacemos puente, pero mañana no podre y yo quiero que me dé más masajitos tailandeses —con los pantalones todavía en la mano y su caprichoso palito apuntándola a ella.

—Yo también quiero darte muchos masajitos más, cielo; pero hemos de mantenerlo en secreto porque mi esposo me prohibiría que te diera más masajes, y lo mismo harían tus padres. ¿Y nosotros no queremos que nadie nos prohíba algo que nos gusta tanto, ¿verdad, Jesulín?

—Verdad, señora Araceli.

—Bien. ¿Puedo confiar en que guardarás este importantísimo secreto?

—A nadie diré ni media, señora Araceli. ¿Sabe una cosa? Yo ya no podría vivir sin estos maravillosos masajes tailandeses que usted me da —muy serio y convencido de lo que ha dicho.

ANDRÉS FORNELLS

Se despiden, antes de que la mujer abra la puerta, con dos castos besitos en las mejillas.

—La adoro, señora Araceli.

—Y yo te adoro también a ti, Jesulín.

Y a partir de este día todas las tardes que pueden, la señora Araceli le hace un masaje tailandés a Jesulín, y él la riega el maravilloso tunelito —como le encanta llamar a la vagina de esta hermosa mujer, con su generoso y poderoso semen.

La naturaleza, cuando le da la real gana, es infalible. Ha transcurrido mes y medio desde que Jesulín y la señora Araceli disfrutaron su primer masajito tailandés, y mientras almuerzan la mamá de Jesulín le dice al papá del muchacho:

—Esta mañana hemos coincidido en la panadería la señora Araceli y yo. Me ha contado que su marido y ella van a tener por fin un niño. Diez años de matrimonio sin conseguir que ella quedara embarazada y ahora por fin lo está. Cosas increíbles que pasan.

—Asunción, la constancia suele conducir al éxito —sentencioso él—. Supongo que la señora Araceli estará muy contenta.

—Contenta es poco. Rebosa felicidad por los cuatro costados.

—Y es de suponer que el marido también.

—Naturalmente. Los dos estaban desesperados por conseguir descendencia. Les gustan mucho los niños, según me ha dicho ella.

Jesulín que desde hace algunas semanas ha perdido parte de su inocencia, cuando por fin puede retirarse a su cuarto rompe a llorar. Su mente traidora ha recuperado todas las enseñanzas sexuales recibidas en el colegio y voluntariamente olvidadas por considerarlas cochinas, pecaminosas. Y está aterrado por lo que sospecha ha podido ocurrir debido a la práctica del masaje tailandés con la adorable señora Araceli.

A la tarde, angustiado y temeroso, acude a la casa de ella que, nada más cerrar la puerta, le cubre el rostro de sentidos y apasionados besos.

JOSELÍN, LA SEÑORA ARACELI Y EL MASAJE TAILANDÉS

—¡Ah, cuánto te quiero, mi adorable Jesulín! —exclama arrebatada.

Él espera que se le pase la apasionada explosión, para decirle balbuceante, mirándola con la esperanza de que ella lo niegue:

—Señora Araceli, mientras comíamos mi mamá le ha dicho a mi papá, que usted va a tener un niño.

—Jesulín, voy a tener un niño dentro de menos de ocho meses, y es tan grande mi felicidad, que reviento por dentro.

—¿Y ese niño puede ser...? —aterrado ya, Jesulín.

—Puede. ¡Pero qué más da, cielo! Un niño es lo que yo quería. Y soy inmensamente feliz por tenerlo. Lo demás es secundario. Tranquilízate. Y vamos a la cama que necesito darte un masajito tailandés, hombretón.

—Vamos.

Ella nunca antes le había llamado hombretón, y de repente Jesulín siente que lo invade una oleada de orgullo, pues ahora está seguro de que él ha conseguido en unas pocas semanas lo que el señor Pascual, el marido de la señora Araceli no ha conseguido en más de diez años.

—Señora Araceli, sus masajitos me gustan más que todas las demás cosas de este mundo. Que lo sepa.

—No hace falta que lo jures. Se te nota muchísimo.

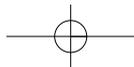
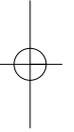
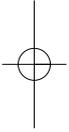
Y camino del dormitorio van sembrando el suelo con sus ropas, pues Jesulín ha perdido por completo su pudor y conoce, ahora más que nunca, lo muchísimo que es querido por la mujer más hermosa de su barrio.

Esta vez es él quien cae sobre ella y la ata a los barrotes de la cama con las medias negras. Y cuando Jesulín la embiste con su palito que ya parece hecho de madera, el angelito que él regaló a la señora Araceli para su cumpleaños y que ella ha colgado allí encima del cabezal suspira y dice con la voz sin sonido que poseen los querubines.

—Dios de los cielos, pero qué bonito es el amor libre.

Abrótano macho

DE ÁLVARO DÍAZ ESCOBEDO



ÁLVARO DÍAZ ESCOBEDO (Santander). Publica novelas con seudónimo durante algunos años. En su segunda etapa como escritor se presentó con el libro de relatos eróticos *Esencia de mujer*. Posteriormente ganó el I Premio Incontinentes de Novela Erótica con *El mentalista*, y el V Premio Internacional de Relato Vivencia con *El mundo entero en una calle*, todos ellos publicados en Ediciones Irreverentes.

Ha participado en la antología del relato español *13 para el 21*, en la antología *250 años de terror*, en *Antología del relato negro I*, *Antología del relato negro II*, *Antología del relato negro III*, *Sexto Continente*, *Microantología del microrrelato*, *microantología del Microrrelato II*, *Poeficcionario*, *Las estratagemas del amor*, *Yo también escuchaba el parte de RNE*, *El sabor de tu piel* y recientemente en *Hiroshima, Truman*.

Sus textos se publican en el periódico literario Irreverentes, del que fue uno de los fundadores.

Pese a que el vaho dificultaba la visión, la vi según penetré en el habitáculo. Enseguida percibí el olor típico e inconfundible de las plantas compuestas, como el abrotano macho.

Al fondo, en la grada, destacaba la estilizada figura de la mujer. El espacio en que estaba tumbada permitía que dos personas se recostaran sin riesgo de molestarse.

Me senté frente a ella para verla bien. Luego, decidido, imité su postura. Entonces, mis pies quedaron orientados a los suyos, de manera que, si alguno movía de forma refleja los dedos, podría imaginarse que éstos estuvieran haciéndose guiños insinuantes.

Permanecimos callados, respetando el silencio que la situación demandaba. Aún en la reserva, una corriente de intimidad nos envolvía.

Al cabo de breve rato, sucedió un fenómeno maravilloso e increíble, exclusivo de la fabulación: inverosímilmente, los tabiques comenzaron a desquiciarse; buscando unirse, engullían con sus bocas, invisibles pero poderosas, trozo a trozo, los extremos del banco.

La percepción visual del milagro creaba estupor. De un lado, entusiasmaba la tremenda fantasía óptica; de otro, producía inquietud pensar en el fin del espejismo. Tal era el prodigio que no cabía más reacción que la del asombro.

Como consecuencia del insólito suceso, nuestras extremidades toparon. Suponiéndose tácito y mutuo acuerdo, las rodillas de ambos se proyectaron hacia arriba, componiendo un par de simétricas pirámides de carne.

Costaba precisar qué clase de pie poseía mi compañera; el mío es de tipo griego, que muestra avanzado el dedo gordo.

La emoción y la tensión, concentradas en el reducido perímetro de la sauna, dieron opción a una pausa. Se detuvo, asimismo, el mecanismo compresor de la estructura, como si la ciencia de lo quimérico hubiera cumplido el cometido principal de acercar los cuerpos, de transpiración invadidos.

ABRÓTANO MACHO

Tras un paréntesis, posé las yemas de los pulgares, a tientas, en las canillas femeninas. Probado que aceptaban el ensayo, acabé satisfecho de tanta perspicacia digital.

El primer dedo del pie tiene la ventaja de ser carnoso y rollizo. A diferencia del de la mano, en donde el índice y el corazón desarrollan el papel de tenorios, puede aplicarse con éxito asegurado a las técnicas del masaje especializado: suele presentarse galanteador, audaz y pendenciero, además de ágil.

Convencido de las esperanzadoras perspectivas, me esmeré en que mis apéndices plantares cubriesen de múltiples caricias las ya abiertas piernas de la mujer.

Reparé en la blancura de su epidermis. Remedaba a una muñeca grande de porcelana, pues no se le advertía la pelusilla que el mador escoge de depósito. Atesoraba, a semejanza de la longeva y vivaz hierba acuática, ese apreciado efecto loto que repele impurezas.

El pelo, deshecho el rodete, caía suelto encima de los hombros; la franja de las cejas lo mismo servía de portal para la frente que de tejado para los párpados; la piel, resaltando el conjunto, era fina como el cristal y reluciente como la loza de elaboración artesanal.

Deseé que las paredes de la sauna volvieran a ponerse en movimiento. Acaso fue el desenlace específico de la ilusión fabricada en mi cerebro, pero el hecho es que, a continuación del conjuro, los focos laterales se apagaron de súbito. Después de la absoluta y fugaz oscuridad, alumbraron tres pilotos centrales, de color rojo encendido, que aparentaban heridas sangrantes practicadas en el vientre del techo.

Con acompasados vaivenes y favorecido por la acción lubricadora del ambiente, reanudé las fricciones en su entrepierna, notando que se estremecía.

La acertada deducción me indujo a concluir que, en lo sucesivo, tenía que cuidar los pies; pecando de injustos, concedemos mayor importancia a las manos.

ÁLVARO DÍAZ ESCOBEDO

La temperatura corpórea hizo que sus muslos se separasen, al igual que los pétalos de la flor ante el cálido vigor de los rayos solares. Empezó a mostrarse un sexo falto de vello pubiano, ignorándose si la carencia pilosa sería natural o voluntaria; pero en ningún caso procedería juzgarle decadente y pobre de sentido erótico; al contrario, más bien simbolizaba la vulva de una jovencita bajo el pubis terso de la hembra adulta.

Pausada y discretamente, la mujer consiguió colocarse tan expuesta como los códices en el facistol de un monasterio.

Nos comprendíamos sin articular palabra, nos veíamos sin mirarnos, nos abrazábamos aun estando distanciados..

* * *

Bajé a desayunar en cuanto desperté.

Sentada en una de las mesas del comedor, sola, bebía a sorbos y con fruición el contenido de la taza. Por sus gestos faciales, deduje que el café estaba caliente y sabroso.

Me puse a examinarla. Dándose cuenta de mi muda inquisición, desvió la mirada; luego levantó los ojos y los enfocó a los míos. Sobre la nariz de perfil judaico, un leve surco de nostalgia subrayaba sus facciones.

De físico bien dotado, no atendía demasiado al arreglo personal, detalle que transmitía una imagen de acentuada seriedad. El aspecto y el gesto, austeros, propalaban cierta mortificación de las pasiones.

Peinaba el cabello tirante, recogido en un rudimentario moño que contribuía a conferirle porte severo y místico. Pero sobresalía en ella algo que atraía la consideración ajena: su blanquísima tez. Daba la impresión de haber sido tratada con polvos de arroz chino.

Por cualquiera de los motivos, la mujer excitaba mi interés.

Creyendo tener aprendida la lección, me encaminé a la piscina colectiva, persuadido de que el baño templado dilata los poros y ensancha raquílicas ideas.

ABRÓTANO MACHO

Entre burbujas y cataratas estuve disfrutando, en particular si ponía el abdomen de cara a los chorros fuertes. Próximo a ellos, el agua arrojada incidía tan intensamente en el cuerpo que uno comprobaba cómo se hundía el ombligo hacia la espalda. Fastidiaba que, al alejarte de la acción de los borbotones, las prominencias de la grasa excedente retornaran de inmediato a su sitio.

Salí al exterior cruzando un corredor con apariencia de mortuario, ya fuese por los bultos humanos que yacían en las tumbonas, ya fuera por la asepsia que imperaba en el estrecho recinto. La configuración de los pies que rebullían, escapados del sudario, o el carraspeo de los postrados, permitían especular respecto a su identidad.

Mudez y reposo, o viceversa.

* * *

Entré en el gimnasio; necesitaba ejercitarme y quemar toxinas. Ejecutadas las tablas de flexiones y estiramientos, resolví rematar la rutina deportiva y aplicarme unas friegas que tonificasen y pusieran en concierto mi sistema muscular.

Pasé a la sala con aire marcial, desenfadado en el andar. Un albornoz de felpa marrón, apropiado para la ocasión, cubría el pantalón corto que llevaba puesto.

Al descorrer la puerta y franquear la entrada, quedé sorprendido. Jamás hubiera pensado que nos reencontráramos tan pronto.

Allí estaba mi amiga de sudoraciones, ebúrnea, luciendo el talle ceñido y esbelto, al que llegaban o del que partían las líneas de sus piernas. También se le notaba patente esquivez.

La sorpresa, recíproca, cortó la espontaneidad del saludo. Me atuve a las tácitas indicaciones que la masajista hizo, procediendo a despojarme de la indumentaria de abrigo y a tenderme en la mesilla de fricciones que, en principio, nos separaba.

ÁLVARO DÍAZ ESCOBEDO

Empezó por administrarme el lubricante que facilitaría la suavidad de los deslizamientos. La mezcla untuosa incorporaba almizcle silvestre, y despedía un aroma de difícil identificación. Además, añadía aceites de palisandro y jojoba. Claro está que leí la etiqueta, visible, del frasco que contenía el bálsamo.

La mujer continuaba callada, impasible, sin perturbación en el rostro que reflejase algún atisbo emocional. Mi mutismo era calco, e idénticamente absurdo.

Empecinados en mantener el silencio que presidía la relación, estábamos instituyendo un nexo de amistad contradictorio. Al igual que sucedió en la cabina de vapor, ninguno nos atrevíamos a hablar, como si fuéramos mudos.

Ella persistía en su inabordable actitud, desplegando la pericia en la labor desarrollada; yo empezaba a desconcertarme.

Trabajó los tobillos y el sóleo para atacar la región sural. Al arriarse a las ingles respetó la frontera que marca la discreción, pero las proximidades de mis partes genéricas se enardecieron.

A pesar de la frialdad profesional, parecía estar dándome un masaje taoísta. Con circulaciones flotantes, creaba fuentes de energía e imanes que irradiaban efluvios sensuales.

Presionó y frotó mi relajado cuerpo, poniendo los puños ahora abiertos, después cerrados; al final, juntos. Unas veces empleaba las yemas de los dedos; otras, las almohadillas que hay en la zona distal de la mano.

Con semejante sobar y resobar, el pene terminó traicionándome. Endureciéndose, inició una metamorfosis que le condujo a cambiar de proporciones. Adquirió el nervio y la robustez comunes al órgano más mutable y caprichoso de nuestra anatomía. Despierto por completo, multiplicó las dimensiones a lo largo y ancho de su contorno. Para mayor rubor, llamaba la atención.

Me incomodó la inesperada felonía de que estaba haciéndome víctima, pues guardaba malos recuerdos de sus veleidosas elevaciones fálicas, si bien es verdad que siempre surgieron en circunstancias inde-

ABRÓTANO MACHO

seables y, hasta cierto punto, normales; nunca premeditadas, representaron actuaciones debidas a causas espontáneas, o sea, erección inconsciente originada al margen de la voluntad.

Llegó el momento en que el muro de las contenciones saltó hecho añicos. Intenté el acercamiento. El rechazo femenino, inminente y brusco, impidió que insistiera. Armándome de valor, mediante un pequeño roce, repetí la insinuación.

Tampoco el disimulo halló eco. La hembra se declaraba en franca huída, dejándome desamparado y contribuyendo a que mi ánimo decayese.

Sin embargo, la obcecación del activo cipo por emanciparse e irrumpir en escena mostrábase intrépida, amenazando romper el tejido que le inmovilizaba. Mas los esfuerzos fueron inútiles; la prenda tenía una textura invulnerable a cualquier ataque

Impotente para rasgar la consistente tela, recurrió a la astucia. Desistió de la guerra frontal y modificó la dirección; buscó la salida al estilo del preso que escala el muro de la cárcel. Pegado a la pelvis, empujó con denuedo y logró asomar su roja cabeza por la cinturilla del calzoncillo. Desdeñando lo que detrás empalmaba, el glande envidiaba campar en libertad. Aun perteneciendo a mi propia organografía, presentaba síntomas de comportarse de modo independiente.

De esta guisa siguió, a la espera de que un alma bondadosa, vistiéndolo faldas, acudiese a liberarlo de la celda de algodón en que estaba prisionero; pero el gozo cayó al pozo, a la profundidad de las decepciones. Las manos de la mujer, sin rozarle e inmisericordes, se dirigieron a parcelas menos alterables al tacto y a la refriega.

No obstante, mi infeliz «compañero de vicisitudes» permaneció unos instantes a la expectativa. Fue inútil. Convencido de ello, inició el repliegue, descolgándose por el mismo lugar que había trepado.

La arrojada pelea provocaba humores alrededor de su estrecha boca. Enseguida agachó el bálano y, enflaqueciendo, regresó a la mínima expresión.

ÁLVARO DÍAZ ESCOBEDO

Estábamos ambos defraudados, desechos interior y exteriormente.

En consecuencia, al advertir que la quinesióloga señalaba el cambio de postura con gesticulación seguida de superficiales toquécitos en el brazo, no lo pensé. Embargado de entremezclados sentimientos, bajé de la mesa de aplicaciones, renunciando al amasamiento de las vértebras.

Bueno me encontraba, que digamos, para que maquinasen abrirme las puertas de la médula o trataran, enfrentándola al flujo que sube del sacro, que oscilase la espina dorsal.

Por nada del mundo consentiría un nuevo desencanto de mi «paciente e inseparable socio», llorón y desconsolado, todavía vivo de deseo e implorante. Quería evitarle el sufrimiento de resistir atrapado y magullado entre la tripa y el duro bastidor de la camilla. Ninguno de los dos habríamos sido capaces de soportar el despiadado castigo.

Preferí domeñar las ganas a tolerar posibles desprecios de la dama en cuestión. Frente a notoria falta de caridad, opté por la honrosa retirada.

* * *

Sorprendente fue el distanciamiento de que hiciera gala la adusta señora cuando entré en el cuarto de masajes. Costaba creer que la persona con la que horas antes tanto disfruté, se mostrase, poco después, indiferente y descortés. Su actitud resultaba incomprensible.

El proceder femenino había impactado en mi espíritu, contrariándome. Y no es que tuviera el orgullo resentido, pero tampoco sabría decir por qué me sentía descontento y desengañado; mal, en definitiva. Decidí acostarme un rato.

Ayudado del resol que filtraba la celosía de la ventana, logré el descanso mental, aunque no un sueño profundo. Culpa de aquella hembra, enigmática donde las haya, de la que desconocía su tono de voz e ignoraba su nombre.

ABRÓTANO MACHO

Los pensamientos me abandonaron, y la mente se tornó plana.

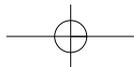
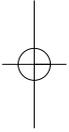
Salí del letargo y volví a la realidad, verificando que el lado derecho de la cama lo ocupaba la esbelta y elegante masajista del hotel, cuya palidez le confería gran atractivo. Casi pegada a mí, olía muy bien, a colonia de rosas.

Desperezándome, la mano femenina se posó en la mía; blanca y cuidada, apretaba cargada de entusiasmo. Pertenece a una mujer resuelta que, inclinándose, susurró quedo en mi oído:

— Espabilate, que vamos a recuperar el tiempo perdido.

Secretos eróticos

DE JOSÉ LUIS ALONSO DE SANTOS



JOSÉ LUIS ALONSO DE SANTOS (Valladolid, 1942). Dramaturgo, director escénico, guionista y novelista español. Vive en Madrid a partir de 1959. Pasa largas temporadas reflexionando, creando y descansando en El Puerto de Santa María. Ha sido director de la Compañía Nacional de Teatro Clásico. Ha ganado los premios Ciudad de Valladolid, Gayo Vallecano, Tirso de Molina, Premio Nacional de Teatro (1986), Ciudad de Cazorla (2003), y recientemente el Premio Castilla y León de las Letras y el Premio Nacional de Las Letras Teresa de Ávila.

Suyas son las dos obras teatrales más leídas y representadas en España en el último medio siglo, *Bajarse al moro* y *La Estanquera de Vallecas*. Entre su amplio repertorio estrenado y editado destacan las obras *¡Viva el Duque, nuestro dueño!*, *Del laberinto al 30*, *La verdadera y singular historia de la princesa y el dragón*, *El álbum familiar*, *Golfus Emerita Augusta*, *La última pirueta*, *Pares y nines*, *El combate de Don Carnal* y *Doña Cuaresma*, *Trampa para pájaro*, *Vis a vis en Hawai*, *La sombra del Tenorio*, *Yonquis y yanquis*, *Salvajes*, *En el oscuro corazón del Bosque*, *La cena de los Generales*, y en Ediciones Irreverentes *Fuera de quicio*, *Amor líquido*, *Dígaselo con Valium* y *El Romano*.

Ha participado en las antologías de Ediciones Irreverentes *Las estrategias del amor*, *Antología del relato español* y *Microantología del microrrelato II*.

(Salón de masajes femenino. Una MASAJISTA joven, guapa, y muy agradable, da masajes a una cliente: GLORIA, de mediana edad, desnuda, cubriéndose en parte con una toalla, tumbada boca abajo sobre una camilla. Suena una suave y sensual música de fondo.)

MASAJISTA.— *(Dando crema y masajes en la espalda de GLORIA.)*
Llego, llamo, me abre, entro, y me dice: «Pasa y desnúdate».

GLORIA.— ¿Así de pronto? ¿Sin más? ¿Y tú qué hiciste?

MASAJISTA.— Qué iba a hacer. Había ido a eso, ¿no?

GLORIA.— ¿Pero te desnudaste de golpe, con la luz dada y él allí delante? ¿Y sin conocerle de nada?

MASAJISTA.— Me dejé las bragas puestas al principio, y él me dijo: *(Imita una voz masculina.)* «Eso también fuera».

GLORIA.— Qué corte, ¿no? ¿Y te las quitaste?

MASAJISTA.— En pelotas me quedé. Ya que estaba allí... Él se puso a mirarme de arriba a abajo, el tío, y de abajo a arriba, veinte veces. Yo es que no sabía dónde meterme. Imagínese: allí, desnuda, en mitad de la habitación y él de mirón. Si le hago daño, dígame.

GLORIA.— No, no, está muy bien así. Sigue. ¿Y era guapo?

MASAJISTA.— Ah, sí. Guapísimo: alto, moreno, con un estilazo... tenía una pinta de película. Estaba buenísimo. Tenía gafas.

GLORIA.— Yo es que me muero si se pone a mirarme así de pronto, desnuda, un tío con gafas...

MASAJISTA.— ¿Y qué tiene que ver si tiene gafas o no tiene gafas?

GLORIA.— Mujer, con gafas parece que te ven más, ¿no? Si le conoces, y se desnuda él al tiempo, pues ya te enrollas y es otra cosa. Pero así, en frío... y con gafas.

MASAJISTA.— Huy, no hacía nada de frío. Yo por lo menos estaba sudando, del calor que me entraba al mirarme él. Bueno, pues va el tío y se acerca a mi lado y empieza a recorrerme así, tranquilamente el cuerpo con un dedo. *(Se lo hace a ella.)* ¡Me entró un escalofrío!

SECRETOS ERÓTICOS

GLORIA.— ¡Ay! Y a mí ahora al pasarme tú el dedo...

MASAJISTA.— Fíjese qué corte. Él no se había quitado ni la chaqueta, ni me había preguntado ni cómo me llamaba ni nada. Y por si fuera poco, que estaba yo ya que me moría, va y ¡zas! me coge un pecho y me lo levanta. (*Se lo hace a sí misma.*) Yo ya cerré los ojos y me dije: «De perdidos al río». «Que sea lo que Dios quiera». ¡Trrrrrrrrr! Y sonó el timbre.

GLORIA.— ¿El timbre? ¿Que sonó el timbre cuando te tenía cogido...? ¿Qué timbre?

MASAJISTA.— El de la puerta, mujer. Qué timbre va a ser. Me suelta y va a abrir...

GLORIA.— ¿Y tú qué hacías mientras tanto?

MASAJISTA.— Me tapé lo mejor que pude con lo primero que cogí, no fuera a entrar su mujer, o la que fuera.

GLORIA.— ¡Qué rato pasarías...! ¿Y quién era?

MASAJISTA.— Su novio.

GLORIA.— ¿Su novio? ¿Qué novio?

MASAJISTA.— (*Dándole masajes ahora en el cuello.*) ¿Está bien así? ¿Le relaja el cuello?

GLORIA.— Sí, sí. Sigue. ¿El novio de quién entró?

MASAJISTA.— Que tenía novio el tío: «Pasa Juan». «Es Juan, mi novio». «Es piloto». «¿Te importa que se quede aquí conmigo mientras te pinto?» Puso el caballete y las cosas de pintar, y ya, a partir de ahí, como si yo fuese un tiesto con flores. Dos horas ahí quieta sin moverme, que me entraron unas agujetas que me moría. Y de vez en cuando se echaba unas miradas con su maromo que se comían con los ojos el uno al otro.

GLORIA.— (*Desilusionada con el final de la historia.*) Bueno, en parte mejor, ¿no? Así tú ya estabas más tranquila.

MASAJISTA.— Sí, pero ya sabe la cantidad de cosas que se piensan cuando vas a una cosa así. Los peligros que corres y eso... Y luego nada.

JOSÉ LUIS ALONSO DE SANTOS

GLORIA.— Es verdad. ¿Qué harán las mujeres de las películas para que les pasen las cosas que les pasan?

MASAJISTA.— Hoy en día no hay que hacerse ilusiones con los hombres. Te llevas cada chasco... O son muy cortados y no se atreven, o se lo hacen entre ellos. Tal vez sea lo mejor: los hombres con los hombres y las mujeres entre nosotras. Nos evitaríamos muchos problemas. *(Le da masajes acariciándola cada vez con más intención.)* ¿Usted ha probado alguna vez con una tía? Con este cuerpo que tiene...

GLORIA.— *(Se levanta, cortadísima, y se ajusta la toalla alrededor del cuerpo como puede.)* ¡Huy, qué tarde es! Me tengo que marchar ya, perdona...

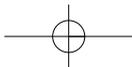
MASAJISTA.— Pero no se ponga así... *(Siguiéndola insinuante.)* Qué prisa tiene.

GLORIA.— Otro día seguimos, ¿eh? con el masaje, quiero decir... *(Sale del cuarto.)*

MASAJISTA.— ¡Espere! ¡La ropa! ¡Que se va con la toalla...!

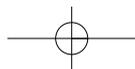
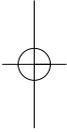
(Coge la ropa de la cliente y sale detrás de ella.)

OSCURO



¿Rojo o Negro?

DE LA VIZCONDESA DE SAINT-LUC



LA VIZCONDESA DE SAINT-LUC es el pseudónimo bajo el que se oculta la autora –junto al Vizconde de Saint-Luc– de la versión española de *Acerca del matrimonio de Paulette*, una de las novelas más excitantes y inmorales jamás escritas. Asimismo participó en la *Microantología del microrrelato II* de Ediciones Irreverentes.

En su otra vida es traductora, soprano, redactora...

Dedicado al Vizconde de Saint-Luc

El suelo estaba cubierto de una enorme alfombra de Bokhara azul y negra. El sofá de cuero blanco crujía suavemente con el peso de Isabel de negros y larguísimos cabellos, de cuerpo fuerte y bien torneado. Sólo llevaba puestas unas calzas rojas que dejaban ver sus piernas dignas de una diosa de alabastro y un monte de Venus, negro y abundante. Con el afilado estilete se estaba peinando su impresionante melena mientras en sus ojos lucía la codicia.

El espectáculo era desde luego sugerente, un cuerpo grácil, un desnudo integral, unos pechos apenas apuntados con las areolas marrón claro, algo más oscuras que la blanca y pecosa piel de su invitada de honor y un pubis de fuego escasamente poblado: un ser casi perfecto. Por la frente de la desconocida pelirroja de cabello ensortijado, abundante e inesperadamente largo, corría un reguero de sangre oscura, espesa. El hilillo había dejado ya una huella sobre su párpado izquierdo y recorría su pecosa mejilla acercándose a sus labios con pasmosa lentitud.

«¡Ni se te ocurra chupar esa sangre! ¡Déjame a mí!—

Isabel se acercó y tras mojar suavemente la punta de la lengua con el líquido carmesí, se sirvió de ésta, con innegable maestría, para pintarse los labios y luego dibujar la boca de la aterrorizada invitada.

La llevó hasta el sofá, se sentó, y poniendo su mano derecha en la herida de la frente, tiró fuertemente con la izquierda de los cabellos de fuego y así, la atrajo hacia su pecho. El rostro de la pelirroja desconocida se contrajo de dolor; los labios de Isabel se curvaron en una mueca de triunfo.

De la herida de la cabeza seguía manando sangre, Isabel se levantó, se mojó las manos y mojó las manos de su presa; con las suyas amasó los pechos breves llenos de pecas marrón claro. Instó entonces a la pelirroja a que le masajeara las nalgas.

«¡Con decisión, mujer! ¡Con más brío!»

¿ROJO O NEGRO?

La situó contra la pared de paneles de madera, se alejó unos pasos, cogió el estilete que había dejado sobre el sofá y lo arrojó con la destreza de un feriante. La víctima se echó un poco a un lado y la hoja afilada le rozó el brazo derecho provocándole un corte de ocho centímetros de largo. Esta vez la sonrisa de Isabel se hizo expansiva, su expresión de franco regocijo. Lanzó de nuevo el estilete con un revés y éste fue a incrustarse en la pared sin provocar daños personales. El ceño fruncido, los ojos brillantes de la morena, casi paralizaron de miedo a la lechosa joven de rojos cabellos, que no se atrevía a moverse. Isabel se acercó a ella, la miró burlona de arriba a abajo, pero no la rozó; arrancó el estilete y se alejó de nuevo, después volvió a arrojar su arma con más ímpetu que pericia y esta vez el corte del brazo izquierdo resultó ser más profundo.

«Tú eres tonta! ¿Cómo esperas que curemos semejante tajo de forma rápida y segura? ¿No te he dicho acaso que no te muevas?».

«No me he movido» balbució la invitada.

«Te moviste antes y me hiciste enfadar, eso es un error de principiante, guapa.»

A grandes zancadas Isabel se acercó a la pared de paneles de madera y con fuerza volvió a sacar la hoja afilada; esta vez su amiga no se había atrevido a respirar siquiera. Con increíble rapidez, le propinó un corte leve y longitudinal en el muslo que, de inmediato, empezó a sangrar.

«¡Pues sí que sangras, ven aquí!».

El estilete cayó al suelo. Isabel, hincándose de rodillas, plantó su cara directamente sobre el muslo de la grácil pelirroja, y suavemente fue embadurnándose de sangre la tez; después, con las manos, le manchó las piernas llenas de pecas y luego se frotó la sangre contra los muslos.

Poco a poco, la pelirroja empezaba a reaccionar: se mojó las manos con la sangre que manaba de sus brazos heridos, se puso detrás de Isabel y dibujó signos cabalísticos en la piel nívea, casi transpa-

LA VIZCONDESA DE SAINT-LUC

rente, de su espalda. La abrazó, acarició sus pechos y deslizó sus manos hacia el estómago de la cautivadora y, más tarde, hacia la entrepierna de negro y tupido vellón.

La morena diablesa se liberó del abrazo, se dio la vuelta y echó hacia atrás la cabeza; con las manos manchadas, se hizo una trenza que anudó con su propio cabello para poder moverse con mayor libertad; las manos de la tierna pecosa no habían llegado a rozar su pubis.

Ambas se sostuvieron la mirada unos instantes...

Isabel, sin previo aviso, se abalanzó, intentó morder el cuello de su oponente: la pelirroja entonces, agarrando la negra trenza, tiró de ella hacia atrás; eso desató la furia de la morena y con las manos simulando garras, arañó su pecho izquierdo. La excoriación fue coloreándose y al tiempo de ella manó un poco de sangre, que Isabel se apresuró a mamar con delicadeza y, a la vez, con deleite, calificándola de sabrosa y dulce. El gesto le resultó a la pelirroja tan inesperado, que la dejó que besara y lamiera sus pechos repetidamente y con ello, sentía una profunda excitación y su cáliz de fuego se perlaba de gotitas de placer translúcidas.

No pudo más, a punto de desfallecer de gozo, cayó de rodillas y escondió su cara en el negro pubis de su compañera de juegos, lamiéndolo a su vez.

No dejándose vencer por el deseo, Isabel se inclinó, recogió del suelo el estilete, y con éste dibujó sobre la espalda de su cortesana, primero con dulzura y luego con rabia, una línea transversal que poco a poco fue tiñéndose de rojo...

* * *

Se había esmerado en curar sus heridas, lavándolas con agua tibia, aplicando un ungüento a base de vitaminas A+D y asegurándole que no tardarían en cicatrizar. Le preocupaba el tajo más profundo que le había infligido en el brazo izquierdo. Para sanarlo, se hizo ella misma

¿ROJO O NEGRO?

un corte en la yema del dedo índice izquierdo y lo pasó sobre la cicatriz repetidas veces.

La pelirroja era insistente, particularmente pesada, le cogió el dedo lacerado, lo besó y se lo metió dulcemente en boca: ese último gesto la sorprendió y la excitó. Mientras Isabel terminaba de ajustarle las vendas al cuerpo, le había dedicado un mohín y le había dicho mimosa:

«No comprendo la razón de este juego, no es divertido, podríamos jugar a otra cosa...».

Siguió haciendo mohines y frunciendo los labios, de un modo realmente irritante. Después le pidió que se recostaran sobre el impresionante sofá e Isabel accedió a regañadientes. Sentada en el borde del cojín, le susurraba dulces palabras:

«Te lo pasarás bien, te lo prometo.»

¡Qué muchacha tan estúpida! Había conseguido dominarse y no tirarla al suelo de un empujón.

La tierna doncella de rojos cabellos empezó acariciándole los pezones oscuros, desiguales, primero con dulzura, luego cogiéndolos con decisión entre el dedo pulgar y el índice: tenía las yemas de los dedos algo ásperas, eso le produjo un inesperado placer. Pareció darse cuenta y le agarró los pechos, se metió el pezón derecho en la boca, lo chupó y lo mordió casi con violencia.

De pronto pareció olvidarse de los senos y paseó su lengua por el vello oscuro, y extremadamente suave, bajo el ombligo de la bella de negras guedejas. Ahora toda su obsesión parecía ser el pubis negro, cogía los enortijados pelos, intentaba separarlos con sus dedos: no se dejaba amilanar por los gestos bruscos de Isabel. Con manos increíblemente sabias volvía una y otra vez a separar los rizos oscuros de la entrepierna y sirviéndose de nuevo del pulgar y del índice, pellizcaba como quien ejecuta un *pizzicato*. Al final consiguió que gimiera y suspirara de gozo.

Y luego nada más: se levantó bruscamente, y empezó a vestirse.

Apoyándose ligeramente en los antebrazos, Isabel la estuvo observando hasta que al fin se marchó.

LA VIZCONDESA DE SAINT-LUC

* * *

Había buscado por Internet una presa y había creído seleccionarla con acierto. Había redactado el anuncio de forma clara y concisa: «Busco mujer joven de entre 18 y 27 años, bien formada, para ritual de sangre».

Al principio le gustó lo que vio: había llamado a la puerta a pesar de haberla dejado entornada y había entrado sin timidez innecesaria. Tras un breve saludo, Isabel de negros cabellos, le había ofrecido una copa de vino, un gran reserva del 64, de un precioso color púrpura con tonalidades ocres, con aroma a vainilla tostada, un vino delicado y persistente, suave y redondo en la boca: la clase de vino que se debe beber puro sin gustar de otros manjares. Ahora dudaba de que hubiera sabido apreciarlo pues no había hecho ningún comentario.

La invitada hablaba poco, con una ligera ronquera que se le antojó sensual y prometedora. Apurando la copa, Isabel se había desvestido para ella, rápidamente, sin ganas de excitarla en realidad, pero había presentido los ojos de gato de la pelirroja escrutando cada centímetro de su piel de alabastro, como quien busca respuestas. Se dejó las calzas: una muestra de coquetería.

Luego le pidió que se quitara la ropa a su vez y entonces comprendió que no serviría... Un ritual de sangre, antes o después, se salda con alguna víctima pero la muy ingenua no había venido armada. Antes de empezar a punto estuvo de echarla con cajas destempladas. Decidió darle una segunda oportunidad y sacando su estilete de debajo del sofá de cuero, le propuso jugar un rato.

Sin dejar de mirar sus ojos de gata, Isabel, se había acercado a ella muy lentamente, le había ordenado no moverse, después había hecho un molinete con su arma sobre la cabeza de fuego y le había cambiado de sitio la raya del pelo, luego, sin más, se había alejado de ella.

Al principio la muchacha no parecía haber sentido un dolor lacerante pero en seguida se tambaleó y tuvo que apoyarse en la pared

¿ROJO O NEGRO?

más cercana. La tierna pelirroja la miraba de hito en hito sin atreverse a protestar. Isabel, sin bajar la mirada, se sentó en el sofá de cuero blanco y volvió a hacer un molinete con el diabólico puñal.

* * *

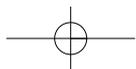
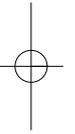
La invitada se había despedido hacía ya un rato. Se había marchado sin un portazo, sin un reproche y eso la había dejado perpleja. ¿Volvería a verla? La muy ladina no le había dicho nada al marcharse. ¿Era una ingenua? ¿Se trataba acaso de otra depredadora? ¡Qué sugerente su forma de reaccionar cuando quiso morderle el cuello! Sólo por eso valía la pena volver a buscarla. Tenía que hacer que regresara. Bastaría con dejar pasar unas semanas: eso desconcertaría a esa pelirroja viciosa. ¡Si pudiera convencerla para llevar a cabo un auténtico ritual de sangre! La chica desde luego había demostrado tener agallas pero le faltaba experiencia. Había que aleccionarla, era evidente que no había recibido la adecuada formación. Empezó mentalmente a redactar otro anuncio con que atraer a su presa y, mientras reflexionaba, bebía directamente de la botella, y se deleitaba con la intensa, salada y persistente mezcla de sangre y de vino.

* * *

Dos horas más tarde, la sangre sobre su cuerpo lechoso y firme estaba ya reseca; mezclada con el sudor exhalaba el mejor de los perfumes, un olor a hembra, único, recio, incomparable. ¡Tantos hombres había, que se dejaban seducir por los humores del cuerpo femenino! Pero los hombres eran hipócritas y cobardes, siempre preocupados por las enfermedades, por las infecciones, anhelando el placer y recelando sus consecuencias. Con las mujeres era más sencillo, un simple juego de poder, ahora mandas tú, ahora mando yo...

Puesta en común

DE ELENA MARQUÉS NÚÑEZ



ELENA MARQUÉS NÚÑEZ (Sevilla). Licenciada en Filología Hispánica, es funcionaria del cuerpo técnico superior, especialidad correctora de textos, del Servicio de Publicaciones Oficiales del Parlamento de Andalucía desde 1994 hasta la actualidad. Ha publicado los cuentos «Ávila», en *Miradas y letras en el camino de la Lengua castellana*. (Selección de obras del I Certamen Fotográfico y I Certamen Relato Hiperbreve «Camino de la Lengua Castellana»), Fundación Camino de la Lengua; «Amor secreto», en *Dreceres*, Debarris; «Cinema Paradiso», en *El beso*, Ediciones Castañeda; «El albarquero» y «Quesos Gomber», en *Artesanía comprimida'10*, Vicepresidencia y Consejería de Economía y Hacienda de la Junta de Castilla-La Mancha, y «Pícaros», en la revista *Ex Novo*.

Ha sido Mención honorífica en el Concurso Literario Alicia Moreau de Justo, convocado por el Partido Socialista del Coronel Rosales (Argentina), con el relato *Cierra las ventanas*; seleccionada para la final del I Premio de Poesía Gertrudis Gómez de Avellaneda, con el poema *Tar-des de lluvia*; III Premio del V Certamen «Poemas sin rostro», convocado por Canal Literatura, con el mismo poema; primer premio del III Premio de Relato Corto «Paso del Estrecho», convocado por la Fundación Cultura y Sociedad, con el relato *Desubicados*; finalista del II Concurso de Relato Corto «La maleta del tío Paco», con el relato *Recuerdo* y finalista del I Premio Ex Novo Literario de Cuento de Temática Histórica, con el relato *Pícaros*. Recientemente ha participado en la antología *Hiroshima, Truman*.

Lo de quitarse las prendas una a una me parece manido, esos *stripteases* que no ponen a nadie, que no crean expectativas, que se repiten hasta la saciedad. Y no digamos las velas, las prendas etéreas, las cremas untables y comestibles, los aromas falsos y dulzones que encubren los olores verdaderos.

Desde que te vi sentí una inclinación enfermiza hacia tus piernas. Las intuía bajo las medias, cálidas, delgadas, estupendas. Solo de cuando en cuando nos brindabas una mañana escasa de minifalda y escote. Que lo del escote, si es por mí, te lo puedes ahorrar, y dejar de pasar frío, que a mí lo que me va es un buen culo donde agarrarme, unas piernas que me abracen todo el cuerpo, unos pies con tacones incorporados que me arañen los flancos si hace falta.

Hoy, después de mucho pedírtelo, has consentido en quedar conmigo a la salida del trabajo. No es hora de cafés ni de cervezas. Algunos cubatean desde hace rato, pero no quiero perder mis facultades, por si se terciá.

Ese día nos has sorprendido con un vestido serio que no te pega nada. Llevas el pelo recogido en una especie de moño que deja caer los rizos sobre la nuca. Tus ojos siguen serios, como siempre, y se clavan indagando a ver qué es lo que pretendo.

En casa saben que yo los martes llego tarde. Hay reunión de departamento, y luego copas, y de lo demás no hablo casi nunca. Tampoco me preguntan. Supuestamente nos quedamos los de siempre, en el pub irlandés, que nos transporta a otra época. Los camareros parecen viejos cantantes de rock o moteros absurdos.

Tú te empeñas en permanecer en la barra. Hoy era el día de ponerte la minifalda, tonta, que ahí empinada me podía hartar de verte los muslos en todo su esplendor. Aun así, mi imaginación va a más allá, y en cada movimiento de cruce de piernas creo intuir esas bragas pequeñas, que han de ser negras, como mandan los cánones, y el aroma dulce y denso de tu sexo.

PUESTA EN COMÚN

Como ya no fumas, te muerdes las uñas con insistencia. Se te ve atenta a todos mis movimientos, a mis gestos, a la proximidad de mis manos, a esos toques en el hombro o en el brazo para llamarte la atención, a ese susurro en el oído, que la música está muy alta y me veo obligado a rozarte esos rizos que me vuelven loco.

Te pido otro *gin tonic*. Tú dices que debes marcharte, pero tengo claro que hoy no voy a dejarte escapar. Evidentemente, tú, tan soltera, con un piso que, según dicen, es una monada, no me vas a ofrecer visitarlo, así que no me queda más alternativa que atacarte en el coche, y ya no está uno para esos trotes.

Te bajas con agilidad del taburete. Yo pago y pido agua. No tengo otra intención que demorar lo más posible tu retirada, idear algún lugar donde intentarlo. No hay nadie a quien pedirle un favor. No está Damián, que vive ahí al lado, y vive solo. Seguro que él sí ha conseguido plan para esta noche.

En la puerta del pub me das un beso de despedida. Me ha parecido que lo has dejado caer demasiado cerca de mis labios.

* * *

No quiero interpretar lo que no es, que siempre he pecado de imaginativo, pero, nada más salir, te veo más suelta. Quizás allí pensabas que la gente podía comentar. El mismo camarero de la coleta, que a veces te tira los tejos, y puede que te guste, o quién sabe si te lo has pasado ya por la entrepierna y has venido tan solo a darle celos. El caso es que ahora te entran ganas de tomarte otra copa, y te acompaño hasta tu casa, a ver si, de camino, vemos un bar abierto que te agrade.

Entre semana no hay mucha gente por la calle. Ya han cerrado los comercios y de vez en cuando pasa una pareja, o una bicicleta con prisas. El único bar que abre sus puertas está vacío. En la barra se acoda una pareja, como la que formábamos hace un momento nosotros, solo que con los papeles cambiados. Ella hace aspavientos y se

ELENA MARQUÉS NÚÑEZ

ríe, se aproxima enseñando unas piernas demasiado cortas, bajo mi punto de vista; él parece escuchar sin entusiasmo, y en ese momento mira el reloj y llama al camarero para pedir la cuenta.

Nos paramos frente a tu portal. Estoy casi seguro de que me vas a ofrecer una última copa. Miras a ambos lados y me indicas con un leve gesto que suba. Por supuesto, no dudo, y ya en el ascensor (vives en un quinto) me da tiempo de cogerte por el cuello y besarte. No ofreces resistencia y me sonrías mientras buscas en el bolso las llaves.

No estás en absoluto nerviosa, y eso me perturba un poco, o me desilusiona. Pareces habituada a este tipo de escenas. Atraviesas rápida la entrada y llegas al salón. Es acogedor, con un sofá mullido, como de terciopelo azul, con cojines de telas orientales. Hay también una extensa alfombra a la que es preciso darle utilidad.

Te has quitado la chaqueta. Debajo llevas una prenda que no sé calificar, pero te marca los pechos de un modo sugerente. Me veo apurado, cogido por sorpresa. Me vuelves a besar con demasiada furia. Me has dejado caer sobre el sofá y me susurras guarradas en el oído, aunque ya no hace falta que hablemos bajo, que nadie nos escucha, o eso creo.

«Estaremos mejor en la cama», y no tengo opción. Me quitas la camisa excitada. Algún botón rueda bajo la mesilla de noche. Hay encendida una pequeña luz rojiza, como deben ser las de los clubes nocturnos. No sé en qué momentos te has quitado los pantalones, con una soltura que me da que pensar. Recuerdo aquellos bailes en que los *stripper* se quitan las prendas de un tirón. Quizás lleves algo por el estilo.

Estás encima de mí y casi no puedo respirar. Me has quitado el cinturón, abierto la bragueta, que deja que me expanda con urgencia, y te me has sentado sin permiso. Me arrastras por el colchón hasta que topo con el cabecero, de hierro blanco sobre un color fresa o algo así. De algún lado sacas un fular con el que me anudas las manos. Me chupas todo el cuerpo. Tengo ganas de gritar, de correrme, de pegarte.

PUESTA EN COMÚN

* * *

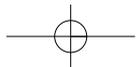
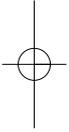
A la mañana siguiente me presento en la oficina, como siempre. Más de uno me mira con sorna. Parece que llevo escrito en la frente lo de anoche.

Enciendo el PC. Pasa por el pasillo Fran, con una mueca torcida. Emite algún saludo que no llego a captar.

Abro el correo. Hay un mensaje con un enlace a YouTube. Lo abro pensando que es una felicitación de Navidad y allí me veo, con mi conquista rubia, los rizos cayendo sobre mis ojos, atado y gritando como un cerdo, revolviéndome en mis espasmos y mi vergüenza.

Lucía

DE RAFAEL BAILÓN RUIZ



RAFAEL BAILÓN RUIZ es profesor de Enseñanza Secundaria (Lengua castellana y Literatura) en el IES Francisco Giner de los Ríos de Motril (Granada). Ex-miembro del consejo de redacción de la revista «Letra Clara»(Universidad de Granada), ha colaborado con otras revistas y diarios, tal es el caso de «Elvira», «Caleidoscopio» o «Entreríos» entre otras.

Además es autor de los libros: *Francisco Ayala: producción y condición de exiliado* (2008), *Literatura y cine después de la guerra civil y Experiencias y propuestas sobre lengua y literatura española* (2009) y *Estrategias y recursos didácticos en el aula*, también en 2009. Ha publicado artículos como: «Hacia una educación en igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres. El sexismo en las aulas» recogido en *El practicum: innovaciones y experiencias para su mejora*, Granada, Grupo Editorial Universitario,2007; «García Márquez: el Faulkner de Hispanoamérica» en *Elvira. Revista de Estudios Filológicos*. nº6, 2003. «Literatura del exilio. Las consecuencias de la guerra civil en la poesía y la novela» en *Elvira. Revista de Estudios Filológicos* nº10, 2006. En *Letralia*: «Francisco Ayala: un escritor comprometido», «Los trasterrados de la guerra civil española» y «Trece rosas rojas» .

Escribo estas líneas, asomado a la ventana, mientras la tarde madura en ocaso. Es entonces cuando intento recordar cuan grande es tu atractivo, cuan bellas son tus piernas y brazos iluminados por el fulgor de luz que penetra en la habitación.

Manejo la pluma bajo la precipitación y el recuerdo, que me llevan a manchar el papel con borrones, quizás fruto de una maraña de imágenes sin interpretación lógica.

Aún echo de menos las noches de placer, deseo, sexo, de dos cuerpos retorcidos, además de goce y seducción. En aquellos días de deleite satisfactorio, de sensaciones provocadas y regidas por el implacable dictamen del amor, sorprendía con detalles diversos: una copa de champagne aderezada por fresas bañadas en chocolate, un baño de espuma con pétalos de rosas, etc.

Notaba el tacto al abrigo de su cuerpo, el néctar convidando mis ansiosos labios: abrazos hoy rotos. Aún recuerdo mi lengua acariciando cada rincón de su cuerpo, emprendiendo un viaje hacia los sitios más recónditos, la tibieza de sus piernas con nuestros cuerpos desnudos, boca embriagándome de amor, cabeza apoyada en mí tras hacerlo por primera vez... Sucedió tras disfrutar de una cena romántica con mantel y cubiertos dispuestos para la ocasión. Tenía 18 años y un nerviosismo palpable cuando la desvestí y pude tocar aquellos melocotones helados, cuando pude apreciar a qué saben los besos de chocolate y miel, qué se siente cuando muerdes el lóbulo caliente de la oreja y avivas tu boca para pronunciar su nombre : ¡Lucía! ¡Lucía! ¡Lucía!

Éxtasis, sentimiento con mayúsculas, de algo que supera y deja atrás un efímero deseo erótico, estando seguro cuando cruzo el umbral de su puerta. Despojados de prendas inútiles, de corazas que refrenan la pasión, observo y siento su cuerpo jocosamente ansiando mis dedos complacientes. Es entonces, cuando rodeo sus senos y caigo en la trampa del poder de la mujer sobre el hombre. Orgasmos se suceden sin descanso, alcanzando el máximo.

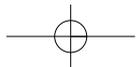
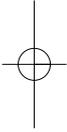
LUCÍA

Tiemblo de la cabeza a los pies, pero me armo de valor para escribir una última nota:

«Inexplicable es lo que siento, tanto que no sé si estoy loco o cuerdo, si vivo o muero, si esto es verdad o tan solo un sueño. Más, Lucía, piensa en ser mi compañera, confidente y amiga. Piensa en ser mi amante hasta el fin de mis días».

Allegro

DE JUAN PARDO VIDAL



JUAN PARDO VIDAL (Almería, 1967). Cuenta en su haber con un buen número de publicaciones, unos cuantos libros de poesía y relato, así como un no menos desdeñable número de operaciones quirúrgicas y desencuentros con el karma. Dentro de los próximos seis meses tiene previstas, y concertadas ya, una intervención quirúrgica y la publicación de dos nuevos libros, una colección de relatos titulada *Treinta y cinco maneras de sentirse solo*, y la novela corta *Sábanas blancas en las azoteas*. Es licenciado en Filología Hispánica y trabaja como educador social cuando no está ingresado. Ha sido finalista vocacional en numerosos premios literarios, sin haber llegado nunca a ganar ninguno. Es, a mala idea, inmensamente feliz. Toca el piano como el protagonista de su relato, y esculpe, con ele, figuritas de barro.

Ha publicado: *Poemas de amor a una piedra*, Celya, Salamanca, 2003. *Tus Muertos* (colección de relatos), El Gaviero Ediciones, Almería, 2004. *La mujer sin brazos*, Ed. 4 de agosto, Logroño, 2007. *Poesía para insensibles*, EEPUR, Málaga, 2009. *Bestiario* (colección de relatos) Ed. Pura Vida, Granada, 2009. Sus textos aparecen en numerosas antologías. Es colaborador habitual en revistas literarias impresas y digitales, así como en prensa.

He de reconocer que, tras el concierto, justo en el momento de estrecharle la mano amablemente mientras nos presentaban, supe por su indiscreta mirada hacia mi caritativo escote, que esa noche, si dios o Chopin no lo remediaban, nada iba a impedir que yo coqueteara con aquel hombre. Aunque fuese tan solo para imaginar que hacía realidad una de mis fantasías sexuales más inconfesables: hacer el amor con un pianista enjuto y narigudo, de manos suaves y oblongas como una pintura del Greco. La música siempre ha sido mi pasión.

Durante el cóctel, a la entrada del restaurante francés que la concejala de cultura había reservado para agasajar a aquel cenecero concertista, coincidimos gratamente en reconocer nuestra secreta debilidad por los *Nocturnos* de Chopin, y en especial por las Canciones, para voz y piano que, sobre poemas de Stefan Witwicky, había escrito el músico polaco. Después de esa grata y elitista coincidencia solo había que echar una ojeada a la media de edad de los invitados, o a mi escote, para comprender que seguiríamos juntos buena parte de la velada.

Ya sentados a la mesa, y hacia la cuarta copa de vino, supongo que por los vapores del reserva y seguramente también por el poco peligro que la actitud tímida de aquel hombrecito me transmitía, cometí la indiscreción de confesarle que no quería terminar mis días sin que alguien tocara sobre mi espalda desnuda las *Valkirias* de Wagner.

—No creo que el protocolo nos deje mucho tiempo para un movimiento tan complejo —me dijo apoyando su mano derecha sobre mi muslo—. Pero si usted me lo permite me gustaría regalarle algunas notas de las *Trois Gymnopédies* de Erik Satie. Soy un romántico.

No pude sobresaltarme porque el momento elegido fue especialmente inoportuno. La concejala de cultura, sentada justo a mi izquierda, se había girado en ese momento hacia nosotros irrumpiendo súbitamente en la conversación, mientras me miraba directamente a los ojos. No sé si me sacudió el miedo a que aquella señora, tan repeinada, pudiera haber visto la mano del pianista en mi muslo o si el espasmo lo produjo el contacto de mi pierna con la piel aterciopelada y

ALLEGRO

pajiza de su mano, pero lo cierto es que intenté reaccionar de manera natural, poco brusca. Proseguir sonriente la conversación con la concejala y el pianista de los dedos (y las manos largas), para más tarde detener ese exceso de confianza de una forma natural y madura pasados unos segundos. A fin de cuentas me sentía halagada. Pero ese momento de duda debió de ser definitivo. Por debajo del mantel, mientras yo sonreía en exceso a la inoportuna señora, el pianista comenzó a interpretar sobre mi pubis, públicamente cerrado, las primeras notas de las *Trois Gymnopédies* de Satie. Reconocí las notas al instante, reconocí los espacios y la música sorda que las yemas de sus dedos imprimían. Supongo que eso provocó una involuntaria contracción en mis abdominales que me obligó a entreabrir las piernas y supe, en ese mismo instante, que como en aquel poema *yo era un piano brillante e inmóvil*.

El pianista se inclinó ligeramente hacia la izquierda para responder a los comentarios de la concejala acerca del ritmo en el concierto. Imposible hablaba con insultante naturalidad. Con la mano izquierda se mesaba la barbilla, mientras con la derecha, por debajo de la mesa había apartado, sin perder una nota, mis bragas hacia un lado y aumentaba el ritmo del segundo movimiento. Reconocía las notas sobre mis labios mayores, las cesuras de la negra sobre mi clítoris, normalmente con el dedo índice, reservando el corazón y el anular para la melodía y para mis labios menores. Se descalzó y comenzó a pisarme suavemente los zapatos de tacón a modo de pedal de cordura o de sostenuto.

Aprovechando la conversación que ambos mantenían yo intentaba reírme de vez en cuando, para participar de alguna manera en ella y mantenerme, a la vez, un poco al margen. Aliviaba la enorme tensión que sentía en las piernas estirándolas con fuerza para facilitar su interpretación. La señora concejala dijo que, a pesar de que me conocía desde hacía años, aquella noche me encontraba radiante y que jamás había visto ese brillo en mis ojos. Y es que la música tiene ese efecto en mí, le respondí escuetamente mientras él daba comienzo al último movimiento. Aceleró el tercer movimiento de las *Trois Gymnopédies*

JUAN PARDO VIDAL

utilizando sólo cuatro dedos y reservando el pulgar para mantener presionado mi clítoris, incliné ligeramente los hombros hacia adelante para evitar, en la medida de lo posible, que los pezones se me salieran por la blusa de seda como dos falanges. Con una sonrisa estúpida contemplaba como ellos, uno a cada lado, hablaban en silencio. Los veía mover la boca, pero yo solo escuchaba las notas de la música de Satie resonando en mis oídos. Y me imaginaba que la sala, misteriosamente, se vaciaba de invitados y que aquel hombrecito diminuto me empujaba de bruces sobre los platos de la mesa y que, mientras yo inútilmente me resistía, él me levantaba la falda arrancándome la ropa interior e introducía sin piedad su discreto pene en mi coño, a la vez que deslizaba en mi culo una brillante batuta que agitaba suavemente para dirigir una extraña orquesta de sensaciones.

La conversación entre ellos se había animado. Algunas contracciones en mi espalda debieron avisar al experimentado músico de que había llegado el momento de terminar el concierto.

—Está siendo una velada inolvidable —le dijo la señora. Yo asentí completamente convencida de que, efectivamente, aquella mujer estaba en lo cierto. Él sonrió e introdujo a un tiempo su dedo índice y corazón en mi vagina buscando no sé qué nota perdida. El pulgar presionaba mi clítoris con violencia, y fue justo entonces cuando comenzaron los espasmos. Empecé a dar carcajadas nerviosas aprovechando un afortunado y oportuno comentario de la señora concejala, mientras él deslizaba, no contento con los aplausos del auditorio, su dedo meñique dentro de mi culo. La ovación duró más de lo previsto, segundos, minutos después, no sé, toda mi piel se puso en pie. Luego me quedé muy quieta, convulsionada, inspiré disimuladamente todo el aire que quedaba en la sala para terminar de superar las contracciones abdominales, cuando aún sus dedos, ya inmóviles, permanecían dentro de mí. Intentaba con todas mis fuerzas mantener levantados los párpados mientras él hábilmente colocaba cada cosa en su sitio, las partituras, las bragas, la falda, el mantel. Suavemente,

ALLEGRO

desde debajo de la mesa, sacó lentamente su mano y, como en aquel cuadro de Miguel Ángel en la Capilla Sixtina, levantando el dedo índice, educadamente llamó la atención del camarero para preguntarle.

— ¿No sé si la señora tomará postre? — dijo refiriéndose a mí.

—No, no —intervine precipitadamente.— Por ahora estoy más que satisfecha, —añadí pellizcándole la batuta.— Quizá más tarde.

El amor del hombre del paraguas

DE PEDRO ANTONIO CURTO

PEDRO ANTONIO CURTO nació en la localidad guipuzcoana de Zumaia, pero desde muy pronto ha vivido en la ciudad asturiana de Gijón. Se inició en la poesía para pasar más tarde al campo de la narrativa donde sigue teniendo un sentido de lo «poético». Una de sus primeras publicaciones fue la novela *El tango de la ciudad herida*.

Colabora y escribe en diversas publicaciones, especialmente en el diario «El Comercio de Asturias» y en las revistas literarias Kalepesia e Irreverentes. Ha sido director y guionista del cortometraje «Maletango», exhibido en el Festival Internacional de Cine de Gijón. Ha publicado el libro de relatos *Los viajes de Eros* y ha participado en las antologías *13 para 21* y *El sabor de tu piel*. Su última publicación ha sido *Los amantes del hotel Tirana*, Premio Nacional de Novela Ciudad Ducal de Loeches, publicada por Ediciones Irreverentes.

*El hombre entró solo en la gruta frente al océano.
Todas las manos tienen el mismo tamaño
estaba solo.*
Marguerite Duras

Él llegaba todos los martes a las nueve de la noche. Ella le recibía con su acento porteño, vestida con una minifalda o un ajustado pantalón corto de fieltro. A veces llevaba un suéter transparente negro, sin nada debajo, en otras ocasiones una prenda que dibujaba sus pechos oscuros. Solía llevar sombra morada en los ojos y los labios pintados con un rimel de colores deslumbrantes, aunque con el correr de los meses fueron suavizándose. La mujer le abría la puerta de una manera curiosa, resguardándose tras ella, sin dejarse ver, de manera que producía la sensación de abrirse por un extraño mecanismo automático. Quizá por eso a él le brillaban los ojos cuando ella aparecía detrás de la puerta, aunque era lo poco que destacaba en un ser que ni siquiera la abrazaba, como otros, que la estrujaban entre sus brazos, sino que se limitaba a responder con timidez a los dos besos que ella le colocaba en las mejillas.

A pesar de que se repetía cada día, abrir aquella puerta representaba una aventura; el hombre que aparecía tras ella podía tener acceso a su cuerpo. Por eso le inducía una suerte de temor, aunque también la seducía lo desconocido.

La historia comenzó en las navidades, él se presentó en el piso con una gabardina y un paraguas, aunque no estaba lloviendo. Por teléfono le pareció más joven, pero superaba ya los cuarenta años, cuarenta y cinco le dijo, y es que su voz era suave, casi un murmullo.

Ella siempre fabricaba en la mente a los hombres que venían luego de haber hablado con ellos por teléfono. Los dibujaba por el sonido de su voz, por los silencios, por la inseguridad o firmeza de sus palabras, por los huecos que se establecían entre sus frases configurando el cosmos de un deseo que se podía percibir en la distancia. Solía

EL AMOR DEL HOMBRE DEL PARAGUAS

equivocarse poco, pero con él, sí, lo hizo. Concertaron una hora de tiempo y lo condujo a la habitación, tras haber dejado el paraguas y quitarse la gabardina. El hombre se sentó en la cama, no dijo nada, ni pidió cosa alguna, se limitó a estar ahí, parecía no tener prisa, como esos seres que esperan con calma a que algo suceda. Los que están en el andén esperando la llegada de un tren improbable. Tuvo que ser ella quien hablase, le preguntó lo que quería, le invitó a quitarse la ropa, él respondió afirmativamente con la cabeza, aunque no estaba muy seguro. Cuando estuvo desnuda, lo miro para ver el efecto que le provocaba, pero aquel hombre se dedicaba a desvestirse con lentitud, sacándose cada prenda, la doblaba con cuidado y luego la ponía sobre una silla. Terminó y se quedó de pie, a su lado.

—Bueno, ¿qué te parecen mis lolas? Son auténticas, sin operaciones— le dijo mientras le cogía las manos para llevárselas a sus pechos, pero él sólo expresó una sonrisa.

Ella creyó que era un hombre tímido, con una carga de cohibición que atenazaba su cuerpo y le impedía moverse, que en el fondo estaría nervioso y su impasibilidad era una forma de no mostrarse. Lo empujó a la cama y se puso sobre él, colocó la cabeza a la altura de su entrepierna e inició el particular dialogo, mientras lanzaba miradas hacia arriba para ver la reacción del hombre. A ella le gustaba aquello, tenía el poder, el control, era la Diosa; no entendía por qué se maldecía aquello, se arrinconaba al cuarto prostituido. Es posible que fuesen aquellos cuartos, todos esos cuartos a lo largo de la historia, los que fabricasen un mejor conocimiento del cuerpo, de su entrega, de su abandono, de sus viajes posibles, en particular los que atravesaban la piel a través de lo que la piel sentía.

Tras un tiempo utilizando la lengua de la mejor manera que sabía, terminó por dejarlo para probar otras posibilidades.

Empezó a darle masajes, caricias perturbadoras, besos con los que arrastraba sus labios por todos los rincones, pegándose a su piel para luego despegarse, como si de alguna forma se uniesen para des-

PEDRO ANTONIO CURTO

pués separarse en sísmicos movimientos. Fue en esos momentos cuando percibió en él pequeños estremecimientos, tímidos volcanes que se perdían en las facciones contraídas de su rostro, en el cierre de los ojos, pero después volvía su estado de tranquilidad, dejándose ir pero sin partir a ningún lado. Fue ella quien se tumbó y él quien avanzó sobre su cuerpo. La acariciaba, apoyando los dedos con suavidad, frotando la palma de la mano para después besarla. Lo hacía con veneración, igual que si estuviesen realizando un ritual religioso. Ella lo dejaba hacer, era cómodo, no le producía asco, cuestión que le pasaba con otros. De vez en cuando la miraba y comprobó que tras cada beso cerraba los ojos y luego los abría, se quedaba quieto, como si realizase un descubrimiento. A ella le resultó gracioso aquel pararse, mirarla con los ojos sorprendidos igual que un niño. Pero también sabía que los niños podían ser seres crueles.

De esa forma fue acercándose al rostro femenino. Sus labios apenas rozaban la piel, así recorrieron el cuello, los lóbulos, las mejillas. Ella le ofrecía todos los ángulos pronunciados de su cara. Le daba a comer sus pómulos, luego su barbilla. Entonces decidió mojarle la cara, poco a poco, con la lengua. Luego se apoderó de los párpados. La hacía mirar la humedad de su boca sobre sus ojos cerrados. Cuando menos se daba cuenta había pasado de acariciar con la lengua en círculos sobre sus ojos a hacer lo mismo sobre sus pechos. Dibujaba de nuevo con la punta de su lengua, a través de la piel, todos sus rincones. Sin apenas percibirlo, era una espiral húmeda movida por su lengua.

Ella miró el reloj y comprobó que había transcurrido más de la mitad de la hora acordada, por lo cual cogió un preservativo de la mesita y se dispuso a realizar lo que creía corresponder a aquel momento. Se lo puso y trató de que la penetrase, pero él dejó pasar el tiempo, mientras ella intentaba excitarlo de todas las formas que conocía. Al final fue ella quien se corrió tras masturbarse con fuerza, haciendo que él la mirase, esperando la excitación del ávido contemplador, pero él se limitó a sonreír.

EL AMOR DEL HOMBRE DEL PARAGUAS

Mientras se vestían, uno a cada lado de la cama, dándose la espalda, él le preguntó:

—Ya sé que eres argentina, pero, ¿de dónde?

—De Buenos Aires, porteña auténtica— le respondió ella afirmando su acento.

—¿Has leído lo que Borges dice de Buenos Aires?

—Sí, pero no lo entiendo, es muy complicado. Eso sí, un día conocí a María Kodoma, solía ir a una cafetería un poco pija, y allí la veía.

—¡Conociste a María Kodoma!— Exclamó él con los ojos iluminados.

—Bueno, pero sólo la vi, nada más— dijo extrañada ante su entusiasmo.

Ella lo despidió con un beso, pensando que no volvería. Creyó que era de esos hombres silenciosos y leves, que se posaban sobre su cama alterando un poco la rutina de los cuerpos sucesivos.

Después de varias semanas, él llamó. Ya habían pasado las navidades, era año nuevo y regresó con la gabardina y el paraguas, a pesar de que ese día tampoco llovía. Las cosas fueron parecidas a la otra vez, ella le condujo a la habitación, él se sentó en la cama, esperó, ella se desnudó, él también lo hizo, luego los dos se tumbaron y se quedaron así, uno junto al otro. Eran dos cuerpos desnudos, respirando con tranquilidad, sumidos en la aventura del silencio, donde tantas cosas se encuentran, donde tantas cosas naufragan.

Ella no sabía que estaba esperando, pero tampoco le importó, las manecillas del reloj corrían a su favor. Volvió a intentar lo de siempre, colocando la boca sobre sus testículos. Cuando lanzaba alguna mirada hacia arriba, para ver su reacción, él sonreía. Al fin decidió dejarlo.

Se tumbó en la cama y lo dejó hacer a él. No tenía miedo, como le ocurría con otros, pues aquel hombre le pareció un ser desvalido ante la tentación del deseo.

PEDRO ANTONIO CURTO

La dio la vuelta y con el rostro hundido en la almohada, sintió como le separaba los cabellos y hallando la nuca, vertía el frescor salado que salía de su boca. Los besos empezaron a caer en cascada y descendieron por su espalda, los labios viajaban desde el centro para subir por los pequeños montículos, acomodándose entre el vello claro, como algas de aquel mar dulce. Y con lentitud fue subiendo sus colinas oscuras, aquellas pistas deslizantes sin cima que coronar, hasta convertirla en mar, provocar olas que se escapaban y descendían, por sus muslos, por la espalda, por las sábanas... Y un sorpresivo estremecimiento la recorrió; a su lado estaba un naufragio, pero desconocía cual era el naufragio.

Aquella vez tuvo el presentimiento de que él volvería. Que de alguna forma ocupaba en silencio, ese lado de la cama que ninguno de los hombres que pasaba por allí, era capaz de llenar.

Regresó tras unas semanas y en aquella tercera ocasión, tras haber dejado la gabardina y el paraguas, le hizo la propuesta: Vendría todos los martes a las nueve de la noche, una hora.

A ella le pareció bien, era cómodo y fácil, pero no lo entendía, una incertidumbre que le proporcionaba desazón y placer.

Se repitió la mecánica de los primeros encuentros, la inútil felación para luego dar paso a la exploración de los cuerpos. ¿Qué buscaba aquel hombre? ¿Qué esperaba hallar sumergiéndose en su geografía con aquella plenitud? A ella le gustaba entregar su cuerpo para esa búsqueda, tan acostumbrada como estaba a ser solo cuerpo dócil para el desahogo.

Él empezó rodeando su cintura, los dedos recorrían las caderas, las manos se deslizaban en caricias y luego fue su lengua, sus labios, quienes se convirtieron en la proa de aquel barco, surcando el mar en que ella estaba convertida, pues la humedad bañaba su piel. Se detuvo en el ombligo, contempló la hendidura que la hacía humana y apoyó sobre el su oído.

—¿Qué escuchas?— Preguntó ella con burla.

EL AMOR DEL HOMBRE DEL PARAGUAS

—La vida.

—Pues no estoy embarazada.

—No, es la tuya. Aquí estuvo el cordón umbilical, además escucho como algo palpita dentro de ti, tus entrañas, eso también es vida.

Él continuó su camino por los muslos, se paró en las rodillas y se encontró con los pies. En cada lugar se iba deteniendo, contemplando con deleitación. Se diría que disfrutaba a través de la mirada, del detalle, de escrutar con parsimonia, eso al menos percibía ella al detectar un brillo en sus pupilas. Embriagados en el mutuo viaje de mirar y ser mirada, ninguno de los dos se dio cuenta que la hora ya se había acabado.

En todas las citas, cada uno se vestía a un lado de la cama, construyendo espacios diferentes y una vez abandonada la desnudez, se miraban y no podían evitar sentirse extraños, incluso lejanos. Algo, no sabían qué, les abandonaba cuando la ropa se posaba sobre sus cuerpos.

En una de las citas, los martes a las nueve de la noche, tras haberse acostado ella, él se acurruca al fondo de la cama, junto a sus pies. Le parece un animalillo, enroscado en su propio cuerpo, con su sexo flácido, se da cuenta que poco a poco se ha ido acostumbrando a él, y eso le produce temor.

Él va besando cada uno de sus dedos, se los adentra en la boca, ella siente la saliva sobre ellos, un río que desciende, un leve cosquilleo que le hace remover el cuerpo, luego sigue el camino hasta los tobillos. Los dibuja con los dedos y los mordisquea sin hacerle daño. De esa forma, como un niño, juega con las piernas, moviéndolas a la altura de las rodillas, creando pequeños círculos, hundiendo los dedos en la carne, hasta perderse, hasta situarse en la frontera del dolor.

Con el tiempo ella va cogiendo gusto a lo que le hace, a dejarle el cuerpo y permitir que avance, como si fuese un descubridor, un lento abordaje de cada rincón, la toma de una isla escondida en cada pliegue de su geografía. Es la liturgia que se ha establecido todos los martes a las nueve de la noche.

PEDRO ANTONIO CURTO

Las visitas semanales se convierten en una comunión de los cuerpos en los que el hombre se abraza a ella y se quedan así, suspendidos en el aire. Son un manojo de brazos y piernas que se mezclan, de latidos que traspasan del uno al otro hasta hacerse casi comunes. En ocasiones están así toda la hora y se sorprenden cuando ésta se acaba. El cuerpo del hombre es leve pero le pesa demasiado, son muchos los temores, las inseguridades, los miedos que acumula aquel ser, para que ella pueda hacer algo. Es la noche debajo de la noche y teme a las raíces. En una ocasión él le susurra al oído:

—Pienso en el exterior de esta habitación, en las calles de la ciudad, en sus plazas, en sus parques, en sus estaciones... es una ciudad fría, todas las ciudades son frías como el mundo. Sólo estas sábanas son cálidas, sólo estas sábanas.

Luego de decirle aquello le abraza con más fuerza y ella siente que se rompe.

En una de sus visitas semanales le hace pasar con rapidez, la habitación está oscura, no se ha acordado de encender la luz y se quita la ropa. En aquella penumbra la ve desnuda bajo sus cabellos negros, su cuerpo leve, la piel oscura a pesar de lo cual le parece transparente, igual que un espejo negro, un ser traslucido que se fusiona con la oscuridad, y él la contempla sin moverse. Es como si fuese la primera vez, como si la acabase de conocer, así la observan aquellos ojos que la miran más allá de la mirada.

—¿Qué pasa?— Le pregunta ella cuando lo ve inmóvil, sumido en su quietud. Pero él no le dice nada, se limita a conversar con su silencio. Ella se acuesta, como siempre, dispuesta a la entrega; lo lleva haciendo mucho tiempo, con él, con otros... lo llevan haciendo con maridos, clientes, hombres, y algo se revela en su interior, un interior muy hondo, legendario, anterior a ella misma.

Cuando él se ha desnudado y se acuesta, enfrentándose al ritual de los martes a las nueve de la noche, es la mujer quien explora el cuerpo masculino.

EL AMOR DEL HOMBRE DEL PARAGUAS

Percibe la callosidad que se deposita en sus pies, a pesar de lo cual roza los labios contra la carne endurecida, vierte su saliva, la lengua pasea entre los dedos, los muerde levemente, es un mar, un mar que avanza. Las olas remontan sus piernas, el vello se va convirtiendo en un musgo negro según los recorre la fuente en que está convertida su boca, emite un susurro que penetra por la piel y termina arrastrándose hasta los testículos. con cariño y los reconoce con la lengua, con los labios, con el manto de sus cabellos, va al campo poblado de su pecho, que se tambalea, se mueve como un volcán inundado. Cuando termina, él se abraza a su cuerpo. Más que un abrazo es un gesto desesperado, por eso percibe el temblor, es un temblor lleno de humedad, dominado por un escalofrío que lo recorre y por eso busca el refugio carnal del cuerpo femenino. ¿Dónde nace ese escalofrío? Ella no lo sabe, no puede darle respuesta, lo único que puede hacer es ofrecérselo, ofrecerle el refugio oscuro de sus pechos.

Han pasado varios meses desde el primer encuentro, es primavera. Él sin embargo sigue llevando la gabardina y el paraguas.

En esta ocasión van a otro cuarto; él no le pregunta por ese cambio, deja que se desnude mientras la contempla. Se introduce ella sola entre sus brazos, los ojos cerrados, esperando que suceda otra cosa, lo que ha de suceder y su cuerpo ya celebra. Le dice, en voz muy baja, como si temiese que alguien pudiera oírlos:

—Tú eres el hombre que tarde o temprano llegaría a mí. Lo sabía.

Sus párpados se cubren de un fino rosado sudor. Besa sus ojos cerrados, nota la movilidad de la fina tela carnosa. La suelta. La deja. Se dirige al otro extremo del cuarto. Se queda donde está.

—Tú crees que el Borges ciego podría amar a María Kodoma con plenitud?— Le pregunta él desde un rincón del cuarto.

—Sí, podría— le responde ella.

—¿Y el Borges genio?

—También, ¿no?

PEDRO ANTONIO CURTO

—Quizás, pero fue el hombre ciego quien pudo sentirla, con sus manos, con las manos que percibían en la oscuridad. Es posible que necesitase de la oscuridad para amarla, que ellas supiesen, lo que no podían saber otras partes de su cuerpo.

—Por eso era un genio.

—A lo mejor tan sólo un hombre. En algunas grutas prehistóricas de Europa se encontraron el rastro de manos posadas con las palmas abiertas sobre las piedras, casi siempre de azul o negro, a veces de rojo. Nadie ha encontrado ninguna explicación a esas prácticas. Alguien las ha llamado manos negativas.

—¿Por qué negativas?

—No lo sé. Quizás por qué se apoyaban sobre la piedra al no encontrar una piel a la cual acariciar.

—Entonces serían más bien manos tristes.

—Sí, es posible y esas huellas serían su lamento.

Ella avanza, él avanza. Los dos caminan hasta encontrarse. Ella le desnuda, se abrazan. Las manos se estrechan, transmiten calor, les recorre una electricidad que viaja por la textura de las pieles, donde los dedos se hunden en la oscuridad de la carne. Existe una promesa en aquellos gestos, en sus movimientos, en sus caricias, una promesa de infinitud que ambos saben incumplirán pues solo es posible la intensidad del instante.

Con los días, con las horas amontonadas, han creado un vergel en ese abrazo, un vergel extraño de sexo dormido pero lleno de una pasión que abandona el cuarto prostituido hacia un lugar que ambos saben imposible.

Hay un espejo en el cuarto y en él se ven los cuerpos abrazados. Ambos miran aquel reflejo, un cuerpo recortándose sobre el otro, lanzando una fantasía de fusión que sólo se encuentra en el dibujo de aquel cuadro. Se ven complacidos por el él y la ella que allí contemplan, lo demás no importa, esta fuera del universo de los martes a las nueve de la noche.

EL AMOR DEL HOMBRE DEL PARAGUAS

La semana siguiente él no viene, le llega un mensaje: «*Las calles de Buenos Aires/ ya son mi entraña.*» Borges. Yo nunca he estado en tú ciudad, pero es mi entraña.

Algún día cuando esté en Buenos Aires y vea a María Kodoma en esa cafetería pija, se acordará de aquellos martes a las nueve de la noche.

Menos gayolas y más...

DE ANDRÉS VÁZQUEZ PÉREZ

ANDRÉS VÁZQUEZ PÉREZ nació en Almagarinos (León), aunque reside en Madrid. Ha sido Profesor de Teoría Económica en la Facultad de Ciencias Económicas de la UCM, Profesor de Investigación Científica en el CSIC, Miembro de la Asociación Americana de Economía, Investigador Postdoctoral en la Universidad de Los Ángeles (Estados Unidos), y otras. Su pasión, sin embargo, es escribir cuentos. Aparte de sus publicaciones científicas, es autor, entre otros, de los cuentos *El canto del cuco* (Diario de León, 2002), *¿Te crees también un seductor?* (Revista Cuarto Creciente, 2004), *Purita y su bicicleta* (Revista Cuarto Creciente, 2005), *La mirada de san Antonio de Padua* (Diario de León, 2006), *El grillo que descubrió el arco iris* (accésit VI Concurso de Relato Breve, UNED Ediciones, Plasencia, 2006) y *Cambriles* (finalista en el XX Certamen Internacional de Poesía y Narrativa Breve, Nueva Literatura de Habla Hispana, 2008).

Lo recuerdo muy bien. Fue al anochecer de un 14 de agosto, víspera de Nuestra Señora. Estábamos en el bar del pueblo tomando unos vinos cuando apareció un camionero, con fama de anarquista y mujeriego. Nos comentó que tenía que ir a la capital a descargar el camión de carbón y que si le ayudábamos a la vuelta le haríamos una visita a la Trini. La Trini era la dueña de un conocido prostíbulo en las afueras de la ciudad. Y tú, chaval, —dijo refiriéndose a mí—, si quieres, puedes venirte con nosotros, que ya va siendo hora de que dejes de hacerte gayolas y descubras el placer de la jodienda. Todos celebraron la ocurrencia y me animaron a que les acompañara. Y yo, insensato, opté por irme con ellos.

La Trini le recibió con grandes muestras de alegría, de lo que deduje que el camionero era cliente habitual de la casa. Lo primero que hizo fue preguntarle por el ganado que había esa noche y ella le contestó que tenía mucho donde elegir, pues era víspera de fiesta.

Me fijé en ella de reojo, y me di cuenta al instante de que era una matrona de armas tomar. Neumática, fornida, con unos bíceps de boxeador, exhibía unas tetas tan grandes que me recordaron las ubres de las vacas del pueblo (ya lo dice el refrán: teta que mano no cubre no es teta, sino ubre). Las tenía sujetas por un sostén negro, con unos tirantes tan gruesos como las sogas de los carros. Viéndola así de cerca, la Trini imponía respeto y, sobre todo, orden. No consentía el menor desmán en su casa y como algún borracho intentara armar camorra le metía tal sopapo que lo ponía en órbita. Decía, y con razón, que no había peor cosa que una casa de putas sin dueña (y sin agua caliente, solemos apostillar los vejetes). Y añadía, orgullosa, que para ser dueña de una casa así y ejercer la profesión con dignidad no servía cualquiera; había que tenerlos bien puestos, como ella.

De pronto, la Trini reparó en mí, medio oculto detrás de una columna, tratando de pasar inadvertido. Me miró de arriba abajo con una mirada tan escrutadora que se me heló la sangre.

MENOS GAYOLAS Y MÁS...

—¿Y este pibe quién es? —le preguntó al camionero—. ¿No será menor de edad? Ya sabes que no quiero problemas con la policía.

Él la tranquilizó asegurándole que no era menor de edad y que me habían llevado allí para que me iniciara en la jodienda y dejara de hacerme gayolas (otra vez la dichosa palabreja), que ya estaba en sazón. La Trini se quedó pensativa un momento y él aprovechó la ocasión para preguntarle:

—¿Y quién va a ser la afortunada que lo desvirgue? Ya sabes lo importante que es la primera vez en la vida de un hombre. Empezaron a cachondearse de mí, preguntándole a la Trini si me hacían algún tipo de descuento, como publicidad de la casa. Yo seguía acojonado detrás de la columna, lamentando no haberme quedado en el bar del pueblo. Esto te pasa —me decía a mí mismo— por querer dártelas de hombre.

La Trini me volvió a mirar de arriba a abajo, pero esta vez de forma distinta. Nunca le agradeceré lo bastante que se apiadara de mí y saliera en mi ayuda. Me invitó a una copa de coñac y cogiéndome de la mano me dijo en tono maternal:

—No les hagas caso a estos coñones, que son unos coñones. Tú tranquilo, te gustará, ya lo verás. Ya lo dice el refrán: el que prueba repite (qué sabia era la Trini; el sábado siguiente estaba allí de nuevo).

El camionero nos soltó entonces una perorata acerca de la juventud, la falta de educación sexual y los curas. La tenía tomada con los curas. Según él, no había hijo natural en el valle cuyo padre no fuera un cura, y aseguraba no haber conocido a ninguno que cumpliera fielmente con los votos de pobreza y castidad. Y tienen sobre nosotros una gran ventaja —decía—, pues mientras confiesan a nuestras mujeres, sentados en el kiosco, obtienen lo que en bolsa se llama información privilegiada.

—Y tú, chaval, no te creas eso que nos dicen que si te haces gayolas se te seca la médula del espinazo, se te derrite el cerebro y acabas tonto perdido. ¡Todo eso son mentiras! Mírame a mí lo fuerte y lúci-

ANDRÉS VÁZQUEZ PÉREZ

do que soy y no veas la cantidad de gayolas que me he hecho en la vida, y sigo haciéndome. Lo que sucede con vosotros los jóvenes de ahora es que andáis por la vida bastante desorientados. Las cosas son como son y lo suyo, lo que manda la naturaleza, es joder, no hacerse pajas.

—Y joder no es pecado, ¿sabes? —volvió a decirme—. No va uno al infierno por eso. El infierno no existe, es un invento de los curas para meternos el miedo en el cuerpo y seguir mandando.

Pidió que nos llenaran las copas y prosiguió:

—Y tampoco te creas, chaval, eso que dicen algunos intelectuales de tres al cuarto, que el onanismo es algo transitorio en la vida. Lo que sucede es que hay varias clases de gayolas, desde la viciosa, propia de la juventud, que le das al manubrio simplemente porque estás salido, pasando por la dedicada, que es la más excitante, pues te la haces pensando en una tía en concreto, hasta llegar a la rutinaria, propia de los fines de semana.

Oyéndole hablar me convencí de que el camionero, además de putero, era un filósofo sartreano.

La Trini, apoyada en la barra del mostrador le escuchaba en silencio y, de cuando en cuando, asentía con la cabeza. De pronto, levantó la mano y dijo:

—Ya lo tengo, que lo haga la Remedios, sí, que lo cate ella, es muy profesional y tiene experiencia en desvirgamientos.

Poco después vi venir a la Remedios envuelta en un albornoz blanco. Mientras bajaba despacio los peldaños de la escalera, me fijé bien en sus muslos exuberantes, prietos, calientes, cubiertos de una pelusilla como de melocotón (creo que fueron imaginaciones mías). A una señal de la Trini, la Remedios me cogió de la mano y, sin mediar palabra, me condujo a su dormitorio, en el primer piso. Era una habitación amplia, escasamente iluminada, que daba a un gran patio interior muy ruidoso. En medio había una cama grande, de matrimonio, desecha, con las sábanas revueltas y bastante sucias por el uso. Una flor

MENOS GAYOLAS Y MÁS...

mustia de manzanilla, con el centro amarillo y la circunferencia blanca, que la Remedios había recogido sin duda en alguno de sus paseos solitarios por el campo, en días de paro, yacía encima de la mesilla de noche dentro de una copa pequeña, de las que se usan en la zona para beber orujo. Luego me sorprendió ver la imagen de la Virgen del Perpetuo Socorro colgada en la desnuda pared del cuarto. Nuestras miradas se cruzaron un instante, y yo, avergonzado, bajé la mía, pues supe de inmediato que la suya era claramente acusadora.

La Remedios se desprendió de su albornoz y se tumbó en la cama panza arriba, como Dios la había traído al mundo, o sea, en pelota picada. Golpeó ligeramente el colchón con su mano y me dijo:

—¿Qué haces ahí de pie, encogido? Anda, desnúdate y acuéstate aquí, conmigo.

Le hice caso y mientras la penetraba despacio una erección gigante, descomunal, como diría un argentino, brotó de mi cuerpo ardiente y tembloroso. Fue como el seísmo que anticipa un volcán en erupción y lanza al aire todo el néctar aprisionado en su interior durante siglos, o como la presa de un pantano cuyo dique se rompe y un caudaloso torrente se desborda río abajo, arrastrando todo lo que encuentra a su paso. Fue un arder en la más alta cima del placer, un paroxismo febril, imposible de describir. Nunca antes (ni después) había sentido nada igual.

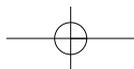
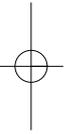
Me quedé exhausto, semiinconsciente, despanzurrado como un sapo encima de la Remedios. Y ella, profesional donde las haya, me acarició la nuca con su mano y comentó:

—Sí que estabas necesitado, sí.

Han pasado los años, pero todavía hoy, lo confieso, cuando me acuerdo de la Remedios cierro los ojos y noto cómo la pasión juvenil por la gayola dedicada renace de nuevo.

Placer para tres

DE EVA MARÍA CABELLOS



EVA MARÍA CABELLOS (Cifuentes, Guadalajara) se presentó como novelista con la obra *Perdidas en la selva*. Recientemente publicó su segunda novela, *El sueño de Egipto*. Ha participado en la *Microantología del microrrelato II* y colabora en periodicoirreverentes.com

Era mediados de agosto y se encontraba en un pequeño pueblo de la costa, aquella noche comenzaban las fiestas y la gente había hecho hogueras en la playa y bailaban todos al son de la música. Ella era una muchacha de unos veinte años, morena, de pelo largo y rizado con un cuerpo perfectamente redondeado y curvas de impresión; estaba junto a unas amigas en playa cuando en el último trago a la copa se sintió mareada y decidió ir a los baños, al otro lado de la arena, para despejar su cabeza.

Según se iba alejando de la playa todo quedaba en silencio y en medio de la oscuridad de la noche comenzó a escuchar pasos detrás de ella, asustada quiso entrar rápidamente en los baños pero un hombre desaliñado, borracho y de mal olor comenzó a increparla, asustada gritó y a los pocos segundos un muchacho moreno de ojos azules, alto y un cuerpo musculoso y bien definido se acercó propinando un fuerte golpe aquel hombre, el tipo mal oliente se marchó y ella quedó deslumbrada por aquel muchacho.

El se acercó a ella y con voz varonil dijo:

—Hola, me llamo Juan ¿te encuentras bien?

—Sí, gracias por tu ayuda, soy Julia.

Los dos se miraron creando una extraña complicidad entre ellos, Julia era una mujer de fuertes convicciones y difícil de impresionar por un hombre pero, por alguna razón que no entendía, aquel muchacho la provocaba una inquietud interior. Juan era un hombre sencillo que a pesar de parecer lo contrario no le gustaba presumir. La temperatura subía entre los dos cuando la voz del mal oliente se escuchó, este se acercaba a ellos con cuatro amigos, en ese momento Juan cogió a Julia del brazo y comenzó a correr. Unos metros más adelante se escondieron en un estrecho baño público, quedándose en silencio intentando disimular la atracción mutua que había nacido. La estrechez del habitáculo hacía que los cuerpos se rozaran produciendo un considerable aumento de la temperatura corporal.

PLACER PARA TRES

Juan no podía sujetar durante más tiempo su energía y el sudor comenzó a correr por su frente mientras Julia intentaba moverse lo menos posible a la vez que mantenía los ojos cerrados, pero todos sus esfuerzos se vieron frustrados al intentar salir de allí, sus cuerpos volvieron a rozarse pero esta vez no pudieron hacer nada para evitar la explosión de pasión que surgió en aquel baño. Sus cuerpos se hicieron uno, las manos del muchacho se perdieron entre los muslos de Julia mientras ella jadeaba de placer al sentirle penetrar en su interior. En tan sólo unos minutos llegaron más allá del punto de ebullición y una gran explosión de placer hizo que la pareja saliera de la realidad.

Una vez todo acabó ninguno de los dos sabía qué decir o hacer, después de todo no se conocían y no estaban seguros de lo que había pasado allí. Sin decirse nada cada uno se fue por lados diferentes con la esperanza de no volverse ver, Julia aún se preguntaba cómo era posible que alguien como ella hubiera tenido el mejor momento de su vida con un desconocido.

Julia quiso volver con sus amigas pero volvió a cruzarse con aquel tipo mal oliente y esta vez él la creía sola e indefensa, aunque la suerte acompañó de nuevo a nuestra amiga y apareció otro muchacho, esta vez no era tan alto, con el pelo corto, castaño y sus ojos azules, su sonrisa y su cuerpo fibroso le hacían tan atractivo como al anterior.

Como si de un *deja vu* se tratara él muchacho golpeo al hombre mal oliente y al ver que algunos amigos de este iban en su ayuda la agarró del brazo y corrió a esconderse en el mismo baño que la vez anterior. Esta vez no se habían presentado pero daba igual el deseo llegaba a mayor velocidad, Julia no sabía que la sucedía, ella no era así, pero al igual que con el anterior muchacho la resultaba imposible sujetar sus instintos. Para él era aún más difícil, aquella mujer tan hermosa le atraía demasiado aún sin hacer nada por ello. Como si sus vidas estuvieran destinadas a unirse en aquel baño comenzaron a besarse sensualmente, sin decirse nada, con tan solo unas miradas de complicidad, fueron acariciándose poco a poco, él llevó su mano has-

EVA MARÍA CABELLOS

ta sus pechos endurecidos y ella, completamente húmeda, se rindió al placer. A la vez que él iba bajando la mano hasta acariciar las zonas más profundas, ella se iba excitando deseosa de que aquel muchacho arrancara todo el fuego de su interior. Fundidos llegaron a las cimas más extremas del placer, pero al volver a la realidad Julia se sintió avergonzada y estando aún sin aliento se marchó de allí. Él se quedó perplejo por lo ocurrido y sin saber si había sido cosa de la imaginación se marchó en busca de su hermano.

Juan estaba en la playa mirando para todos lados cuando su hermano llegó por detrás casi jadeando aún. Los hermanos comenzaron a contarse lo sucedido y extrañados se dieron cuenta que les había pasado lo mismo a los, aunque lo más raro era que parecía la misma mujer, pero en algo estaban de acuerdo, ella no parecía del tipo de mujeres que hagan a menudo algo así.

Julia tenía la mirada perdida en el horizonte intentando buscar una explicación a su comportamiento, pero sus pensamientos cesaron cuando una amiga llamó su atención, quería presentarla a unos chicos guapísimos que había conocido, estaba segura que así conseguiría alegrarla la noche. Julia esbozó una sonrisa y se levantó pensando que tenía razón, debía olvidar todo lo ocurrido pero, al mirar delante de ella su corazón comenzó a latir a velocidades de vértigo, su amiga sin saber nada fue a presentar a Juan y Jose pero alguien llamó su atención dejando a Julia entre los dos muchachos, los mismos chicos de los baños. Ellos se miraron sin saber qué hacer. Julia hizo un intento de salir corriendo pero Juan la sujetó y dijo:

—No te preocupes, aquí no ha pasado nada.

Ella, a punto de caer desmallada, contestó.

—Lo siento pero os prometo que yo no soy así.

—Ya, nosotros tampoco.

Los tres sonrieron e intentaron actuar como si se acabaran de conocer, al principio todo parecía ir bien, o eso pensaron, pues las miradas de complicidad entre ellos los delataban. El tiempo pasaba y

PLACER PARA TRES

sin darse cuenta se encontraron a altas horas de la mañana paseando por la playa los tres solos. Las copas habían hecho efecto disminuyendo la vergüenza por actos pasados y aumentando los deseos carnales existentes entre ellos.

Comenzaba a hacer frío por lo que fueron en busca de algún bar abierto pero, era demasiado temprano para las cafeterías y tarde para los pub. Sin saber dónde ir y escuchando a sus instintos más profundos acabaron en la habitación del hotel donde se hospedaban los dos hermanos. Al entrar en ella la desorientación hizo estragos en Juan y acabó tirando su copa manchando su camisa y la de su hermano, esto provocó la reacción normal en estos casos, quitarse la ropa manchada dejando sus torsos musculados al desnudo. La temperatura de Julia comenzó a subir y miles de fantasías pasaron por su cabeza hasta sentirse mareada, quiso sentarse un momento en la cama para tomar aire y despejar su mente pero la embriaguez se apoderó de ella y la hizo tropezar con José, al igual que fichas de dominó, ambos tropezaron a la vez con Juan cayendo los tres en la cama.

Ella se encontró en un momento entre los dos hombres más atractivos que había visto, tenía a Juan debajo de ella y a José encima, aquella postura la hubiera espantado en otro momento pero aquella noche las copas habían sacado pensamientos que la hacían sudar.

Los hermanos se miraban sin saber muy bien qué hacer. La temperatura subió a la velocidad de la luz en aquella habitación, tal vez por las copas ingeridas o quizás por el exceso de atracción, sin que ninguno pudiera evitarlo.

Casi a la vez los dos hermanos comenzaron a besarla, Juan desabrochaba los botones de Julia mientras José la iba quitando la ropa con su boca. Ella estaba a punto de explotar en una mezcla de miedo y excitación, aunque acabó por rendirse a aquellos dos hombres que besaban su cuerpo. Julia estaba sobre excitada al sentir cuatro manos acariciando su cuerpo, cerró los ojos en un intento de controlarse pero, uno de ellos comenzó a introducir sus dedos en su zona más inti-

EVA MARÍA CABELLOS

ma, el no saber quién de ellos era provocó un escalofrío por todo su cuerpo y comenzó a retorcerse de placer dejándose llevar por la inmensidad de placeres que estaba sintiendo. José no entendía lo que sucedía, nunca se le hubiera ocurrido hacerlo con la misma mujer que su hermano y mucho menos a la vez, sin embargo la sensación de poder se apoderaba de él.

Julia comenzó a bajar sus labios por el cuerpo de Juan hasta llegar a su órgano sexual en completa erección, ella comenzó a jugar con aquel falo mientras dejaba sus partes traseras en exposición para José, el cual en una excitación superior a todo lo conocido introdujo su propio órgano. Juan sintió que llegaba al final y apartó a la muchacha con mucho cuidado, descubriendo la gran ventaja de poder recuperarse sin perder la excitación de ella. Los dos hermanos se fueron intercambiando haciendo que Julia se mantuviera en el punto más alto durante varias horas.

Ambos estaban sorprendidos de aguantar tanto tiempo, José no imaginaba lo compenetrado que podía estar en el sexo con su hermano. Los dos necesitaron recuperarse un momento y sin pensárselo dos veces comenzaron a utilizar sus lenguas por todo el cuerpo de Julia, a la vez que introducían sus dedos por todas las cavidades de la muchacha, la cual se retorció de voluptuosidad. Cuando ella estaba completamente segura de haber conocido el extremo más alto del placer, los muchachos se recuperaron y decidieron rematar la faena con el mejor de los espectáculos. Juan se tumbó boca arriba, con su miembro viril en todo su esplendor, cogió a Julia por la cintura y la llevó encima de él, ella comenzó a cabalgar por las llanuras del placer cuando José se dispuso a participar introduciéndose por la puerta trasera de la muchacha.

Julia al sentir a los dos hombres moviéndose dentro de ella se dio cuenta de su error, aún no había descubierto la verdadera satisfacción, pero estaba a punto de hacerlo. Creía que su corazón se paralizaría de un momento a otro por tanto placer acumulado y Juan incluso sintió desmallarse por una milésima. José estaba exhausto pero aún así

PLACER PARA TRES

no podía parar, el sudor corría por todo su cuerpo llegando a sentir dolor placentero en sus extremidades.

Todo había terminado y la tarde del día siguiente llegó, el sol despertó a Julia convencida de haber tenido el mejor de sus sueños. Poco a poco fue abriendo los ojos pero, el miedo se apoderó de ella al verse desnuda con los dos desconocidos. Se vistió y salió corriendo de aquella habitación con la esperanza falsa de no volverlos a ver.

Los muchachos se despertaron pero ninguno dijo nada, no estaban seguros de que hubiera ocurrido realmente, pero un pendiente en la cama lo dijo todo y ellos se miraron sonrientes por haber vivido juntos la mejor noche de sus vidas.

Los días fueron pasando y aquella noche quedó grabado en el recuerdo de los tres. Julia tomaba un café con su amiga cuando esta la preguntó:

—Nunca hablas de la noche de san Juan en la playa.

Con una sonrisa estremecedora contestó:

—No puedo, me tiembla incluso la voz al recordarlo.

Después de mucho insistir Julia decidió contar lo sucedido aunque no encontraba palabras para expresarlo.

Había pasado un mes y los hermanos paseaban por la ciudad, habían llegado hacía poco dispuestos a abrir un pequeño restaurante en el centro, gracias a una herencia. En alguna ocasión hablaron de aquella experiencia con la muchacha pues ninguno podía remediar el sentir añoranza por no haber conocido mejor a Julia. José estaba cansado y entraron en la primera cafetería pero, casualidad, ella estaba allí, Juan llamó la atención de su hermano y los dos fueron acercándose a la mesa donde estaba ella con una amiga.

La amiga de Julia se percató de los muchachos y dijo:

—Mira que dos monumentos vienen por ahí.

Julia se giró mientras daba un nuevo trago al café pero, comenzó a toser cambiando el color de su piel, por un tono pálido y moribundo, no podía creer que fueran ellos, su amiga preocupada preguntó:

EVA MARÍA CABELLOS

—¿Te encuentras bien?

Ella la contestó:

—¿No dijiste que en las noches como la de San Juan no vuelves a ver a esas personas nunca?

Hizo una pausa mientras su amiga asentía y siguió diciendo:

—Pues me engañaste, son ellos.

Su amiga los miraba acercarse sin saber si reír por el momento que estaba a punto de ver o llorar por la envidia de saber lo vivido por su amiga con aquellos dos hombres. La mirada de los tres se cruzó en medio de un silencio atronador, la amiga de Julia se levantó y presentándose dijo:

—Hola, me llamo Esther.

Juan cogió su mano y contestó.

—Soy Juan y el es José.

Al sentarse los tres se ruborizaron sin saber por dónde empezar, después de todo eran extraños que ni siquiera sabían sus nombres. Esther, en un intento de ayudarlos a superar aquel mal trago, dijo:

—Aquello paso y no podéis cambiarlo, pero deberíais hablar de ello.

Sin haber preparado nada los dos hermanos dijeron a la vez «Te quiero», aquellas palabras dieron comienzo a una conversación entre ellos, algo extraña para Esther, pues no entendía que se dijeran lo mucho que se echaban de menos y lo bien que se lo pasaron juntos pero se despidieran por no poder elegir.

Esther podía sentir la gran atracción que había entre ellos, hasta el punto de no poder mirarse a los ojos sin sonrojarse o incluso excitarse, pero a pesar de todo se despedían para siempre pues, ninguno de los hermanos estaba dispuesto a ceder y Julia era incapaz de elegir.

Esther no estaba dispuesta a ver cómo su mejor amiga dejaba escapar algo bueno y por duplicado, aprovechando un silencio dijo:

—Vaya tres estúpidos, tenéis la felicidad en vuestra mano pero la vais a dejar pasar por seguir las reglas establecidas.

PLACER PARA TRES

Julia la miró y preguntó:

—¿Y qué podemos hacer?

—Tenéis el fin de semana para vosotros, salid por ahí, id a ver cosas, conoceros bien y esta noche te los llevas a tu casa, para repetir lo de la noche aquella noche pero esta vez serenos, si sale mal tendréis tiempo para despediros pero si sale bien ya sabes dónde tomamos el vermut los domingos; con dos cojones os presentáis como una pareja de tres.

Dicho eso se levantó de la silla y antes de irse dijo:

—Por cierto, hacéis muy buena pareja los tres.

Sonaba extraño, fuera de todo lo común, pero, quien sabe, quizás Esther tenía razón, si eran felices juntos ¿Por qué renunciar a ello? Tal y como dijo se fueron a recorrer la ciudad y sus rincones, al principio se trataban formalmente pero según fue pasando el día todo cambio, poco a poco se iban conociendo y ganando confianza entre ellos. Al final del día igual era Juan quien besaba a Julia como está lo hacía con José, actuaba con los dos como una auténtica pareja sin importarles entre ellos y mucho menos las miradas de los demás. Llegó la noche y se fueron a casa de la muchacha, todo iba bien pero al entrar en la misma comenzaron a sonrojarse y a darse cuenta de la valentía que proporciona el alcohol. Esta vez todo era diferente, no eran simples desconocidos en una noche de fiesta, se conocían y el pudor les avergonzaba. A pesar de todo Juan se acercó por detrás y retirando el pelo de su cuello fue besándola mientras José desabrochaba la camisa lentamente. Esta vez lo hicieron de forma más pausada, administrando el placer y sujetando el deseo con caricias suaves y tiernas acompañadas de besos por todo el cuerpo.

Ella rozaba con sus labios el cuerpo de José e iba bajando hasta llegar a su miembro duro e imponente, mientras con su mano derecha comenzó a jugar con el órgano reproductor de Juan. José comenzó a tener problemas de retención y la separó echándola sobre la cama. Entre los dos separaron sus piernas y fueron introduciendo sus len-

EVA MARÍA CABELLOS

guas en las cavidades de la muchacha. La excitación se podía respirar en toda la casa, los tres se encontraban en su punto más caliente pero estaban dispuestos a superar las alturas de aquella noche con posturas tan difíciles como excitantes.

Habían pasado varias horas y aún se mantenían en pie, Julia estaba exhausta, pero los hermanos querían culminar la faena con el mejor de los espectáculos. Juan se puso boca arriba a la vez que subía encima de él a Julia, casi sin poder reaccionar José se echó encima de ellos y con movimientos emparejados los muchachos se introdujeron dentro de ella provocando que diera uno de los mayores gritos de placer jamás proferido.

La mañana había llegado y el sol anunciaba un día esplendido, Julia se despertó acurrucada en Juan pero faltaba José. Los dos se levantaron y al dirigirse a la cocina encontraron al muchacho con el desayuno preparado. En ese momento Julia comprendió que había encontrado al hombre perfecto, aunque este fuera el resultado de la unión de dos hombres. Por otro lado los dos hermanos estaban sorprendidos de haber encontrado a la mujer perfecta para ambos pues, hasta ahora, se habían fijado siempre en la misma mujer y eso acarrearía peleas entre los dos, nunca pensaron que aquella era la solución.

Tal y como dijo Esther a la hora del vermut se fueron al bar donde se juntaban todos sus amigos, esa sería la última prueba. Una vez en la puerta del bar se armaron de valor antes de entrar. Julia fue la primera, seguida de los dos hermanos, quien se dirigió hasta sus amigos, los cuales comenzaron a saludarla con bromas, como de costumbre. Todo transcurría normal hasta que ella dijo:

—Os presento a mis parejas.

Al principio todos creyeron que se trataba de una broma de la muchacha pero Juan, sacando valor de donde no lo había, besó a Julia e hizo un gesto a su hermano para que hiciera lo mismo pero, José no poseía ese valor y tuvo que ser Julia quien diera el paso. Todos los

PLACER PARA TRES

presentes quedaron estupefactos, ninguno sabía que decir, hasta que Luisa, una de sus mejores amigas, dijo entre risas:

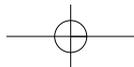
—Me parece egoísta por tu parte que te quedes con los dos pero, bueno, bien venidos.

Las bromas se sucedieron pero poco a poco todo se normalizó y los tres pasaron un buen día. El tiempo fue pasando y a pesar de las habladurías de algunas mentes cerradas ellos cada día eran más felices y sus amigos acabaron acostumbrándose a ver a los tres juntos. Nadie sabía cómo podía funcionar una relación tan extraña, tal vez, solía decir Julia, por qué no habían experimentado una experiencia sexual semejante, pues cada vez que llegaba la noche y sentía a los dos hombres dentro de ella, todo tenía sentido.

Pero una relación así podía ser comprensible por las mujeres, incluso admirable, pero los hombres no los comprendían y les preguntaban cómo podían compartir a la mujer amada, Juan en cierta ocasión contestó «porque la otra opción es pelear con tu hermano y eso no es una opción». La contestación de José solía resultar más lógica «Prefiero aguantar toda la noche con ayuda que media hora yo solo». Fuera como fuese eran felices y eso no podía cambiarlo nadie.

Destino

DE FERNANDO MOROTE



FERNANDO MOROTE (Perú). Ha publicado los libros *Polvos ilegales*, *agarres malditos* y *Los quehaceres de un zángano*. Ha participado en las antologías de Ediciones Irreverentes, *El sabor de tu piel*, y *Microantología del microrrelato II*.

En la actualidad reside en Nueva York.

*Y que esté en mi cama viernes y domingo
para estar en su alma todos los demás
días de mi vida.*
«Necesito», Sui Generis.

—¡Yo llegué primero! —dijo.

—Espero que esta vez pongas pestillo —acotó Judas, recordando aquella ocasión cuando la sorprendió orinando en el baño de la oficina.

Destino se había tomado ya varios *pisco sours*, se reía a carcajadas, hacía bromas pícaras, cruzaba las piernas de un modo provocador, se echaba para atrás en el sillón y dejaba ver su calzoncito rojo mientras conversaba animadamente con los demás.

Judas la empotró en la pared como si estuviera intentando derribar el Muro de Berlín. Tan discreta y recatada en la oficina, Destino de pronto se desenvolvía como una profesional. En el fragor del combate, se refugió apresurada en el baño. Judas quedó acribillado por una duda existencial. ¿Entraba de golpe o esperaba? Al cabo de un breve, aunque intenso intervalo de cuidadosa consideración, giró la perilla de la puerta. La parte posterior de Destino, redonda como un durazno en almíbar, apuntaba directo a su cara. Se detuvo un minuto observándola. Estaba inclinada en el water, tratando de arrojar.

—¿Te sientes mal? —le preguntó —¿Por qué no me dijiste?

Destino meneó la cabeza. Judas la llevó del brazo hasta el lavatorio. Consiguió un vaso en el botiquín y le sirvió un poco de agua.

—Toma esto —le dijo— Te refrescará.

Con pulso tembloroso, Destino bebió un sorbo. Al hacerlo, un chorrito rodó hasta su pecho. Judas, solícito, la secó manoseándole con desparpajo los senos.

—¿Mejor, Destinito?

La charapita tenía un gesto amargo en la boca. Contestó que sí con la cabeza, pero casi se dio un trancazo contra la mayólica. Empezó a

DESTINO

vomitara cántaros. Otra duda existencial sobrevino al espíritu de Judas. El espectáculo era imposible de desatender. En silencio retrocedió brevemente y con mucho cuidado, desde una de las puntas, le levantó la falda. Emergió una pierna, blanquísima, luego la otra, carnosa, y arriba de ambas los dos mofletes perfectamente dibujados y la rayita divina. Un fino surco esperando a ser sembrado. El calzoncito colorado lo confundió. ¿Toro de lidia o matador? Muy majó, saltó al ruedo. Se le enredaron los cuernos con la muleta. No distinguía entre sangre y arena, sol y sombra, banderillas y picadores. Sin la venia del comisario, plantó la estocada mortal. Destino dejó de vomitar. Sintió algo frío detrás. Volviendo la mirada, entre nubes borrosas, sorprendió a Judas embelesado, recibiendo a dos manos la ovación del respetable. Esa tarde cortó oreja y rabo.

Setenta y dos esposas

DE MIGUEL ÁNGEL DE RUS

MIGUEL ÁNGEL DE RUS (Madrid, 1963). Editor, narrador y periodista. Ha publicado las novelas *Dinero, mentiras y realismo sucio*, *Básle, mi sangre, mi alma* y *Europa se hunde*, editadas en Ediciones Irreverentes. Es autor de los libros de relatos *Evas, Malditos, Donde no llegan los sueños*, (Ediciones Irreverentes), *Putas de fin de siglo* (Olalla Ediciones), *La civilización y la nada* (Cuadernos del laberinto) y *Cuentos Irreverentes* (Prensa y Ediciones Iberoamericanas). Publicó un libro de artículos *237 razones para el sexo, 45 para leer* y el ensayo *Perlas del pensamiento misógino*.

Ha participado en las antologías *Freakciones, 6 películas, 6 mutaciones* (Universidad de Málaga), *Las estrategias del amor, Yo también escuchaba el parte de RNE, Amores que matan, Cuatro negras, Pasiones fugaces, En el tren, Seres reales, seres imaginarios, 250 años de terror, Poeficcionario, Microantología del microrrelato, El sabor de tu piel, Antología del relato negro I, Antología del relato negro II, Microantología del microrrelato II* y recientemente en *Hiroshima, Truman* y *Antología del relato negro III*.

Dirige el periódico literario Irreverentes y presenta y dirige los programas literarios de Radio Exterior de España (REE) «Sexto Continente» y «Edición Exclusiva».

Como periodista ha publicado en Cambio 16, Cuadernos para el diálogo, Cine 16, El País, El Mundo, diario Ya y Diario 16, y ha sido articulista de las agencias OTR y Fax Press.

No cabía duda, estaba entrando en el paraíso de los musulmanes —Al Jannah— podía reconocerlo por cuanto le habían contado en sus cuarenta años de vida y porque había entrado por una de las ocho puertas principales, puertas que todo buen musulmán debe ser capaz de reconocer. No sabía por qué había ido allí, pues no tenía conciencia de haber muerto, estaba aturdido, pero cuando vio a la virginal hurí que se le acercaba dijo, respetuoso, «Como afirma el Corán, nadie sabe la alegría que se nos reserva en retribución a nuestras obras».

La hurí le llevó por un camino por el que no costaba esfuerzo andar; sus vestidos de purísima tela blanca se pegaban a su cuerpo, y a veces el escote dejaba vislumbrar, a penas un segundo, un rosado más oscuro en los senos. Había frutas variadas colgando de cientos de variedades de árboles riachuelos. «Debía ser verdad, se dijo, que el paraíso es un lugar envuelto en muchas bendiciones y es una residencia de eterna gloria. Allah premia a los creyentes con el paraíso como compensación por sus obras en este mundo.»

No sabía cuándo había muerto, pero sí que había sido un buen musulmán, porque estaba recogiendo el fruto de su vida. El paraíso — volvió a decirse— es un hogar de delicias que tiene todo lo que el alma de una persona puede desear y aún más como se describe en los versos. Una voz salida de no sabía dónde, dijo «Cada hombre podrá tener al menos setenta y dos esposas, que serán el premio merecido por haber sido fiel a las leyes islámicas».

Vio que, como afirma el Corán, andaba entre huríes que portaban platos de oro y copas que contenían todo cuanto pudiera desear. La hurí le indicó un rico aposento, que, como todos, estaba al aire libre. En aquel momento entraron dos huríes desnudas con bandejas de frutas variadas y vasos de bebidas embriagadoras que no perjudican, como el vino mezclado con jengibre y alcanfor. Le ofrecían las frutas entre sus senos, y cogió la copa entre aquellas tetas desnudas. Comía y bebía, pero los que más se alimentaban eran sus ojos de ver aquellas hembras jóvenes, con cuerpos turbadores, de pieles suaves. Y al ir a

SETENTA Y DOS ESPOSAS

coger una fruta, cogió uno de aquellos senos y, por agradecer al profeta lo que le otorgaba, al rozar con sus varoniles manos el pecho y dejar pasar las yemas de sus dedos por el pezón, dijo «Gracias, Alá, porque es perfecto como un melocotón aún verde a punto de madurar». Y cuando con ambas manos acarició los senos desnudos de la otra hurí, comenzó a llorar de alegría y, por vergüenza de ser visto, escondió su cara entre ambos pechos de carnes duras, cálidas y dulces, y cuando pudo controlar el llanto comenzó a lamer los pezones de la hurí, como si fuera un ama de cría y él el niño al que alimentar. Ambas muchachas se tumbaron y dejaron ver su completa desnudez, depiladas, con ungüentos que hacían brillar sus cuerpos, con aceites aromáticos; sus senos eran simétricos y perfectos, y él dejaba pasar las manos por ellos con el deleite con el que de niño amasaba la harina. Bajó su cara, lamiendo el costado de una de ellas, hasta ponerse delante del lugar donde siempre había creído que más pecado había. Comprendió el error, aquella pequeña gruta carnosa, húmeda, caliente, vibrante, no podía ser mala, y dejó que su mano derecha la acariciara hasta entrar en ella. En ese momento, la muchacha emitió un gemido de placer.

El hombre pensó para sí, «al repartir mis esfuerzos entre la protección de la comunidad y la consecución del dominio sobre mí mismo, he coincidido con lo que sayidina Muhammad afirma de la pequeña yihad o esfuerzo por salvaguardar la integridad material de los miembros de la sociedad, y la gran yihad o esfuerzo interior contra las pulsiones inferiores. Así pues, mi vida ha tenido sentido, estoy en *Al Jennab*».

Pero no pudo centrarse en sus pensamientos, porque ambas huríes, desnudas y fragantes, le habían desvestido y una de ellas se había colocado sentada sobre las caderas de él. Mientras acariciaba los senos a una, la otra le había excitado tanto que, sin saber cómo, estaba dentro de ella. Se lo decía el calor latiente, la estrechez de las paredes de aquella gruta, la humedad que le volvía loco. Quiso dar gracias a Alá,

MIGUEL ÁNGEL DE RUS

pero no pudo, porque aquella hurí, aun siendo virgen, se movía como la mayor experta en las artes amatorias que él hubiera podido desear. Si él gemía, la hembra gemía con mayor profundidad, como si estuviera a punto de morir de placer. Si hubiera podido verse desde fuera habría dados mil veces gracias a Alá. Una de las mujeres frotaba sus pezones erectos y marrones contra los labios del hombre tumbado y poseído, mientras la otra lo cabalgaba con una experiencia asombrosa. Nunca había sentido tanto placer, calor, humedad, el alma que se escindía, y parte quedaba con su cuerpo y parte se alejaba por un túnel de luz blanca en el momento en que entregó la blanca flor de su pasión en el virginal vientre de ella.

Y aún sentía el calor de los cuerpos desnudos, la respiración agitada de la emisión que acababa de hacer, creía estar besando los labios carnosos de aquellas bellas mujeres morenas de pelo negro, cuando entreabrió los ojos con esfuerzo y se encontró un rostro desconocido. Parecía un hombre, pero sólo por el pelo cortísimo y las cejas pobladas, pues llevaba la cara tapada por una mascarilla.

Escuchó como entre nubes que el hombre decía, «lo he salvado, lo he salvado» y le preguntaba si estaba bien.

Aún con las huríes en su memoria, se paró un segundo a pensar, y al fin dijo, «sí... estoy... bien».

—Siga con la vista el movimiento de este dedo.

Mohamed hizo un esfuerzo y siguió aquel dedo que se movía a derecha e izquierda.

—Bien, muy bien, ahora sonría.

Le pareció absurda la petición, pero lo hizo, con esfuerzo, pero lo hizo.

—Ahora intente decir una frase coherente. Algo simple. Por ejemplo, cómo se llama.

Debía estar muy mal cuando le planteaban aquellos juegos básicos.

—Soy... —dudó un instante, pero se sobrepuso a la debilidad— soy Mohamed.

SETENTA Y DOS ESPOSAS

—Perfecto. Yo soy su médico. Le he operado hace días a vida o muerte, porque se le había instalado en la cabeza una bala, rozando el cerebro. No ha muerto porque hemos trabajado mucho y muy bien.

Mohamed no sabía de qué bala hablaba, qué había sucedido, el doctor tuvo que explicarle.

—Estaba usted en la plaza Tahrir, epicentro de las multitudinarias protestas que derrocaron al presidente Hosni Mubarak. En aquel momento aún no había sido derrocado y su policía se dedicaba a disparar, herir y matar, que es lo que sabe hacer. Aún no se conoce el número total de muertos que tiene en su conciencia Mubarak, el gobierno, el ejército y la policía, pero usted ha estado entre ellos más que entre los vivos. Sólo una operación muy arriesgada por mi parte le ha devuelto a la vida. Pero llevo treinta años dedicado nada más que a la ciencia para salvar a personas como usted. Su mujer está fuera, si no teme la emoción, le diré que pase.

¿Su mujer? ¿La plaza Tahrir? ¿Hosni Mubarak? Todos esos nombres no le decían nada, quería saber dónde estaban las huríes, pero en aquella sala de paredes blancas sólo había una cama y los tubos que le habían unido a la vida.

Entró corriendo delante del doctor la esposa, vestida al modo ortodoxo, con la cabeza cubierta y la ropa hasta los pies. Sus gafas estaban empañadas por el llanto.

—Mohamed, Mohamed, gracias a Alá. Te has salvado porque Alá, el grande y el misericordioso, ha escuchado mis oraciones. He rezado sin parar estos días para que Ar-Rahman El Más Misericordioso te salve. Tú eres un buen musulmán y por eso te ha salvado Al-Muhaimin El Protector y Guardián.

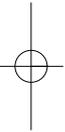
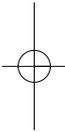
—Señora —dijo el médico con aplomo— no grite. No es necesario que recuerde a su marido los noventa y nueve nombres de Dios. Necesita tranquilidad. La ciencia se lo devuelve, aunque parecía imposible. Pero necesita descansar.

—Me lo devuelve Al-Muhyi El Dador de Vida.

MIGUEL ÁNGEL DE RUS

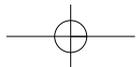
Mohamed escuchó el debate alejarse mientras salían. Cerró los ojos. Aunque hizo todos los esfuerzos posibles, estaba demasiado débil para evitar echarse a llorar. Gruesos lagrimones cayeron por sus mejillas hundidas. Recordó los arroyos de agua, leche, miel y vino, los cuerpos gratos de las muchachas desnudas. Con débil voz musitó unas palabras:

—Quiero volver a estar muerto.



No te desnudes todavía

DE CARLOS ORTIZ DE ZÁRATE



CARLOS ORTIZ DE ZÁRATE (Santurce, Vizcaya, 1944). Doctor en Filología Románica, francés. Fue PTU con el perfil de Civilización Francesa en la ULPGC, optó por la jubilación voluntaria en 2006, al objeto de crear una fundación para la promoción del desarrollo local limpio, solidario e identitario.

La mayor parte de sus publicaciones están relacionadas con la actividad docente e investigadora. Tres de estas últimas tienen relación con el cuento presentado: «El discurso de la Arrogancia: <http://www.rebellion.org/hemeroteca/imperio/040120ortiz.htm> » El discurso colonial de «Le Monde del 28 de julio de 1956: un discurso del poder emergente de la V República Francesa», que puede consultarse en:

<http://www.webs.ulpgc.es/agora/agora31.htm>

y «Corazón de Tiza»:

<http://argijokin.blogcindario.com/2005/06/00239-corazon-de-tiza.html>

Es muy reciente la dedicación a la producción literaria. Hasta la fecha, en esta última faceta, solamente su cuento *Carta de Elghalia* fue seleccionado en el VIII Concurso de Cuentos Infantiles de Txikula Kultur Taldea, 2010 y forma parte de la publicación del libro con los cuentos seleccionados.

En el mayo de 2003 publicó el artículo «Hiroshima, mon amour», en el número 171 de la Revista Memoria, México, que se puede consultar en <http://www.midiaindependiente.org/en/red/2003/03/249867.shtml>

Gigi es una francesa sin seso pero con sexo. Canta tan mal que haría ruborizar a Aute. No es guapa, pero tiene un cuerpo exuberantemente obscuro y nadie es tan ducha como ella en las mamadas. ¡Ay, cómo me pone! No deja una gotita de esperma que pudiera delatarme ante mi esposa. La pobre Puri es más bien fea y guarrindonga. La puse a vender violetas y a limpiar los retretes, me daba pena la pobre chica. ¿Quién hubiera adivinado sus dotes ocultas? Tuvo que sufrir un gripazo para que me enterara. Había clientes que se iban al comprobar que no había venido. Cuando sanó me dediqué a espiarla o más bien a comprobar la cara de orgasmo que se le ponía a los clientes que atendía. No le faltaban, a la muy zorra, y se lo llevaba todo limpio, sin pasar por caja. La venta de violetas me resultaba lucrativa y pensé que me divertiría más observándola mientras ella ignoraba que lo hacía.

La Puri es selectiva, tres o cuatro clientes por noche. Actúa como una gatita. Se mueve con tanta cautela que apenas se pueden seguir sus pasos en la penumbra de la sala. Tiene todo previsto. La operación se realiza siempre durante la actuación de Gigi. En los preliminares se produce la venta de los ramitos de violetas, con cada uno deja caer los billetes bajo las faldas de la mesa camilla. La astuta sabe utilizar un elemento meramente decorativo. Se agacha para recoger la pasta y permanece oculta mientras incita a sus compañeros de juego a comprar más y más, puesto que las caras de éstos denotan excitación y frustración. El servicio completo se realiza con la compra de todos los ramitos y termina cuando la Puri se limpia, supuestamente, el esperma de los morritos y de los pechos. Después, la muy puta se mete los billetes en el sostén y enseña las tetas, de forma que se le de la propina. Como premio a los más generosos, acerca el culo a la cara de los mismos y se lleva las violetas. Eso sí, las paga en caja y vuelve a vender las mismas. No declara la pasta del sostén.

Todo seguiría igual si no se hubiera producido un incidente que ha cimentado mi fortuna. Gigi estaba superándose en su interpretación de «No te desnudes todavía». Al salir a escena, vestida de novia

NO TE DESNUDES TODAVÍA

de un blanco inmaculado, había cogido del brazo al caballero que atendía la Puri. Al sacarlo de la protección del faldón de la mesa, éste tenía la bragueta abierta y un miembro de burro en erección. No fue posible ocultarlo, puesto que los focos acompañan a la artista. De nada sirvió que la vendedora de violetas intentara ocultarse, se veían la cesta y las piernas. Felizmente nuestra vedette es mucho más profesional de lo que esperaba y soltó su presa rápidamente, avanzó hacia el escenario y comenzó su interpretación.

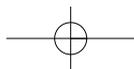
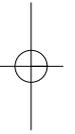
El vestido era agresivamente indecente. Tan ajustado y fino que, a primera vista se notaba que no llevaba ropa interior, porque se exhibían sus enormes tetas y michelines y se adivinaba el chocho y hasta los pelos del pubis, que había peinado en de del pubis, que había peinado en tirabuzones, pretendidamente castos y manifiestamente cursis, como los de sus cabellos, teñidos de todos los colores del arco-iris, que había cubierto con un pudibundo velo nupcial.

A cada estrofa se quitaba una prenda que lanzaba a los espectadores más afortunados. Los aullidos de la sala eran estremecedores. Al cantar la «artista» la última estrofa «Cuando el deseo estalle» y se disponía a dejar caer el vestido, estalló un alarido jadeante compartido por todos los presentes, incluido yo mismo. Esta vez tendremos que lavar todos los faldones y mi mujer descubrirá los efectos en mis calzoncillos y pantalones. De pronto, el vestido se tiñó de rojo. Gigi, sin inmutarse dijo: «vaya, me ha bajado la regla» y abandonó el escenario. Se hizo un silencio expectante que no duró demasiado, porque, antes de que se produjera reacción alguna, la Puri se había apoderado de la escena y sin acompañamiento, cantó una versión de «La violetera» que haría palidecer de envidia a la Sarita Montiel.

No les cuento el espectáculo actual. Les aconsejo visitarnos, porque en «Chez-moi» estamos para servir a caballeros exigentes y para satisfacer todas las fantasías sexuales y lúdicas de los mismos.

La mesa de al lado

DE CONSTANTINO CAVAFIS



CONSTANTINO CAVAFIS (Alejandría, 1863-1933). Es uno de los grandes poetas del S.XX y uno de los mayores exponentes del renacimiento de la lengua griega moderna. Su obra la forman ciento cincuenta y cuatro poemas que consideró acabados y forman la edición canónica, más un determinado número de otras composiciones que a su juicio no habían encontrado todavía su forma definitiva. Se le puede leer, por ejemplo, en *Kavafis íntegro*, en *Kavafis íntegro*, Quid Ediciones, Universidad de Chile, Santiago, 2003.

Apenas tendría yo veintidós años.
Y no obstante estoy seguro, que, hace casi esos
años, gocé ese mismo cuerpo.
No es, en absoluto, una exaltación del erotismo.
Y sólo entré al Casino hace unos minutos:
no he tenido tiempo, pues, para beber mucho.
Ese mismo cuerpo yo lo gocé, lo gocé.
Y si no recuerdo dónde, poco importa ese olvido.
Ah, mira, ahora que se sienta en la mesa que está junto a mí,
conozco cada movimiento que hace —y por debajo de la ropa—
desnudos los miembros amados vuelvo a ver.

